

La Casa de Dios



Casa es habitación, morada, lugar de cobijo y reposo, donde se curan las heridas y se aquieta el alma.

Nada es más grato al caminante que llegar a casa. Nada tampoco despierta más nostalgias en el hombre que la casa paterna.

Cuando el Señor fue un niño en Nazaret él tuvo una casa. Sin embargo, cuando ya fue hombre, no tuvo un lugar dónde recostar su cabeza. ¿Tiene hoy casa, una casa de la cual se pueda decir «como Hijo sobre *su* casa»?

La Iglesia es la casa de Dios, el lugar donde Dios habita, y donde el Hijo tiene la preeminencia de hijo mayor. ¿Cómo es esta Casa? ¿Con qué materiales está construida? ¿Cuál es el estado actual de ella? ¿Cuál es su futuro? ¿Quiénes tienen la dicha de morar en ella?

Muchas preguntas surgen con sólo mencionar este interesante tema. No pocas son de difícil respuesta. En el Retiro realizado en el parque «Coligües» (Rancagua, Chile) en diciembre de 2003, se buscó responder a algunas de ellas.

Tenemos el agrado de compartir con nuestros lectores una transcripción levemente sintetizada de los mensajes allí entregados. Esperamos en el Señor que, al menos algunas de las muchas interrogantes acerca de la Casa de Dios queden aquí respondidas.



ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Los experimentos de la naturaleza

Una nueva amenaza se alza en el plano biológico, que puede traer luto a muchos países 4

TEMA DE PORTADA

La grandeza de la Casa

La iglesia es el templo de Dios en la medida que ella es la expresión de Jesucristo. *Rodrigo Abarca* 9

La restauración de la Casa

Los grandes cautiverios de Israel y sus respectivos retornos son una alegoría de la restauración de la iglesia. *Eliseo Apablaza* 17

Preparando los materiales

Para la edificación de la Casa se requieren los materiales adecuados, piedras que han sido talladas a martillo y cincel. *Roberto Sáez* 26

La edificación de la Casa

¿Cómo se edifica la Casa? Seis cosas que Pablo señala al respecto en la 1ª Epístola a Timoteo. *Jorge Himitián* 33

El servicio en la Casa de Dios

El servicio en la Casa de Dios no es exclusivo de unos pocos, sino de todos los santos. *Rubén Chacón* 44

El testimonio exterior de la Casa

El pueblo de Dios forma parte de una cultura diferente; más aún, de una contracultura que ha de expresar a Cristo. *Cristian Romo* 54

La casa de las puertas abiertas

Dios tiene una casa en la cual habitar, una casa que acoge a todo aquel que viene en busca de cobijo. *Cristian Cerda* 61

LEGADO

Los materiales de la Casa

Los materiales con que edificamos en la Casa de Dios son nuestra responsabilidad. *Watchman Nee* 69

Algunos principios de la Casa de Dios

El templo de Salomón en el Antiguo Testamento como un gran tipo de la Iglesia. *T. Austin-Sparks* 72

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

El graznido del ganso de Bohemia

La preciosa ofrenda de la vida de Juan Huss por causa del testimonio de Dios 79

MINISTROS

Principios de Interpretación Bíblica <i>Rubén Chacón</i>	86
La Exposición de la Palabra. <i>Eliseo Apablaza</i>	89

BIBLIA

Desde el griego: “Palingenesia” y “Anagennao”. <i>Rubén Chacón</i>	91
Preguntas & Respuestas ¿Cómo pudo el Señor atravesar las paredes luego de su resurrección?	93
Los números en la Biblia. “El número 2”. <i>Christian Chen</i>	94
¿Cuánto sabe de la Biblia? Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos	96

FAMILIA**¿Feliz o amargamente casados?**

Cómo escapar de los peligros físicos, anímicos y espirituales de la amargura en el matrimonio. <i>Marcelo Díaz</i>	100
---	-----

APOLOGÉTICA**¿Afirma la Biblia que el diluvio cubrió toda la tierra?**

Nueve evidencias bíblicas de que el diluvio fue global	105
--	-----

Secciones Fijas:

Citas escogidas	8
Perfiles	68
Parábolas	78
Bocadillos de la Mesa del Rey	85
Mártires ayer y hoy	98
Anecdotario	104
Para Meditar	108
Página del lector	127

Especiales

“Tesoros” (Niños)	109
“Despertar” (Pre-adolescentes)	115
“Bocetos” (Jóvenes)	121



Una nueva amenaza se alza en el plano biológico: una epidemia global asociada a la fiebre aviar, que puede traer luto a muchos países.



Los experimentos
de la
naturaleza

Los expertos están alarmados. Algunos han dicho que la naturaleza está haciendo experimentos con el virus de la gripe en Asia, y que esos experimentos pueden transformarse en la mayor de todas las amenazas biológicas.

Al 9 de febrero de 2004 la gripe aviaria ya había provocado la muerte de 19 personas y provocado el sacrificio de unos 50 millones de pollos y patos en diez países asiáticos: Vietnam, Tailandia, China, Corea del Sur, Camboya, Taiwán, Indonesia, Laos, Pakistán y Japón.

Un par de días más tarde se confirmaba la presencia de la gripe en Estados Unidos, en el estado de Delaware, donde ya se habían sacrificado 12.000 pollos para evitar el contagio.

Algunas consecuencias

Casi en seguida de conocerse el primer caso en Estados Unidos se supo del segundo, a ocho kilómetros del foco anterior. Como efecto inmediato, varios países comunicaron que decidieron prohibir la importación de productos avícolas estadounidenses.

La gobernadora del estado, Ruth Ann Minner, en un intento por dete-



Los enemigos naturales son inmanejables, por su carácter aleatorio y por su fuerza. De ahí los temores de una humanidad indefensa, que no tiene Dios ni amparo.

ner el pánico, dijo que la medida adoptada por los mencionados países era apresurada.

Una situación similar se presentó en Tailandia. Debido a las quejas de los dueños de restaurantes –los clientes ya no consumen pollo– y de los productores del rubro –también amenazados de muerte–, el primer ministro Thaksin Shinawatra cocinó un pollo frito y huevos ante miles de personas en las inmediaciones del Gran Palacio de Bangkok, la capital.

Operadores de turismo de Vietnam –uno de los países más afectados– dijeron que se habían cancelado varios vuelos en Japón, Estados Unidos y Europa con destino a los países involucrados.

Pese a los esfuerzos que se realizan por tranquilizar a la población, los expertos alzan una voz de alerta. Jacques Diouf, director de la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO) señaló que la epidemia no está bajo control y que la comunidad internacional tiene que responder urgentemente para detener su expansión. “Les pedimos a todos los países que tomen medidas de precaución, que refuercen los servicios veterinarios y



que se mantengan en contacto con las organizaciones de salud internacionales involucradas”, afirmó Diouf. ¹

Pandemia ‘ad portas’

¿Por qué tanta alarma? La gripe aviar ataca a las aves de corral. Mientras se pueda mantener restringida a ese círculo es de riesgo moderado, porque no debería contagiarse a las personas a menos que tengan contacto directo con aves infectadas. Pero si este virus (conocido como H5N1) se llega a combinar con algún virus de gripe humana, es altamente peligroso, pues surgiría un nuevo virus fácilmente transmisible entre personas, y letal en alto grado. Actualmente no existen vacunas, y aunque se crearan a la brevedad, su implementación masiva recién sería posible a fines de año.

El peligro es real. La OMS reconoció en el mes de enero que una forma de gripe humana se desplazaba hacia el continente asiático, lo cual hacía más probable la combinación de los virus. El doctor Shigeru Omi, director de la oficina regional del Pacífico oeste de la OMS, ha reconocido que “existe la posibilidad de que los dos virus (de gripe aviar y humana) se encuentren, muten y desencadenen una pandemia mundial, que mataría a

millones de personas en el mundo”. ²

Históricamente, los intercambios genéticos entre la gripe humana y la aviar se han transformado en pandemia, y han dejado un triste saldo. En el siglo XX, eso ocurrió en dos ocasiones: la gripe asiática en 1997, que mató a 70.000 personas, y la gripe de Hong Kong, que acabó con la vida de otras 47.000.

La amenaza pende sobre la humanidad, como una espada de Damocles. De hecho, el 2 de febrero se filtraba la noticia que ningún experto desea oír. Dos hermanas vietnamitas habrían muerto por posible contagio de un hermano que habría contraído la enfermedad por contacto directo con aves enfermas. Estas muertes podrían ser las primeras transmisiones del virus de humano a humano registradas en la actual epidemia.

Un elemento adicional que ha preocupado a la comunidad internacional por su incidencia en la extensión del mal es la confirmación, en Tailandia, del contagio de aves migratorias. A raíz del hallazgo, equipos compuestos por funcionarios y voluntarios se dieron a la tarea de sacrificar aves migratorias aunque, como precisó el ministro de Medioambiente y Recursos Naturales, Prtapat





Panyachatrassa, “existen pocas posibilidades de que se pueda controlar el movimiento de estos animales”.³

Un escenario impredecible

Ante un escenario de creciente incertidumbre como el actual, algunos han recordado el triste saldo que otros virus llegados de otras especies—como el SARS, el ébola y el sida— han dejado a la humanidad.

El diario español “El País” ha señalado que la gripe ha sido en el pasado un asesino capaz de competir con el poder destructor de un conflicto armado. La gripe española —reforzada con el virus de la gripe de pollo— mató a 40 millones de personas en el planeta en 1918 — señala el periódico. “Como un experimento genético mal diseñado, el monstruo híbrido mató más que el odio, y se propagó mejor que la mentira”.⁴

Hoy existe el temor no disimula-

do de que la historia vuelva a repetirse. Y esos temores se basan en el carácter mutante de los virus, que se pueden transformar azarosamente en huidizos e implacables verdugos. No hay nada que descoloque más que la inminencia de algo que no sabemos cómo atacará ni qué deberemos hacer para defendernos.

La ciencia no está preparada para enfrentar la posible pandemia. Ciertamente, no son días para estar muy tranquilos. La Escritura señala: “... y habrá pestes” (Mateo 24:7). Y las pestes han sucedido, aunque todavía en un grado muy menor a lo que ella profetiza que vendrán.

Robert Webster, director de virología del hospital infantil Saint Jude de Memphis (USA), ha interpretado muy bien los temores del hombre actual ante lo que parece inevitable: “Al margen de los esfuerzos humanos para crear agentes bio-terroristas, los experimentos con el virus de la gripe que la naturaleza está haciendo en Asia pueden constituir la mayor de todas las amenazas biológicas. No hay más tiempo para hablar. Debemos prepararnos”.

No sólo hay enemigos humanos, sino también naturales. Los humanos son terribles, por su maldad, pero los naturales son inmanejables, por su carácter aleatorio y por su fuerza.

Son los temores de una humanidad indefensa, que no tiene Dios ni amparo.

¹ 5/02/2004, en www.bbc.co.uk

² 28/01/2004, en www.emol.com

³ 12/02/2004, en www.emol.com

⁴ Diario “El País”, 10/02/2004.



Citas escogidas

El cristianismo tiene su coronación y gloria en el sufrimiento victorioso y en la sumisión paciente a la voluntad de Dios. *A. B. Simpson*

Dios mira hacia abajo con ojos de gracia sobre aquellos que sinceramente miran hacia arriba con ojos de fe. *M. Henry*

Cuanto más pagamos por una verdad, mejor negocio hacemos. *William Law*

Dios quiere que estés en una relación mucho más estrecha con Él que el mero hecho de ser receptor de sus dones: quiere que llegues a conocerle. *Oswald Chambers*

Nuestro universo está lleno de cosas inconclusas que están esperando que las hagamos y que nunca se llevarán a cabo, porque Dios ha dispuesto dejarlas al alcance de nuestros ruegos, y nunca se cumplirán a menos que oremos por ellas. *E. Stanley Jones*

Casi todo lo que hace la iglesia hoy en día se lo ha sugerido el mundo. *A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto*

Dios nunca nos promete un camino fácil sino un arribo seguro. *"Tu andar diario"*

Cuando un creyente sabe que ha sido llamado para hacer cierta obra, es invencible. *F. B. Meyer*

Una de las mayores desgracias de este siglo es la existencia de gente que quiere tener dos altares los domingos, uno para Jehová por la mañana y otro para Baal, por la tarde. *D. L. Moody*

Avivamiento no es ir calle abajo con un gran tambor, sino cuesta arriba al Calvario con un gran clamor. *Ray Pringing*

La iglesia es mucho más de lo que estamos acostumbrados a entender por iglesia. La iglesia es el templo de Dios –que contiene la gloria de Dios– en la medida que ella es la expresión de Jesucristo.



La grandeza de la Casa

Rodrigo Abarca

“Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Tim. 3:14-15).

Esta carta del apóstol Pablo a Timoteo pertenece al grupo de epístolas que escribió al final de sus días, poco antes de su muerte. Así que en ellas encontramos la carga final del corazón de Pablo antes de partir, aquello que él procuró dejar escrito especialmente a Timoteo y a sus colaboradores en la obra del Señor, y que eran las verdades y principios fundamentales que habían gobernado toda su vida y ministerio.

En estas cartas ya no tenemos las grandes revelaciones que Pablo escribió en Efesios, en Colosenses o en Filipenses. Lo que tenemos aquí son las palabras finales del apóstol, en las que él procura dejar establecido aquello que va a marcar un rumbo para la iglesia en los tiempos por venir.

Él sabe, como muchas veces lo ha anunciado antes, que todo un sistema de cosas, de costumbres y de formas va a ser introducido en la iglesia a partir de ese momento, y también sabe que la casa de Dios va a perder su forma, va a perder su contenido, va a ser cambiada en los siglos por venir, hasta el punto de convertirse en algo totalmente diferente de lo que está en el corazón de Dios.

Y por eso escribe a Timoteo acerca de la necesidad de que la casa de Dios sea guardada en su gloria, en su santidad, y en su dignidad. Y nos dice que la casa de Dios es la iglesia del Dios viviente. Por supuesto, la casa no es el lugar donde los hermanos se reúnen. La casa de Dios es la iglesia, y

la iglesia son los hijos de Dios.

Pero aquí el apóstol Pablo no va a explicarnos qué es la casa de Dios. Simplemente hace una afirmación muy amplia, con un sentido muy general, porque él ya lo ha explicado antes. Este asunto –la casa de Dios– ha sido la carga particular de su ministerio. Durante los últimos 22 años de su vida, Pablo ha estado dedicado a comunicar a los santos la gloria y la grandeza de la casa de Dios; aquello que él denominó particularmente el misterio de Dios y de Cristo.

Cristo es el tabernáculo de Dios

Para decirlo de una manera muy simple, ¿qué es la casa de Dios? El apóstol Pablo en Colosenses dice que el misterio de Dios es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Así que la casa de Dios es Cristo en nosotros. ¿Cómo es esto?

En el Antiguo Testamento, Dios, en una figura, mandó edificar una casa física donde él podía encontrarse con el hombre. Así que la casa de Dios es, fundamentalmente, un lugar de encuentro entre el hombre y Dios. Y, cuando el hombre se encuentra con Dios, se encuentra con el propósito de Dios, la voluntad de Dios, la autoridad de Dios, y con todo lo que Dios tiene para el hombre.

Si en el Antiguo Pacto los hombres querían encontrar a Dios, tenían que ir a su casa, que primero estuvo en el tabernáculo del desierto, y luego en el templo de Salomón y los tem-

plos posteriores, hasta los días del Señor Jesucristo. En esa casa, el hombre podía encontrarse con Dios, con todas sus limitaciones, porque era un asunto de símbolos y figuras, una sombra de la realidad. Eso dicho de una manera muy simple en relación con la casa de Dios.

Ahora, en Juan 1:1 encontramos que el Verbo es la esencia misma de Dios. “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*”. El texto original dice que el Verbo estaba con Dios, vuelto cara a cara con Dios. Estaba en una relación de intimidad con Dios, de profunda comunión y compenetración con Dios, en una unidad perfecta, conociendo a Dios y siendo la perfecta imagen de Dios.



Ese era el Verbo en la eternidad, antes de que el mundo fuese creado. Siempre estuvo con el Padre, siempre conoció al Padre. Pero el Verbo que era Dios, dice Juan, se hizo carne. ¿Puedes ver la importancia de la afirmación de Juan? ¡Ese Verbo se hizo carne! Aquel que estuvo con Dios desde la eternidad, que compartió con Dios la gloria desde la eternidad, que ha conocido íntima y perfectamente a Dios desde la eternidad, y que es la sustancia y la esencia misma de Dios, se hizo carne.

Y cuando dice la Escritura que él se hizo carne, dice: “*Y habitó entre nosotros*”. Pero el texto griego dice más. Literalmente: el Verbo “puso su tabernáculo entre nosotros”. Esto nos lleva inmediatamente al Antiguo Testamento y al tabernáculo, el lugar donde Dios se encontraba con el hombre.

Pero ahora el tabernáculo no era una tienda, y tampoco un edificio; ahora el templo era la carne de Cristo, el Verbo encarnado. Ese es el verdadero tabernáculo de Dios. El verdadero templo de Dios es el cuerpo de Jesucristo, es la carne de Jesucristo. Dios hizo su morada en ese cuerpo. La plenitud de Dios descendió para habitar en ese cuerpo.

Cuando los hombres venían a Cristo, encontraban a Dios, encontraban la voluntad de Dios y el propósito de Dios. Encontrarse con Cristo era encontrarse cara a cara con Dios. Ya no más la sombra del Antiguo Pacto al acercarse a Dios. Ahora Cristo es el tabernáculo de Dios, habitando con los hombres y expresando a Dios mismo.

Quien tocaba a Cristo, tocaba a Dios; quien hablaba con Cristo, habla-

ba con Dios. ¡Qué cosa tan extraordinaria: el Dios del cielo, en la carne del Hijo de Dios!

Queridos hermanos, eso con respecto a Cristo. Cristo es el templo, es el tabernáculo de Dios. En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad; él es la perfecta expresión de Dios hecho carne.

Uno no puede separar a Dios de Cristo, no puede encontrar a Dios si no es en Cristo, no puede hallar nada de Dios si no es en Cristo. No podemos ir al Padre si no es en Cristo y a través de Cristo. No podemos encontrar el propósito de Dios, la mente de Dios, los pensamientos de Dios si no es en Jesucristo. Aparte de Cristo, no sabemos nada de Dios y no tenemos nada que ver con Dios. Todo está en Cristo; él es el verdadero templo de Dios.

La revelación de Pablo

Pero hay algo más acerca del templo de Dios, y ese algo más es lo que Dios reveló especialmente al apóstol Pablo. Había en el corazón de Dios algo que aún necesitaba ser revelado.

Al comienzo, Pablo perseguía a la iglesia de Dios y la asolaba. Vean ustedes qué interesante es lo que él dice al final de Gálatas 1:13: *“Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo...”*. Y recuerden lo que le dice a Timoteo: *“Para que si tarde sepas cómo debes conducirte”*. Y ahora dice: *“Ustedes saben cuál era mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios”*.

Pablo perseguía a la iglesia; esa era su manera de conducirse frente a ella.

La misma iglesia que luego va a llegar a ser la vocación de su vida era primero aquello que él perseguía. Y la perseguía sobremanera; estaba empeñado en destruirla. Arrastraba a los santos y los echaba en la cárcel. ¿Y por qué hacía eso? Porque no conocía a Jesucristo, y para él la iglesia era simplemente una secta, o un movimiento que habían distorsionado la fe judía en la cual él creía.

Todo eso afectaba profundamente el corazón de Pablo, y él consideraba que era su deber perseguir a la iglesia, para borrar el nombre de Jesús de la faz de la tierra; porque Pablo no sabía quién era Jesús.

Él nos dice que en el judaísmo aventajaba a muchos de sus contemporáneos, *“siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres”*. ¡Qué cosa tremenda, hermanos, son las tradiciones! Aquí no se refiere a sus padres naturales, sino a sus padres religiosos, a los grandes hombres del judaísmo, como Gamaliel y otros, de los cuales él recibió toda esa tradición.

El versículo 15 dice: *“Pero...”*. ¡Qué bueno que hay un “pero” aquí! Porque este es un “pero” que viene de Dios. *“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí”*. Esta es una afirmación extraña. No dice: *“Revelarme a su Hijo a mí”*, sino: *“Revelar a su Hijo en mí”*. Revelar a su Hijo dentro de mí. En lo profundo de mi ser, en mi hombre interior, en mi espíritu, y luego, a través de mí.

¿Qué ocurrió el día en que Dios se interpuso en la carrera de este hombre y reveló a su Hijo en él? Hermanos

amados, cuando Dios revela a su Hijo en nosotros, todas las cosas cambian. Todo lo que hemos construido se derriba, todo lo que nos proponíamos en nuestro corazón se viene abajo. La revelación de Jesucristo mata lo del hombre natural, mata lo que viene del hombre según la carne, y da vida a lo que viene de Dios según el Espíritu.

Hechos 9 nos muestra que Pablo iba camino a Damasco persiguiendo a los discípulos; pero mientras iba con sus propios planes, con toda la carga del judaísmo sobre sus hombros, de repente, le rodeó un resplandor de luz del cielo, “...Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”.

Fíjense ustedes que Pablo estaba persiguiendo a la iglesia. Como él lo entendía, no estaba persiguiendo directamente a Jesús. En realidad, para Pablo, Jesús estaba muerto. Él perseguía a los discípulos de Jesús, a su iglesia. Pero de pronto, camino a Damasco, Jesús mismo, el Señor mismo, vivo y resucitado de los muertos, se le aparece en toda su gloria y le dice: “Saulo, ¿por qué me persigues?”.

Aquí hay algo extraordinario, porque este es el punto de partida de la carrera de Pablo como apóstol, y de la carga especial que él recibió del Señor. Lo que tuvo Pablo fue una visión celestial, que desde ese día en adelante dominó el curso entero de su vida. Esta visión atrapó a Pablo y lo impulsó hacia delante, hasta el último día de su vida, hasta rendir su vida por amor a Jesucristo.

La iglesia no es una organización humana, no es una asociación con fines religiosos, no es un grupo de personas siguiendo a un hombre; no es nada que pueda ser igualado a algo de este mundo.

Pero hay algo más. Él no entendió inmediatamente el significado completo de la visión. Le llevó muchos años de su vida comprender la visión que había recibido. Fíjense ustedes lo que vio el apóstol Pablo. Él vio a Jesucristo. Pero también algo más: aquello que el Señor le dijo y que el Señor le reveló ese día. Él le dijo: “Saulo, ¿por qué me persigues?”.

Pablo debe haber quedado perplejo. Él no estaba persiguiendo al Señor. ¿Cómo podía él perseguir al Señor, si estaba muerto? Y si estaba vivo en el cielo, ¿cómo podría él perseguir a alguien que está en los cielos? Imposible. Pero él le dice: “¿Por qué me persigues?”. Entonces, aquí comienza la revelación de Cristo en Pablo. Y, ¿cuál es esa revelación? Esa revelación es la iglesia, la casa de Dios.

Pablo vio ese día no sólo a Jesucristo; ese día también vio lo que es realmente la iglesia de Jesucristo. Vio ese día que la iglesia no es una organización humana, no es una agrupación o asociación con fines religiosos, no es un grupo de personas siguiendo a un hombre; no es nada que

pueda ser igualado a algo de este mundo. Él vio ese día que la iglesia es Jesucristo; porque cuando él tocaba a la iglesia, tocaba a Cristo, y cuando él tocaba a los miembros del cuerpo de Cristo, él tocaba a Cristo. Entonces comprendió que la iglesia es una sola cosa con Cristo, y que Cristo vive y está en la iglesia. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Yo sé, hermanos, que estoy repitiendo cosas que ustedes saben, no estoy diciendo algo nuevo. Pero lo importante, no es saber las cosas, sino lo que hacemos con las cosas que sabemos. ¿Somos consecuentes con lo que sabemos? ¿De qué sirve saber lo que es la iglesia, si no andamos como es digno de ese conocimiento? Pablo le dice a Timoteo: *“Para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios”*.

Por supuesto que Timoteo sabía qué es la casa de Dios; pero no se trataba simplemente de saberlo. Porque podemos estar llenos de un conocimiento teórico de las cosas celestiales, y no vivir la realidad de lo que

son. El apóstol Pablo vio a la iglesia en Cristo, y desde ese día él vivió para esa visión.

Ah, esto es algo muy difícil, porque es una revelación. Los hombres tienden siempre a hacer de la iglesia algo más pequeño de lo que ella es. Pablo se enfrentó con ese problema. Él era un judío. Los judíos tenían una esperanza acerca del Mesías, tenían toda una serie de ideas acerca de lo que el Mesías debía ser cuando viniera. Pero cuando finalmente llegó, no encajaba en sus cánones y sus moldes. Toda su tradición se hizo añicos frente a Jesucristo; todo lo que ellos pensaban resultó falso cuando vino Jesucristo. Estaban llenos de ideas, pero ninguna de esas ideas correspondía a la realidad.

He aquí nuestro problema, y por eso Pablo le escribe a Timoteo, porque al igual que los judíos con sus tradiciones, sus conceptos e ideas, nosotros también estamos en peligro de volver a la iglesia en algo más pequeño de lo que ella es; convertirla en algo meramente humano. Siempre estamos



en peligro de reducir la iglesia. Esa es nuestra tendencia natural. Me explico: Los judíos tenían un ritual, una sinagoga, una serie de formas y de maneras establecidas, y creían que estas eran la esencia de todo. Pero Cristo no encajaba en aquello que tenían.

Ahora, cuando Pablo vio la iglesia, él la vio como la expresión de Jesucristo. Esa fue su visión de la iglesia. Él no llegó a la iglesia como llegamos algunos, en una reunión de hermanos que están cantando y alabando al Señor. Entonces tú dices: “Ah, esto es la iglesia: La forma en que se reúnen, cantan y adoran”. Pero eso no es la iglesia. A lo sumo, puede ser una expresión de la iglesia.

Pero, esencialmente, ¿qué es la iglesia? La iglesia es la expresión de Jesucristo; la iglesia es el cuerpo de Cristo. Y esto, ¿qué quiere decir? Que si Cristo es el templo de Dios; y, luego, si Cristo está en nosotros, entonces la iglesia también es el templo de Dios. Pero no lo es sino por cuanto Jesucristo mora en la iglesia. Dicho en otras palabras, la iglesia es el templo de Dios en la medida que ella es la expresión de Jesucristo.

Nosotros podemos llamar iglesia a muchas cosas, pero lo único que puede ser llamado iglesia desde el punto de vista de Dios es lo que procede de Cristo. Y cuando Pablo vio la iglesia, la vio como el cuerpo de Cristo. No sólo vio a Cristo, sino que vio el edificio que se levanta sobre Cristo, piedra sobre piedra, hasta una altura, una dimensión y en una expresión incommensurables.

Hermanos amados, ¿cuál es el tamaño de Cristo? ¿Cuánto abarca

Cristo? ¿Hasta dónde llega Jesucristo? ¿Dónde comienza y dónde termina? ¿No lo sabes? Entonces, tampoco puedes decir dónde comienza y termina la iglesia, porque la iglesia es Jesucristo; es tan grande como Jesucristo. Ella llega hasta donde llega Jesucristo. Ese es el misterio de Dios: que él no sólo tiene a Cristo como su templo, sino que también Cristo tiene a la iglesia como su cuerpo y como su templo. Y que Dios no sólo está morando en Cristo, sino también en la iglesia, por medio de Jesucristo. Eso, hermanos, nos habla de la grandeza de la iglesia como cuerpo de Cristo.

El tamaño de la ciudad

El apóstol Juan describe la nueva Jerusalén, que es la expresión final de la iglesia. Con independencia de las interpretaciones literales de este pasaje, quisiera que consideremos una interpretación espiritual. Hay una cosa muy interesante en el capítulo 21 de Apocalipsis, cuando el apóstol ve a la iglesia como a la nueva Jerusalén que desciende del cielo de Dios, con la gloria de Dios, como una piedra preciosísima.

Los versículos 15 y 16 nos dicen que el ángel que le mostraba la nueva Jerusalén le dio una caña de medir para que midiera la ciudad: “*La ciudad se hallaba establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura, y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios*”. Un estadio son 180 metros. Doce mil estadios son 2.160 kilómetros, más o menos, la distancia entre Santiago y Arica.

Imaginen una ciudad que comienza en Santiago, sigue hasta Arica, da

una vuelta en cuadro hasta la costa de Brasil, desciende hasta la altura de Santiago y cierra el cuadro. ¿Qué ciudad puede tener ese tamaño? Nosotros vivimos en una era en la que podemos remontarnos a las alturas en un avión, y mirar la tierra desde allí. Luego, podríamos observar una ciudad de ese tamaño. Pero en el tiempo del apóstol Juan, eso era imposible. Nadie hubiera podido concebir una ciudad de ese tamaño. Israel mismo, no medía ni la quinta parte del largo de esta ciudad.

Entonces, ¿qué quiere decir la palabra del Señor con tales medidas y proporciones? Porque, luego se nos dice que el muro tiene el mismo alto, es decir, que también tiene 2.160 kilómetros de altura. El monte Everest, el más alto de la tierra, tiene 8 kilómetros de altura. Pero, piense ¡2.160 kilómetros de altura! Vale decir, usted podría levantar la vista y no divisar jamás el término de los muros de la ciudad. ¿Por qué dice esto la Escritura? Porque nos está mostrando que la iglesia, tal como Dios la concibió, es más grande de todo lo que nosotros podamos imaginar o pensar, pues ella es la expresión plena de Cristo.

¡Qué grande es nuestro Señor Jesucristo, y qué grande es la ciudad que lo expresa, porque ella es la perfecta expresión de su gloria, de su persona, de su naturaleza y de su carácter! La ciudad completa está hecha de Cristo. Cada piedra ha sido tallada en la cantera de Cristo, y cada detalle de la ciudad ha surgido de él por obra del Espíritu Santo. Ella es la perfecta expresión de Cristo, y por eso tiene una dimensión inconcebible para nosotros.

El apóstol Juan escribió con la intención de mostrarnos esto, lo mismo que Pablo cuando dijo: *“Indiscutiblemente grande es el misterio de la piedad”*. El misterio de la piedad consiste en que Dios se hizo carne, y eso nos conduce a la iglesia. Pero, ¿por qué el apóstol Juan nos dice esto mismo? Por la misma razón que lleva a Pablo a advertir a Timoteo, pues nuestro mayor peligro es reducir la iglesia a algo más pequeño de lo que en verdad es.

Hermanos amados, cuánto peligro tenemos de “localizar” a la iglesia, y creer que la iglesia se reduce, para fines prácticos, sólo a la localidad. No, hermanos, es al revés: la localidad tiene que expresar lo que la iglesia es en Cristo, pero la iglesia no puede ser reducida a la localidad. No podemos pensar que la iglesia es tan pequeña como el grupo que conformamos, porque eso es reducir a Cristo.

Necesidad de ensanchar la visión

¿Cuántos están dispuestos a permitir que el Señor ensanche su visión? ¿Cuántos quieren obedecer a la Palabra y no saberla simplemente? No sirve de nada saber sin obedecer. Es necesario obedecerla. Como dice Pablo: *“Yo no fui rebelde a la visión celestial”*. ¿Podemos obedecer?

Que el Señor ensanche nuestra visión, que agrande la medida de nuestro entendimiento, que ensanche nuestro corazón, nuestro espíritu, para entender. Como dice en Isaías: *“Ensanchar el sitio de tu tienda, las cortinas de tus habitaciones; no seas escasa, porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda”*.

Los dos grandes cautiverios de Israel y sus respectivos retornos son una excelente alegoría de la restauración de la Iglesia. He aquí algunos interesantes principios que se derivan de ellos.



La restauración de la Casa

Eliseo Apablaza F.

Cada vez que hablamos de la restauración de la iglesia, asumimos tácitamente que ella está en una posición de deterioro. Si no, no hablaríamos de restauración. La palabra *restauración* se refiere a volver a su estado de normalidad aquello que no lo está.

Como en el Nuevo Testamento no tenemos suficientes luces para tratar este tema, por causa de que en él nosotros encontramos fundamentalmente la normalidad de la iglesia, entonces nos sirve mucho el Antiguo Testamento, porque allí se nos muestra en figuras, las cosas espirituales que después habrían de tener realidad y concreción en este tiempo.

Bajo la figura de Israel, nosotros tenemos toda una gran metáfora de lo que es la iglesia. Israel sufrió dos grandes etapas de cautiverio con dos respectivos retornos; ellos nos hablan acerca de la iglesia en su cautiverio y en su retorno.

Uno de esos períodos de cautiverio aparece en la Biblia, en el siglo VI antes de Cristo, cuando Israel – específicamente el reino de Judá– fue llevado cautivo por setenta años a Babilonia. Luego el Señor saca de allí un remanente, y lo trae de retorno a la tierra.

Y el otro gran cautiverio de la nación de Israel es el que tuvo en el año 70 de nuestra era, cuando la ciudad de Jerusalén fue destruida, y la nación de Israel fue dispersada por todo el mundo. Esto duró hasta el año 1948.

Ahora bien, el proceso de retorno de estos cautiverios, tanto desde Babilonia a Jerusalén como de la larga dispersión posterior a la nación de

Israel, son dos períodos de restauración de la nación israelita que nos dan algunas luces acerca de la restauración de la iglesia.

El retorno del primer cautiverio

Luego del primer cautiverio encontramos tres movimientos de restauración. El primero fue encabezado por Zorobabel, el gobernador, Josué, un sacerdote, y aproximadamente cincuenta mil judíos. El segundo fue encabezado por Esdras, unos ochenta años después, con unos mil setecientos varones. Y el tercero estuvo a cargo de Nehemías, el copero de Artajerjes, con una escolta militar.

Algunos principios espirituales

Del retorno del primer cautiverio vamos a extraer algunos principios acerca de lo que es la restauración de la iglesia.

Lo primero que podemos decir es que *la restauración de la iglesia es una obra de Dios*. Setenta años estuvo Israel cautivo en Babilonia. Setenta años representan el período de vida de un hombre. Entonces, cuando la vida del hombre termina, Dios interviene. Esos setenta años en Babilonia nos hablan de que Israel murió en su vida natural, porque la carne y la sangre no pueden hacer la obra de la restauración. Sólo al final de los setenta años, Dios podía hacer algo.

La obra de la restauración comenzó cuando el Señor “*despertó* –dice textualmente la Escritura– *el espíritu del rey Ciro*”. Qué interesante es esta frase. Y no sólo del rey Ciro, sino también –dice– de los *jefes de las casas paternas, de los sacerdotes y levitas,*

para que subieran a Jerusalén. Entonces Ciro no sólo autoriza, sino que alienta a los judíos que quieran subir a edificar la casa. (Esdras 1:1-5).

Nosotros sabemos que la edificación, que se inició con tanto júbilo y aun con lágrimas de gozo, se interrumpió por unos quince o dieciséis años. Y entonces, cuando parecía que todo iba a quedar en nada, de nuevo Dios despertó el espíritu, esta vez, de Zorobabel, de Josué y de todo el pueblo, para que retomaran la obra. (Hageo 1:14-15).

¿Qué muestra eso? Que Dios no es sólo el que inicia la obra, sino también es quien la reanuda y la alienta cuando se detiene. En efecto, cada vez que el pueblo se desanimaba, Dios enviaba un profeta, un Hageo o un Zacarías, para alentarlos.

Al revisar el libro de Esdras, Nehemías, Ester, Hageo y Zacarías, que se ubican históricamente en este tiempo, vemos algo asombroso: que Dios utilizó a tres reyes persas —a Ciro, Darío y Artajerjes, reyes tremendamente poderosos, que tuvieron casi el mundo entero en sus manos—, para favorecer la obra de la restauración.

Aun utilizó a Ester, la esposa de Asuero, para que como ‘tras bambalinas’ ella también ayudara a los judíos. Se piensa que Ester influyó mucho sobre Artajerjes —su hijastro— para que apoyara a Esdras y Nehemías. Dios movilizó todo el ambiente político. Los principales reyes de la tierra favorecieron la obra de Dios. Aun ellos pusieron dinero de su bolsillo y de las arcas reales. Es una obra de Dios; Dios la tiene en sus manos. Él mueve todo lo que tiene que mover, para que ella

se realice. Así también será en este día.

La restauración es una serie de movimientos progresivos

Segunda cosa: *La restauración es más que un hecho aislado; es una serie de movimientos progresivos.* Cada uno de estos tres retornos fue agregando un elemento nuevo que enriqueció el anterior y lo hizo avanzar.

En el *primer movimiento de restauración*, en que participó Zorobabel y Josué, se restauró el culto con la edificación del altar. Ahí ellos renovaron su comunión con Dios.

¿Dónde podrá Dios iniciar un movimiento de restauración? Dondequiera que haya cristianos que recuperen su calidad de adoradores. Porque la restauración no es un asunto administrativo que puedan llevar a cabo cristianos objetivos solamente. Se necesitan hombres que vibren por dentro, que hayan tenido una revelación de Dios, que tengan un conocimiento interior, que sientan que su corazón es un altar de donde sube al Señor un incienso de adoración y de alabanza.

Luego, al año siguiente que llegaron los judíos a Jerusalén comenzó la restauración de la casa, pues se pusieron los cimientos.

El *segundo movimiento restaurador*, encabezado por Esdras, trajo un avance en cuanto al embellecimiento del templo. Esdras era un escriba docto; él recuperó la Palabra. Si nos fijamos, en el primer avance restaurador se destacó el ministerio profético, con Hageo y Zacarías. Ellos traían la palabra profética para alentar al pueblo. Pero una vez que ya la casa estuvo restaurada, y comenzaron a desempe-

ñarse los oficios, entonces se hizo necesaria la enseñanza de la Palabra. Así, cuando Esdras lee la Palabra y la expone al pueblo, los oyentes lloraban de emoción. La restauración de la Palabra es un elemento muy importante en la restauración de la casa, porque la Palabra nos muestra lo que Dios siempre quiso, y nos hace alinearnos en la dirección que Dios quiere.

Y el *tercer movimiento de restauración*, a cargo de Nehemías, consistió en la reconstrucción del muro, que tiene que ver con el testimonio exterior.

O sea, la restauración comienza, primero, con la edificación del altar, es decir, con la restauración de una relación individual del creyente con Dios. Luego, sigue con la recuperación de la Palabra, la Palabra que lava la iglesia, que la alimenta, y que la embellece. Y luego, entonces, cuando eso se cumple, viene el muro. Y el muro nos habla del testimonio hacia fuera. Cuando la iglesia está compuesta por adoradores, edificados unos con otros, lavados por la Palabra, entonces la iglesia puede brillar, y mostrar su belleza exterior.

La restauración de la Palabra es un elemento muy importante en la restauración de la casa, porque nos muestra lo que Dios siempre quiso, y nos hace alinearnos en la dirección que Dios quiere.

La restauración abarca más de una generación

Un tercer principio: *La restauración abarca más de una generación*. Todo el período que nos muestra Nehemías, Esdras, Hageo y Zacarías, abarca más o menos unos cien años. Si la restauración hubiese tomado solamente setenta años, podríamos pensar que era una sola generación; pero del momento que nos extiende el rango hasta los cien años, ya tenemos dos generaciones. Zorobabel y Josué pertenecían a la primera generación, y Esdras con Nehemías pertenecían a la segunda generación. Muy probablemente cuando Zorobabel fue a Jerusalén, Esdras todavía no había nacido.

Es interesante observar una diferencia entre ambas generaciones. En la primera comitiva iban muchos ancianos llenos de nostalgia por la gloria del templo de Salomón. Sin embargo, ese movimiento restaurador no dejó las cosas donde debían quedar. Así también ocurre con las generaciones de restauración. Una primera generación puede estar impulsada mayormente por elementos emotivos. Cuando de pronto ve algo de parte de Dios, se siente una generación precursora, y se llena de una emoción muy grande; pero esa generación no podrá concluir la obra. Vendrá después una generación que tiene algo más seguro que la primera, que es el testimonio de las Escrituras.

Muchos movimientos de restauración han ocurrido en la iglesia desde fines de la Edad Media. Un hermano dice que al mirar la historia de la iglesia podemos ver cada cien años movi-

mientos restauradores muy importantes:

En 1420, con Juan Huss y los moravos. Ellos vieron la cautividad babilónica de la iglesia y decidieron vivir fuera de sus márgenes. En 1520 vino la recuperación de la Palabra por medio de Lutero, Calvino y Zwinglio. Pero, paralelo con eso, y tal vez más importante que eso mismo, fue la presencia de los anabaptistas, que descubrieron la verdad de la regeneración, del bautismo, y la no participación de los cristianos en los asuntos políticos.

En 1620, en plena época del racionalismo, surgen algunos movimientos que enfatizan la vida interior, como el misticismo, pietismo, etc. En 1727 está la figura de Zinzendorf y la comunidad de Herrnhut, donde se inició una cadena de oración que duró cien años, exactamente hasta 1820 y tanto, cuando surge en Inglaterra el movimiento de los hermanos de Plymouth, que recupera la visión del Cuerpo.

En 1920, China. Watchman Nee y lo que se conoce como “La Manada Pequeña” es, tal vez, el movimiento de restauración más serio y consistente de los últimos siglos, y que ha inspirado y sigue inspirando hasta el día de hoy todos los grandes movimientos restauradores en el mundo entero.

¿En qué punto nos encontramos nosotros, si esta serie de cien años se cumpliera antes que el Señor venga? ¿Tendríamos en las cercanías del 2020 tal vez una cosa explosiva, maravillosa, algo que pudiera ser la antesala de la venida del Señor Jesucristo? Tal vez pudiera ser la puntada final para que la iglesia recuperara la gloria que tuvo

al comienzo. ¿Soñemos con eso? ¡Soñemos, hermanos, soñemos con una iglesia gloriosa; soñemos con una iglesia sin mancha y sin arruga! ¡Soñemos con una iglesia no dividida!

Una obra realizada con gran fragilidad

Cuarto: *La restauración es una obra que se desarrolla en medio de una gran fragilidad y sencillez.* Cuando leemos Esdras y Nehemías, una de las primeras cosas que nos llama la atención es que todo lo que allí ocurre, los hombres que intervienen, los movimientos que realizan, la gente, los materiales que se usan, todo, todo, es tan precario, tan modesto. Son pocos, son débiles; están bajo la dominación de un rey extranjero, no tienen autonomía, van llenos de temores, porque los enemigos acechan. Parece que todo se va a caer.

¿Cuál será el modelo de la obra de la restauración para la iglesia hoy? ¿Serán los días de los Hechos de los Apóstoles, donde todo es gloria, donde todo son milagros, con miles de convertidos de una vez, cuando los dones sobreabundan, etc. etc.? ¿Será ese el modelo de la restauración? ¿O será este otro, el de una restauración hecha en condiciones tan diferentes?

¿Qué es lo que vemos hoy nosotros? ¿Hay entre nosotros grandes Pedros, grandes Pablos, grandes Estébanes, que hagan milagros y cosas portentosas? ¿O vemos más bien hombres pequeños como Nehemías, que tiemblan, y que enfrentan tanta adversidad?

Zorobabel no es como Salomón cuando edifica el templo. ¡Allí hubo

treinta mil israelitas trabajando en el templo! ¡Ciento cincuenta y tres mil siervos libaneses fueron contratados para la obra del templo! ¡Qué movimiento! En los días de Zorobabel hay apenas cuarenta y tantos mil apenas. Y con dificultad Esdras encontró 38 levitas. ¿Se fijan la diferencia?

La obra de la restauración es una obra casi invisible a los ojos humanos.

Es la obra de un remanente y no del pueblo completo

Quinto principio: *Los encargados de llevar a cabo la obra de la restauración es un remanente y no el pueblo completo.* La palabra *remanente* aparece muchas veces en el Antiguo Testamento, y aquí en Esdras, en Nehemías, en Zacarías, esta palabra tiene mucho sentido. Mil setecientos comparados con cien mil, doscientos mil o quinientos mil, no son nada, pero ellos son los que acometieron esta tremenda obra. Los demás estaban en Babilonia. Habían echado raíces, estaban cómodos, tenían casas, negocios, se habían transformado de expertos labradores en comerciantes muy exitosos, como son hasta el día de hoy. En cambio, estos pocos que fueron a Jerusalén, tuvieron que pagar el precio de sacrificio, porque ser remanente, amados hermanos, significa pagar un precio.

La generalidad de los creyentes puede dormirse si quiere, pueden ser encontrados como esas vírgenes insensatas, o como Laodicea, dormida en sus oropeles; pero el remanente debe estar en pie, debe estar despierto, y debe tener aceite no sólo en sus lám-



paras, sino también en sus vasijas. Eso significa pagar un precio. Hermano, ¿quieres ser parte de ese remanente? Entonces, ve cómo te acomoda la cruz. La cruz tiene la forma hecha para tu corazón, y tendrá que entrar y partirlo. Es la única manera.

Sin embargo, pese a los pocos, la casa de Dios fue restaurada y los muros fueron reedificados. El Mesías, por tanto, podía venir. Habría una ciudad –Belén– donde él naciera; estaría Nazaret para que se criara. Y para que eso fuera posible, unos pocos, débiles y menospreciados judíos –a los ojos humanos– tuvieron que caminar cuatro o cinco meses por el desierto, para llegar a la tierra que les esperaba.

Amados hermanos, para que Cristo venga, la iglesia tiene que estar restaurada, ¡y para que eso sea posible el remanente tiene que movilizarse! Que nos abra los ojos el Señor para ver lo importante que es que el remanente, aunque pequeño y débil, haga la obra

que la iglesia en su conjunto no puede realizar.

No un solo líder, sino varios

Sexto: *No hay un solo líder encabezando la restauración, sino varios.* Y estos varios, como ya dijimos, son débiles.

En la cristiandad actual, estamos muy acostumbrados, cada vez que hay un movimiento cristiano en algún lado, a decir, casi por una ley de inercia: “¿Y quién es el líder?”. Entonces, nos sentimos privilegiados si en algún momento podemos conocer al líder y estrechar su mano. Nos sentimos honrados: ¡es el líder! Detrás de él hay miles de personas.

Pero, amados hermanos, ése no es el modelo bíblico. El modelo bíblico no es Pedro, sino “Pedro y los once”. Y tampoco es Pedro y los once sólo. Es Pablo, es Silas. Son equipos de hombres. Los modelos piramidales, en los cuales hay un hombre arriba, y todos se sujetan a él y él no se sujeta a ninguno, es un modelo de acuerdo a los reinos de la tierra. “Pero entre vosotros”, dijo el Señor, “no será así, sino el que quiera ser grande entre vosotros será el más pequeño, el siervo de todos”. Pero cuánto le cuesta, a nuestra mente estructurada, entender los caminos de Dios; son demasiado altos, no los podemos entender. Pensamos que si no hay un líder, esto se cae. Pero cuando hemos visto de verdad la iglesia, y cuando la iglesia está de verdad funcionando, no importa que no esté Tal o Cual: está la iglesia, y el Señor está en medio de ella, ¡y no será conmovida! Y si no está uno, está el otro. ¡Es un cuerpo!

Que el Señor nos ayude a desestructurar nuestros esquemas, y darnos cuenta que en el cuerpo humano no hay un “súper miembro”, no hay un “miembro estrella”, sino muchos miembros que sirven al cuerpo.

¿En qué se muestra la humildad de un líder? No en que hable despacio, o que parezca humilde. No. ¿Saben en qué se conoce? En la sujeción a los demás, en cómo se sujeta al cuerpo. Para todo líder que se precia de tal, el momento más crítico de su vida será aquel cuando deba obedecer a otros en contra de su voluntad, cuando deba aceptar el consejo de otros aunque él no esté de acuerdo, y aún más, cuando tenga que aceptar la disciplina de la iglesia aunque él la vea como injusta. Ahí se prueba si hay o no un vaso quebrado, o hay simplemente un líder que quiere hacer las cosas a su manera, que quiere que todos le obedezcan a él, y él no obedece a nadie.

Que el Señor nos ayude para ver que en la iglesia no hay tal cosa como una pirámide, sino que todos somos igualmente importantes, que todos tenemos que servir de acuerdo a nuestra medida de fe, a nuestra ubicación, nuestros talentos, y que todos somos siervos y no amos.

Aquellos hombres eran débiles. ¿Ve usted que Josué y Zorobabel –aunque uno era sacerdote y el otro era nieto de rey– luego que pusieron el cimiento del templo, desistieron de edificar? Se atemorizaron, dejaron la obra, y empezaron a traer madera de los montes para construir sus propias casas. Hicieron casas bonitas, pero el templo estaba ahí sólo con la piedra del fundamento.

Esa clase de hombres, como Zorobabel y Josué, que se desaniman, que se cansan, que renuncian, sí, esa clase de hombres, esos Pedros, que en un momento niegan al Señor, son los que Dios usa para sus propósitos, porque primero él se asegura que ellos mueran, mueran a sus ideas, a su vanagloria, a todas las cosas que ellos estimaban como preciosas... Sí, los líderes de la restauración son hombres quebrados, vacíos de sí mismos.

La voluntad de Dios es la recuperación del ministerio plural, compartido, de la sujeción mutua, del descenso de los montes y el alzamiento de los valles.

Oficios diversos que se complementan

Séptimo y último principio: *Entre los líderes se observa una diversidad de oficios que se complementan.*

Noten ustedes: en el primer retorno iba Zorobabel, el gobernador; Josué, el sacerdote. Luego se agregan Hageo y Zacarías, profetas. El segundo retorno lo encabeza Esdras, un escriba. En el tercero va Nehemías, el gobernador, un hombre que administraba muy bien, con otros sacerdotes y levitas. Cada uno de ellos pone lo suyo, y todos se complementan.

Así también ocurre en la restauración de la iglesia. Efesios 4:11 nos muestra 4 ministerios de la palabra, que, aunque tienen una función específica cada uno, trabajan en equipo. Cada uno de ellos aporta algo al perfeccionamiento de los santos, pero ninguno es autosuficiente. El evangelista no puede hacer lo que hace el maestro, el maestro no puede hacer lo que

hace el profeta, el profeta no puede hacer lo que hace el pastor, el pastor no puede hacer lo que hace el apóstol.

Amados profetas, pastores, apóstoles, todos tenemos una riqueza; sí, pero todos tenemos también una tremenda *limitación*. Yo soy tremendamente limitado. Y me temo que usted también lo es.

El retorno del segundo cautiverio

Bien, ahí están los siete principios del retorno de la cautividad en el siglo VI antes de Cristo. Ahora, en estos veinte siglos, del siglo I hasta el siglo XX, Israel ha estado dispersado por todo el mundo. Sin embargo, el propósito de Dios es reunir a Israel. Primero darle la tierra, constituirlo como nación, recuperar Jerusalén como capital y recuperar el lugar del templo para que éste sea restaurado.

Estas cosas que han ocurrido con Israel parecían imposibles hasta el año 1947, pero el año 48 comenzaron a cumplirse en forma rápida. Primero fue el Estado de Israel, luego en el año 67 se avanzó un gran paso más, cuando Jerusalén fue recuperada en la Guerra de los Seis Días, y posteriormente, en la década del 90, cuando los judíos de algunas partes conflictivas del mundo pudieron volver a Israel.

Un movimiento restaurador, de reunificación, ha comenzado. Y ahora están los forcejeos por el lugar del templo, para la construcción del Tercer Templo. Esto es con respecto a la historia contemporánea de Israel.

Pero dijimos que Israel es una figura de la iglesia, ¿y de qué nos habla respecto de la iglesia? Hay tres cosas que nos habla, por lo menos.

Lecciones del Israel actual

Uno: *La unidad del pueblo de Dios es una meta imposible para el hombre, pero posible para Dios.* Lo ocurrido con Israel era imposible para el hombre, pero Dios lo hizo. Dios movió todo lo que tenía que mover, y está ocurriendo lo que hoy día vemos. Así también, la unidad de la iglesia es algo que contraviene toda la lógica y toda la historia. Sin embargo, Dios se ha propuesto hacerlo, y lo hará.

La dispersión de Israel nos mostró la dispersión de la iglesia. La reunificación de Israel nos habla de la reunificación de la iglesia. Lo estamos viendo aquí; ustedes son una muestra de eso. Movimientos de dispersión hay miles; movimientos de reunificación, uno, dos. ¿Habrá tres? Todo dice que no, pero Dios dice ¡Sí! ¡Vamos a creerle al Señor!

Dos: *La buena tierra es el foco de la unidad.* La tierra de Israel es la que hoy atrae a los judíos de todas partes del mundo; todos quieren ir a Jerusalén y a Israel. Así también Cristo, que es la buena tierra. Dondequiera que Cristo ocupa el trono, allí la unidad es perfecta.

¿Qué tenemos entonces que hacer? ¿Cuál es el paso que hay que dar? Tenemos que reencontrarnos en Cristo, tenemos que predicar a Cristo, tenemos que entregarle a Cristo su iglesia. Tenemos que renunciar a nuestros sueños y ambiciones personales, porque tenemos que venir todos a Cristo. Él es el centro de la unidad, él es el imán que nos atrae. La buena tierra es el foco

de la unidad.

Tres: *La unidad requiere de la madurez como punto de apoyo.* Miremos a los judíos. Estos judíos que han retornado a Israel en las últimas décadas proceden de diversos países, de diversos trasfondos culturales y colores. Parece increíble. Pero ¿qué están haciendo ellos? Están aprendiendo a vivir *en medio de* esas diferencias y *con* esas diferencias. Las diferencias de ellos no logran romper el vínculo más fuerte que los une: ellos son judíos, y esa es su tierra. Las diferencias nunca son tan grandes como aquello que nos une.

Aprendamos de los judíos. Ellos están aprendiendo a vivir en esa heterogeneidad, en esa diversidad; saben que si se pelean entre sí están perdidos; saben que si se dividen, los enemigos se lo toman todo. ¿Y qué rasgo puede describir eso en los judíos, eso de soportarse, de sobrellevarse? ¡Madurez!

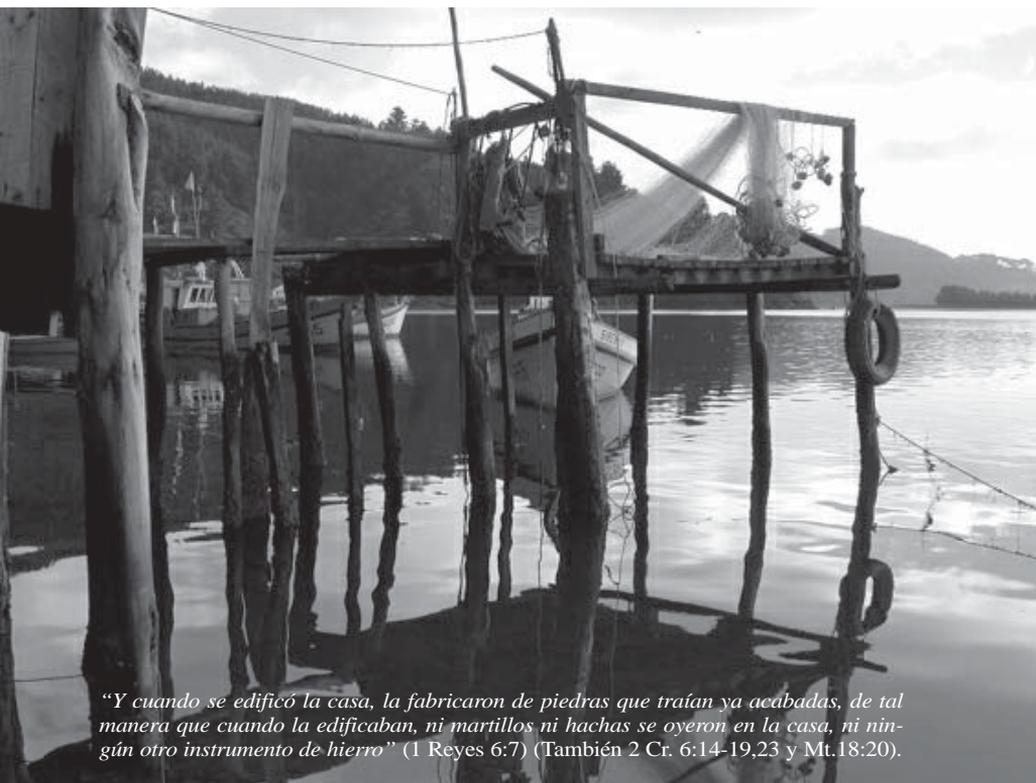
A medida que los hijos de Dios alcanzamos la madurez, va a ser posible la unidad. La unidad, si bien es cierto es un hecho espiritual logrado por Cristo en la cruz, requiere de nosotros que creamos ese hecho, que demos pasos hacia la unidad.

La madurez nos va a permitir vernos muertos a nuestras tradiciones, a nuestra historia, a nuestro sesgo doctrinal, para ser hallados en Cristo como “un solo y nuevo hombre”. Ella nos permitirá sobrellevar a los que aún no ven lo suficiente, para que ellos también arriben a la perfecta unidad.

Para la edificación de la Casa se requieren los materiales adecuados: piedras que han sido talladas con el martillo y el cincel.

Preparando los materiales

Roberto Sáez



“Y cuando se edificó la casa, la fabricaron de piedras que traían ya acabadas, de tal manera que cuando la edificaban, ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro” (1 Reyes 6:7) (También 2 Cr. 6:14-19,23 y Mt.18:20).

La revelación de la casa de Dios comenzó en el Antiguo Testamento a través de muchas ocasiones en que Dios mostró el verdadero sentido de una morada para Dios.

Tal vez una de las primeras revelaciones es la que dio a Jacob, cuando iba huyendo de su hermano. Cansado del camino, tomó algunas piedras y las puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Esa noche Jacob soñó que desde el lugar donde él estaba, había una escalera que subía hasta el cielo, y por la escalera subían y bajaban ángeles. Cuando despertó, dijo: “Dios estaba aquí, y yo no lo sabía. ¡Qué terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo”.

Ese sueño profético fue recogido por el Señor Jesucristo cuando le dijo a Natanael: “No te maravilles que te vi debajo de la higuera, porque vas a ver cosas más gloriosas; de ahora en adelante veréis el cielo abierto, y sobre el Hijo del Hombre suben y bajan ángeles”. El Señor estaba haciendo una aplicación del sueño de Jacob.

Un lugar terrible

Más adelante, el apóstol Pedro va a tomar también esta figura de las piedras, y va a decir que nosotros somos la casa de Dios construida con piedras vivas.

Cuando Jacob dijo que ese lugar era un lugar terrible, no sé por qué lo habrá dicho. Pero ahora que nosotros tenemos entendimiento de lo que es la casa de Dios, sabemos lo que significa que la casa de Dios sea un lugar terrible, porque siendo la casa de Dios un lugar glorioso, es también un lugar terrible para la carne, porque la carne

no prevalece en la casa de Dios. En la casa de Dios estamos para morir, para restarnos, para negarnos, para que sólo Cristo sea visto. Y este aspecto para nosotros es terrible.

No sé qué tan terriblemente lo habrá experimentado usted, no sé cuánto lo habrá tocado el Señor, no sé por cuántas cosas lo habrá hecho pasar, pero yo no conocía tanto el sufrimiento hasta que llegué a la casa de Dios, porque empecé a conocerme tal cual me conocían los demás, y allí empecé a experimentar los tratos de Dios.

La edificación de la casa de Dios consiste en esto: en que por un lado, para poder edificar, Dios tiene que derribar primero. Así lo dijo a través de Jeremías: “Dile a la casa de Israel que en un instante, si ellos se arrepienten, yo voy a plantar y voy a edificar; pero si ellos no se arrepintieren, en un instante yo voy a desarraigar, voy a derribar, voy a destruir”. A través de esas palabras vemos que Dios, por un lado, derriba y destruye, y por otro, planta y edifica. Él no puede edificar su casa a través de nuestra propia naturaleza. Primeramente él tiene que desmoronarnos a nosotros para luego levantar a su Hijo entre nosotros.

Esto es maravilloso; es un proceso que nos lleva todo nuestro peregrinar como cristianos.

Si la voluntad de Dios fuera solamente salvarnos, entonces bastaría con que Dios nos llamara, conociéramos la salvación, nos alegráramos con ver a Cristo como nuestro Salvador, y luego que Dios nos lleve. ¿Para qué tenemos que seguir viviendo, si eso es todo lo que Dios quiere? Si todo lo que Dios quiere es salvarnos, enton-

ces ¿qué hacemos en esta vida?

Pero si Dios tiene otro propósito más allá de salvarnos, si Dios tiene un propósito más grande con nosotros, como es edificarnos, darnos un crecimiento, un desarrollo, que lleguemos a una madurez, transformarnos en algo superior, entonces que nos deje aquí todo el tiempo que sea necesario.

Reuniendo los materiales para la casa

David tuvo una carga muy fuerte por construirle una casa al Señor. David era un hombre muy amado por Dios, y escogió un lugar providencial para construir la casa: el monte Moriah. David había sido muy victorioso en su carrera. Y cuando él empezó a ver que su territorio se había extendido, y que tenía grandes enemigos alrededor, quiso saber el contingente que tenía.

Entonces mandó a hacer un censo. Eso disgustó el corazón de Dios, porque hasta ese momento, siempre David, si había ganado una batalla, era porque Dios estaba con él. Y nunca contó el número, porque siempre la inteligencia, la gracia, el poder, venía de parte de Dios.

Cuando David empezó a ver que su pueblo estaba siendo disminuido — en un solo día cayeron setenta mil hombres—, entonces él se fue corriendo al monte Moriah, a presentar un sacrificio. Él vio al ángel de Dios frente a Jerusalén para seguir matando. Entonces corrió, por una profecía, hacia el monte con un sacrificio, y dijo: “Dios, detén esta matanza. ¿Qué han hecho las ovejas para merecer este

castigo? Soy yo, Señor”. Y él se humilló delante de Dios.

Y cuando vio que la ira fue aplacada, entonces dijo: “Este será el lugar donde yo levantaré una casa para Dios”. Curiosamente, en ese mismo lugar, Abraham, casi mil años antes, había levantado un altar de piedras para ofrecer a su hijo Isaac.

Ese lugar ahora tenía un dueño: Arauna jebuseo. Cuando Arauna vio la hazaña que David había conseguido por ese sacrificio que presentó en ese lugar, dijo: “Yo voy a donar este terreno, para que aquí David cumpla su sueño de construirle una casa a Dios”. Pero David dijo: “¿Cómo podría yo ofrecer un sacrificio a mi Dios que no me cueste nada?”. Aquí está el principio de la dádiva, de darnos para Dios, porque no vamos a dar algo que no nos cueste.

Así que David le compró la propiedad a este hombre. Allí mismo, años más tarde, cuando David supo que él no era quien iba a construir la casa, sino su hijo Salomón —él había derramado mucha sangre—, hay una actitud tan hermosa en David. Él empezó a reunir los materiales para la casa. Reunió las piedras, piedras que eran grandes y pesadas, piedras de seis caras, piedras cuadradas como un cubo. (Las piedras para la edificación tienen seis caras, perfectamente pulidas, cada una). Allá en la cantera, se oía el ruido del martillo y del cincel, cincelando esas piedras para darles forma, para que un día encajaran en la casa de Dios.

Reunió también el oro, el marfil, la madera del Líbano, la plata, el bronce; reunió todas las cosas que serían



necesarias para la construcción de la casa de Dios. Había algo hermoso, había en su corazón algo así como un sentimiento de indignidad: “Yo no soy digno de construirle la casa a mi Dios, yo no soy digno de que se me considere para dar, porque, ¿de dónde te vamos a dar, oh Dios, de dónde te vamos a dar, si toda la tierra es tuya, si todo el oro es tuyo, si todo lo que tenemos te pertenece a ti”.

En su corazón no tuvo la envidia de traspasarle toda la obra a uno que le iba a suceder. ¡Qué actitud maravillosa! Y más aún, invitó y desafió a los hombres, a los príncipes y a los nobles para que también de sus riquezas reunieran los materiales para la casa de Dios. Y yo me pregunto: ¿Quién puede suscitar tal grado de obediencia, que no sólo los príncipes y los nobles, sino toda la gente del pueblo se conmovió, y trajeron lo que tenían, y todos colaboraron para la construcción de la casa? ¡Qué maravilloso!

El ruido del martillo y del cincel

A Salomón le correspondió la gloria de edificar la casa para Dios. Y así, esa casa, que fue un símbolo, una cosa externa, representativa, de aquella Casa que un día iba a ser manifestada – esta Casa que somos nosotros hoy. Nosotros somos Bet-el, esta reunión de piedras vivas. Piedras que fueron cortadas de una cantera, piedras que fueron extraídas de un lugar y traídas a este lugar, para que el martillo y el cincel de Dios empiecen a darles forma.

El modelo es Cristo, y estamos siendo configurados a su imagen y a su semejanza. Estamos viviendo un proceso de transformación, estamos siendo modelados por las herramientas que están en la mano de Dios. La edificación le corresponde a él y al Espíritu Santo. Sólo él está haciendo esta labor, él está trabajando por nosotros; no hemos venido nosotros a trabajar para él, es él el que está trabajando en nosotros. Él es el que nos está dando la forma que quiere darnos. ¡Bendito es el Señor!

Mientras estamos aquí, oiremos el ruido del martillo y del cincel. Aunque el ruido es sinónimo de destrucción, y estos golpes parece que anuncian que nuestra vida se va destruyendo, que nuestra casa se estuviera derribando – la casa que soy yo, la casa que es mi familia.

Cuando viene el ruido del cincel, es la cruz que viene a tratarnos, a operar en nosotros. Es esta obra interna de Dios que viene a derribar aquello que está deformado. Y Dios va a usar a los hombres, y va a usar las circunstancias de la vida para tratar con no-

sotros. Así que seremos cincelados por Dios, por los hombres y por las circunstancias para ser edificados. ¡Bendito sea Dios!

Las circunstancias son cosas que Dios permite para nuestra formación. El apóstol Pablo nos habla mucho de eso: cómo aprender a vivir victorioso por sobre las circunstancias; nos enseña a vivir contentos cualquiera sea la situación.

Pero también están los hombres. Hay un salmo que me toca fuertemente el corazón, el Salmo 66:12: *“Hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas, pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia”*. Por eso los hombres que están cabalgando sobre tu cabeza en este día. ¿Serán nuestros familiares? ¿Será algún hermano? ¿Será la suegra o el suegro de alguien? ¿Será el esposo, será la esposa? *“Hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas, pasamos por el fuego y por el agua...”*

De polvo a piedras; de piedras a piedras preciosas

Curiosamente, nosotros venimos del polvo de la tierra. El día que nos encontramos con nuestro Salvador y él nos llamó, nuestro nombre fue cambiado; más bien, nuestra naturaleza fue cambiada. Tal como Pedro, que era Simón hijo de Jonás. Ser hijo de Jonás era ser un hijo de un Juan, un hombre común. Pedro era un hombre común, que venía del polvo de la tierra como cualquiera de nosotros. Pero dijo el Señor: “Ya no te llamarás más Simón hijo de Jonás; de aquí en adelante te vas a llamar Cefas (que quiere decir piedra)”.

Ahora, cambie usted su nombre, y permita que el Señor le llame a usted ‘Cefas’. Somos todos Cefas. Somos piedras. Seremos transformados de hombres comunes, a piedras vivas, para conformar la casa de Dios. Pero lo curioso es que estas piedras un día van a configurar la Jerusalén celestial, y la Jerusalén celestial está construida de piedras preciosas; no sólo de piedras, sino de piedras preciosas. Este Cefas, que es una piedra, allá en la Jerusalén celestial es una columna, y es nada menos que un diamante en la casa de Dios.

Los diamantes son las piedras más preciosas que existen, y lo curioso es que un hombre como Pedro –que aunque era de un carácter rudo y violento, era enclenque y débil– llegó a ser un diamante en la casa de Dios. Y para allá vamos todos nosotros, para ser diamantes en la nueva Jerusalén. Y nunca más nadie cabalgará sobre nuestras cabezas, porque el ruido del martillo y del cincel sólo se escucha aquí. Allá en la Jerusalén celestial no habrá nunca más lloro, ni habrá nunca más dolor, nunca más un sufrimiento.

Cuando miro la vida de Pedro me veo como en un espejo a mí mismo. Soy tan parecido a Pedro. No sé si usted puede decir lo mismo. Y cuando miro a Pedro, veo en él también a Jacob. Y Jacob, ya sabemos, es el prototipo del hombre astuto que se las arregla para salir adelante. Nosotros encontramos que la Biblia usa este lenguaje: “Casa de Israel, casa de Jacob, casa de Levi”. En la Escritura, ‘casa’ no se refiere tanto al ambiente material, sino a la ‘familia’. Y cuando uno mira la familia de Jacob, los hijos que

tuvo, no puede menos que ver en cada uno de ellos las características de Jacob. En Génesis 49 pueden verse algunas de las características de estos hijos. Si usted quiere conocer la violencia que había en Jacob, solamente tiene que ver cómo eran sus hijos.

Y pensar que este Jacob también está considerado en la Jerusalén celestial, porque las doce tribus y los doce apóstoles serán los fundamentos de la ciudad celestial. Y cuando yo pienso en lo defectuosos que eran estos hombres, me lleno de esperanza. Cuando pienso en el tipo de hijos que tenía Jacob, me lleno de esperanza, y digo que todo ayuda a bien.

¿Qué diremos de Pedro, ese impetuoso Pedro, ese apresurado Pedro, ese Pedro que cometía errores a cada rato, que tenía tanta imperfección? ¿Pero que fue siendo transformado de día en día por el Espíritu del Señor, modelado a la imagen de Cristo?

Sabemos que los diamantes se forman a inmensas temperaturas. Bajo nuestros pies, en el corazón de la tierra hay un caldo de minerales que está hirviendo a 5000 grados centígrados. A veces este caldo caliente sale hacia arriba por los volcanes, y allí se forman geológicamente las rocas ígneas. En el contacto con la temperatura fría se endurecen y llegan a ser las rocas más duras que existen en la tierra. Pero hay otro tipo de rocas que sufren una metamorfosis. Estas son las rocas que se transforman en diamantes.

Cuando estos minerales salen del interior de la tierra hacia fuera, y toman contacto con los hielos, con los vientos, con las temperaturas frías, la temperatura se eleva de 5.000 a

100.000 grados.

Luego viene entonces la humedad, el frío, y este material es lo que se transforma en estas piedras preciosas. En la Biblia aparecen doce, y son las que el sacerdote llevaba en su pecho. ¿Por qué llevaba esas piedras ahí? Porque Israel iba para ser transformado en esas piedras. ¡Bendito es el Señor!

Ahora entonces, al saber que las piedras preciosas no son algo que surgieron desde un principio, sino que en un momento vinieron a aparecer, al aplicar los factores de temperatura, y de humedad y de frío, entonces nosotros sabemos que es bueno que el Señor nos haga pasar por el fuego y por el agua.

No nos extrañemos cuando estamos pasando por el fuego o por el agua, porque dice que “aunque pases por las aguas, no te anegarás, y si por los ríos no te anegarás, y aunque pases por el fuego no te quemarás, ni la llama arderá en ti”. El Señor permitirá la llama, permitirá el fuego, y permitirá que los carros pasen, y que se oiga el ruido del cincel y del martillo. ¿Con qué objetivo? ¿Querrá Dios solamente hacernos sufrir por sufrir, o tendrá un propósito más alto? En verdad, él

Acuérdate que a mayor temperatura, mayor será la piedra preciosa: mientras más sufrimiento y más pruebas, más parecidos a Cristo.

tiene un objetivo sublime con nosotros, y es que Cristo sea formado. Y acuérdate que a mayor temperatura, mayor será la piedra preciosa: mientras más sufrimiento y más pruebas, más parecidos a Cristo. Seremos transformados de gloria en gloria.

Estamos en la casa de Dios, hermanos. De esta debilidad que somos, de este barro, de estas piedras que éramos, vamos siendo transformados hasta llegar a ser un diamante en la casa de Dios. El diamante es una piedra transparente que, cuando se le aplica luz, aparecen destellos y aparece un arcoiris. ¡Bendito es el Señor! ¡Qué gloria nos espera!

El roce de las piedras

Estamos en la casa de Dios. Aquí está ocurriendo algo paradójico. Aquí hay un derrumbe, y al mismo tiempo hay una edificación. Algo se está gastando, algo se está cayendo, algo se está desmoronando. Pero al mismo tiempo algo está surgiendo, algo se está levantando. ¡Bendito es el Señor!

Hay tiempo para esparcir piedras, hay tiempo para recoger piedras. Este es un día de restauración; es un tiempo para reunir las piedras en la casa de Dios, para ser edificados.

Hermano, Dios te ha escogido. Él quiere quebrantar lo que tiene que ser quebrantado, él tiene que sacar lo que tiene que salir. Dios tiene que transformar o cambiar lo que tiene que ser cambiado. En la casa de Dios nosotros somos formados, en la vida de la iglesia, en el roce de las piedras unas con otras, nos vamos perfeccionando.

Hay muchas cosas que tienen que ser corregidas, pero, ¿a quién utiliza-

rá el Señor para nuestra corrección? ¿A través de qué me va a hablar Dios? Decíamos que él mismo lo va a hacer. Utilizará hombres, y también utilizará circunstancias. Y pensando en esto, sabemos que Dios está haciendo su obra. Él puso dentro de nosotros un grande y supereminente poder, un poder grande, capaz de transformar la muerte en vida en nosotros. Es el poder de su Espíritu que está operando desde el interior para transformarnos.

Pero también está usando a los hombres; no solamente a la iglesia, también a los hombres de afuera. Está usando a los hermanos. Muchas veces pareciera que pasa el tiempo en la iglesia, pasan los años, y a veces no se ven los cambios.

Yo quisiera decirle un consejo: En la casa de Dios nos conviene ser corregidos; nos conviene asumir un compromiso solemne para que cualquier hermano, en cualquier momento, sea oportuno o inoportuno, sea la persona adecuada o no adecuada, sea un hermano mayor o un hermano menor, sea quien sea que Dios quiere usar para mi corrección, yo lo quiero escuchar. Porque nos hace mal cuando a nosotros no nos dicen lo que somos. Porque de una manera incomprensible y misteriosa, yo no me conozco tal y cual como soy; pero sí los demás me conocen tal y cual como soy. Y esta sabiduría la reservó Dios para su iglesia, para que en la casa de Dios nos corriamos unos a otros, nos sobrellevemos unos a otros, nos soportemos unos a otros. ¡Bendito sea el Señor! Amén.



La edificación de la Casa

Jorge Himitián

El plan de Dios es edificar la iglesia, pero ¿cómo se edifica la iglesia? He aquí seis cosas que Pablo señala directa o indirectamente al respecto en la 1ª epístola a Timoteo.

El plan de Dios es edificar la iglesia; eso es lo que Dios se propuso. A todo arquitecto, lo que le interesa es que el proyecto que él diseñó se realice tal cual lo diseñó. Y esto es lo que el Señor quiere. Ahora, ¿cómo se edifica la iglesia? Yo quiero señalar seis cosas que Pablo señala en una forma directa o indirecta en la 1ª epístola a Timoteo.

El amor

La primera cosa que señala Pablo a Timoteo es que la iglesia se edifica por el amor. *“Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida”* (1 Tim. 1:5). Pablo está diciendo: “Timoteo, cuidado con todas las palabrerías y las enseñanzas que engendran disputas y no realizan el plan de Dios; no es la edificación de Dios”. Pablo es también quien dice: *“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”* (1 Co. 8:1). Es importante que tengamos conocimiento, y que podamos transmitir, pero el conocimiento solo nos puede envanecer. Pablo no está abogando por la igno-

rancia, está abogando por el amor. El amor edifica. Y si al amor agregamos conocimiento, ¡maravilloso! Pero lo importante aquí es el amor. En Efesios 4, Pablo dice: *“Todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (v.16).

La iglesia se edifica en amor. Hermanos, podemos tener grandes revelaciones, podemos tener tal fe que traspase los montes, podemos tener todos los misterios conocidos, todos los dones y los carismas, pero si no tenemos amor, ¿de qué nos sirve? Vamos a ser metal que resuena y cimbalo que retiñe. Nada puede suplantar el amor. Dios es amor, y donde hay amor está Dios, y él en medio de la hermandad edifica la iglesia. Si tú quieres contribuir a la realización del plan de Dios, ¡ama a tus hermanos! El amor edifica. La iglesia se va edificando en amor.

¿Qué es edificar? Además del concepto de la edificación individual, edificar significa unir piedra con piedra. Uno toma una piedra le pone la argamasa, y la pega a otra piedra. Edificar es unir piedra con piedra, y así se va levantando la pared. Y dice el apóstol Pablo: *“¿Cuál es el vínculo perfecto que nos une? ¡El amor!”*. Así que, cuando estamos amándonos, la iglesia se está edificando. No es por muchas y elocuentes palabras. La palabra tiene su lugar, como ya veremos, pero primero es el amor.

Ahora, hermanos, el amor es fruto del Espíritu. Esta palabra, amor, ustedes ya lo saben, es *ágape*, que es el amor de Dios. Es un amor que piensa

Nada puede suplantar el amor. Dios es amor, y donde hay amor está Dios, y él en medio de la hermandad edifica la iglesia. Si quieres contribuir a la realización del plan de Dios, ¡ama a tus hermanos!

en el bien del otro, que se sacrifica para el bien del otro, que se entrega, que procura de todas maneras servir, ayudar, bendecir. Eso es lo que Dios ha hecho con nosotros. Este *ágape*, dice Pablo, “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”. Dios es amor. El Espíritu Santo es Dios morando en nosotros. Y como Dios es amor, el Espíritu Santo es amor. Derrama este amor en nuestros corazones, y este amor fluye, nace, brota, de un corazón limpio. “El propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio”, dice Pablo, “de buena conciencia, y de fe no fingida”.

Jesús dijo, hablando del Espíritu Santo: “*El que bebiere del agua que yo le daré, será en él una fuente que salte para vida eterna*”. También dijo: “*El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva*”. Y Pablo dice que es el amor nacido de un corazón limpio. Este es el Espíritu Santo morando en nosotros, la vida de Dios fluyendo hacia los hermanos, hacia los nuevos, hacia los más antiguos, hacia todos. Este es el amor del Señor.

Cuando pecamos, el Espíritu se contrista en nosotros. Es muy sensible, y deja de fluir. Se apaga. Por eso dice: “amor nacido de corazón limpio”. Es importante mantener el corazón limpio. Y dice aquí: “de buena conciencia”. ¿Qué es la conciencia? Es ese conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Cuando pecamos, el Espíritu se contrista, se apaga. Nuestra conciencia, si es buena, es decir, si funciona bien, nos llama la atención. Cuando pecamos, se enciende una luz roja en nuestro interior. O es como el silbato del árbitro que suena en un

partido. Es importante que obedezcamos a nuestra conciencia. Cuando la conciencia nos dice: “Lo que hiciste está mal, el Espíritu se contristó dentro tuyo”, obedezcámosle.

No somos perfectos, todos pecamos. Muchas veces pecamos con palabras. La palabra del Señor nos insta a no pecar, pero si pecamos nos indica cuál es el camino para limpiar nuestro corazón. Si pecamos, ofendemos, lastimamos, mentimos, robamos, o hacemos cualquier cosa que desagrada a Dios, necesitamos obedecer a nuestra conciencia, obedecer también a Dios, y confesar nuestro pecado. Si no obedecemos, la conciencia sigue diciéndonos: “Está mal lo que hiciste”. Pero si endurecemos el corazón al llamado de la conciencia, nos vamos insensibilizando.

Parece que cuando pecamos, la conciencia actúa más fuerte, y luego si no la atendemos, se va suavizando, hasta que puede llegar el momento en que ya es una cosa muy leve que sucede en nosotros. Tenemos que tener el cuidado de no rechazar el trabajo de nuestra conciencia.

Mira lo que le dice Pablo a Timoteo en el versículo 18 y 19: “*Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar*”. Este cuadro es tremendo. ¿Qué es lo que desecharon ellos? Himeneo y Alejandro parece que pecaron, y su

conciencia era buena. Les molestó la conciencia una y otra vez; pero desecharon la conciencia. Y al desecharla, hicieron naufragio en la fe.

¿Qué tiene que ver la fe con la buena conciencia? Tiene mucho que ver, porque la fe también es fruto del Espíritu. Es el Espíritu que produce en nosotros amor, y el Espíritu que produce en nosotros fe. Y aquí Pablo usa una figura o una palabra marítima, habla del naufragio en la fe. ¿Sabes cómo se produce el naufragio? Imaginémonos un bote y alguien que va remando y de repente percibe que se ha hecho en su bote un agujerito pequeño, y que está entrando agua. Cuando nosotros pecamos, se nos hace un agujerito en el bote y empieza a entrar agua. ¿Qué hay que hacer? Repararlo, no seguir así. Al principio parece que todo va bien, y flota el bote. Y sigue entrando el agua, despacito.

Así es cuando pecamos: la conciencia nos molesta, y nosotros la desechamos. Y seguimos predicando, seguimos cantando, seguimos orando. Parece que todo sigue igual, nada cambia. Pero de un momento a otro, ¿qué

pasa con ese bote? Cuando el peso del agua ya es suficiente, en un instante, el bote se hunde.

Es importante tener esta práctica en nuestra vida: obedecer la voz de nuestra conciencia, obedecer al Señor en su palabra, confesar nuestros pecados cuando pecamos. Si ofendiste a tu esposa, a tu marido, si dijiste alguna mentira a algún hermano, a tu patrón, o a algún empleado, si cometiste algún pecado sexual en secreto, si miraste en la televisión o por Internet alguna cosa indecente —y hoy hay mucha— tu conciencia se manchó, tu conciencia te molesta, hiciste lo que no debías, te quedaste mirando lo que no tenías que mirar. Dios no te condena, te guía al arrepentimiento.

Confiesa tus pecados a quien los hayas cometido, y a uno de los hermanos. “Confesaos vuestras faltas los unos a los otros, y orad los unos por los otros para ser sanados”. Este amor es lo que edifica a la iglesia, y este amor nace de corazón limpio y de buena conciencia y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos se apartaron a vana palabrería, pero en el corazón no están creyendo lo que dicen.

Este amor es de Dios, no es obra nuestra. Es Cristo en nosotros. Necesitamos vivir en el Espíritu las 24 horas del día, para que fluya el Espíritu en nosotros, y este amor es el que edifica a la iglesia.

La oración

La segunda cosa que Pablo señala aquí que edifica a la iglesia y no sólo que edifica a la iglesia, sino que necesitamos también en nuestra responsabilidad ante el mundo, es lo que está



en el capítulo 2: “*Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres...*” y así sigue hablando de cómo hemos de orar por los reyes, por los que están en eminencia.

En el versículo 8 dice: “*Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda*”. Hermanos, la iglesia se edifica por la oración. ¿Qué es la oración? Es el testimonio más elocuente de nuestra incapacidad, de nuestra debilidad.

¿Por qué oramos? Nosotros no podemos edificar la iglesia, no podemos siquiera convertir a un niño de ocho años, no podemos transformar al pecador. No podemos dar crecimiento; podemos plantar y regar, pero no podemos dar crecimiento. Podemos predicar, pero no podemos dar espíritu de sabiduría y de revelación. Es obra de Dios.

La edificación de la iglesia es obra de Dios, no es obra humana. Y nosotros tenemos que orar, como testimonio de humildad, de incapacidad. “¡Señor, yo no puedo. El único que puede edificar, el único que puede cambiar, transformar, visitar, bendecir, revelar, dar dones, eres tú!”. Nos postramos delante de él para decirle: “Señor, si tú no lo haces, nadie lo puede hacer”. Tenemos que orar con rogativas, con peticiones y acciones de gracias.

Hermanos, para que la iglesia sea la iglesia que Dios planeó desde antes de la fundación del mundo, necesitamos orar a solas, de a dos, en grupos pequeños o congregacionalmente, y orar en todo lugar.

Pablo dice esto: “Quiero que los

hombres oren en todo lugar”. Hermano, cuando comes, oras; cuando manejas el auto, oras; cuando trabajas, oras; cuando vas, cuando vienes, cuando caminas, cuando duermes... En todo tiempo puedes estar orando; al acostarte, al levantarte. La iglesia se edifica por la oración.

El ejemplo

Tercera cosa. Encuentro al leer esta epístola algo muy importante: La iglesia se edifica por el ejemplo, por el buen ejemplo. Jesús era ejemplo de todo lo que enseñaba. Él podía decir a sus discípulos: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón... que os améis los unos a los otros como yo os he amado*”. Hermanos, la iglesia se edifica por el ejemplo.

En el capítulo 3, Pablo le dice a Timoteo: “Si alguno anhela obispado, buena obra desea, pero es necesario que el obispo sea –en otras palabras, en síntesis– un ejemplo de la grey”. Es lo que Pedro dice en su primera epístola, en el capítulo 5. La iglesia se edifica por modelos. Los que estamos al frente, y todos los que tenemos alguna responsabilidad, y todos los que tenemos que enseñar a otros. La forma de edificar a la iglesia es a través del ejemplo.

“Es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador...”. Ejemplo. ¿Por qué? Porque si no, la gente no va a seguir sus enseñanzas, va a seguir su ejemplo. Puede al principio impresionar bien a los nuevos con su enseñanza y predicación, pero a la larga, van a seguir el ejemplo. Así le dice cómo tie-

La edificación de la iglesia es obra de Dios, no es obra humana. Tenemos que orar, como testimonio de humildad, de incapacidad: «Señor, ¡yo no puedo! El único que puede edificar, que puede cambiar, transformar, visitar, bendecir, revelar, dar dones, eres tú!».

nen que ser los ancianos u obispos, cómo tienen que ser los diáconos, cómo tienen que ser las mujeres, y finalmente le dice a Timoteo: “Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, en conducta, amor, espíritu, fe, pureza. Timoteo, sí, tienes que enseñar; sí, tienes que instruir, pero es fundamental ser ejemplo”. La iglesia se edifica por el ejemplo.

Miren, hermanos, estuve leyendo, estudiando esta carta, y encuentro tantas virtudes de carácter que se mencionan aquí. Virtudes de carácter. ¿Qué es carácter? Es lo que nosotros somos, nuestra forma de ser. No es tan importante lo que hacemos, sino lo que somos; cómo nosotros somos y actuamos. Y en estos seis capítulos se mencionan alrededor de sesenta virtudes de carácter. Te desafío a que lo busques y lo estudies. Ya sólo cuando habla a los obispos y a los diáconos, ahí hay un montón de virtudes de carácter. A Timoteo le habla otras. No tene-

mos tiempo para entrar en detalles, pero en esencia, Pablo está afirmando este principio: La iglesia se edifica primero por el amor; segundo, por la oración; tercero, por el ejemplo.

Qué equivocadamente nos han enseñado: “No hay que mirar a los hombres, hay que mirar a Cristo”. Y cuántos pastores hemos dicho en los años de nuestra ignorancia ministerial: “No me miren a mí, miren a Cristo”. Pablo no decía eso. ¿Qué decía Pablo? “*Sed imitadores de mí, como yo de Cristo*”. Si tú criticas a los hermanos ausentes, los nuevos van a aprender a criticar; si tú criticas al que no está presente, tus hijos van a hacer lo mismo. Si te quejas, los que están cerca de ti van a aprender también a quejarse. Si hablas palabras de fe, de ánimo de esperanza, de victoria... Enseña con el ejemplo. Como nosotros somos, así serán las generaciones que vienen.

Pablo le dice a Timoteo: “*Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas*”, hablando del amor al dinero, raíz de todos los males, “*y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre*”. Si tú eres egoísta, los que vengan serán egoístas; si eres avaro, eso se impondrá en la iglesia. Si eres generoso, dadivoso, servicial, eso van a aprender los que te siguen. Los que vienen del mundo están mirando y observando, y necesitan referencia. La iglesia se edifica por el ejemplo. “*Sé ejemplo de los creyentes*”. ¿En qué? ¡En todo! En palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe, en pureza. Todo lo que quieres ver en los demás, sé ejemplo de lo que tú entiendes que tiene que ser la iglesia.

La Palabra

La iglesia se edifica por el amor; segundo, por la oración; tercero, por el ejemplo, y finalmente llegamos a donde queríamos llegar: la Palabra. Pero si hay palabra, y no hay amor, no hay oración, no hay ejemplo, estamos desperdiciando la palabra. Entonces, qué importante es lo que hemos dicho hasta aquí: el amor que nace de un corazón puro, la oración y el ejemplo. Ahora, sigamos a la Palabra.

Pablo, vez tras vez, habla aquí de la sana doctrina. Y en el capítulo 4 dice: *“Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido ... Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad ... Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos ... Esto manda y enseña ... Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza ... No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio ... Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”*.

La palabra de Dios llega a nosotros de dos maneras: Jesús predicaba y enseñaba. También sanaba a los enfermos, pero en cuanto a la Palabra, dice vez tras vez: “Jesús predicaba y enseñaba”. Las dos cosas son necesarias. Voy a explicarlo así: la palabra de Dios llega a nosotros de dos modos diferentes: como verdad, y como mandamiento. Por ejemplo, si yo digo: “Cristo murió por nuestros pecados”, ¿qué es eso? ¿Verdad o mandamien-

to? ¡Verdad! Si digo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, mandamiento.

En las Escrituras, a la suma de todas las verdades, se le llama *kerigma* en el griego. Y a la suma de todos los mandamientos se le llama *didaké*. La palabra *didaké* está traducida por doctrina o enseñanza. La palabra *kerigma* está traducida al castellano por predicación. Y Pablo dice en el capítulo 2 en el versículo 7 que el Señor lo constituyó “predicador y apóstol, digo verdad en Cristo, no miento, y maestro de los gentiles”. Apóstol significa enviado; predicador viene de *kerigma*. En el griego al predicador se le dice *kerus*, y maestro es *didaskalos*, que viene de *didaké*.

El *kerigma* es la proclamación de la verdad, que revela la persona de Cristo y la obra de Cristo. La verdad afirma; el tono es afirmativo. El mandamiento, en cambio, tiene tono imperativo, da órdenes, revelando la voluntad de Dios. Mientras el *kerigma* proclama y revela a Cristo, su persona y su obra, la *didaké* revela la voluntad de Dios para nosotros.

Para su edificación, la iglesia necesita estas dos cosas: El *kerigma* revelando a Cristo, y la *didaké* revelando la voluntad de Cristo para nosotros. Cuando alguien proclama el *kerigma*, el *kerigma* exige fe. El mandamiento exige obediencia.

La *didaké* es simple, es clara, directa. Todos la entienden. Toca todas las áreas de la vida: familia, trabajo, sexo, dinero, adoración, servicio, relaciones humanas, relación con Dios. La *didaké* equivale a la parte moral de la ley, es equivalente a los Diez Mandamientos, más profundizados. El ob-

jetivo de la didaké es hacernos como Cristo; por eso, siempre dice “como Cristo”, o “como yo os he amado”. “Maridos, amad a vuestras esposas... como Cristo amó a la iglesia”.

Tanto didaké como kerigma son palabra de Dios y revelan la voluntad de Dios para todos nosotros. Su contenido no se impone por la lógica o el razonamiento, sino por la autoridad de Jesús. “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer”, es un mandamiento. Lo obedecemos. Él es el Señor.

Necesitamos conocer la didaké, encarnarla en nuestras vidas, vivirla, y divulgarla. Y, hermanos, lo más maravilloso es que la didaké no es una cosa interminable. La didaké es relativamente breve. En Mateo 5, 6 y 7, tres capítulos, está la didaké de Jesús. Y si queremos completarla un poco, agreguémosle tres capítulos más: Efesios 4, 5 y 6. Tenemos así el 80% de toda la didaké del Nuevo Testamento. ¡Es una cosa sencilla, pero profunda, que comunica la voluntad de Dios! Y si quieren completar un poco más y llegar al 90% de la didaké, agreguemos Romanos 12, 13, 15 y 16, y tenemos allí ya diez capítulos del Nuevo Testamento, y está casi toda la didaké contenida ahí; mandamientos que revelan la voluntad de Dios.

Pero no podemos solamente dar la didaké, tenemos que dar el kerigma. No podemos solamente dar el kerigma, tenemos que dar la didaké. Estas dos cosas tienen que ir juntas, para edificar la iglesia. Sólo con kerigma nos inflamamos, nos entusiasmos. Somos bendecidos en el momento, pero queda todo ahí, en la gloria del momento, en la inspiración del

kerigma. Pero hay que bajar del kerigma a la didaké, a la vida práctica. En el kerigma hay *dinamis*, hay poder de Dios para nosotros. En la didaké está la voluntad de Dios en nuestra vida práctica y cotidiana. Y así se edifica la iglesia.

Para darles el ejemplo, muchas veces comparamos el kerigma con la locomotora de un tren, y los vagones con la didaké. Es muy difícil tirar los vagones sin una máquina. Pero, ¿para qué sirve la máquina, sino para llevar los vagones? Lo importante es que lleguen los vagones a destino. Y así, los mandamientos de Dios sin la máquina que es el kerigma pueden resultar muy pesados, muy gravosos, difíciles e imposibles de cumplir. Pero Dios ha mandado a su Hijo, ¡bendito sea el Señor! “Es Cristo en vosotros ... ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”.

La didaké te dice que tienes que bendecir al que te maldice, perdonar al que te ofende. Esa es la didaké, el mandamiento. Y el kerigma te dice: “Ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”. Entonces, ¿cómo obedezco este mandamiento? A través de Cristo que vive en mí. La didaké sería una cosa muy pesada, muy difícil de cumplir; pero sólo el kerigma, sin la didaké, terminaríamos en gran entusiasmo, sin concretar en la vida. Por eso, Pablo pone este equilibrio, y muestra a Timoteo lo que realmente él tiene que hacer.

La autoridad de Dios

El quinto elemento que encuentro en esta carta es la autoridad, la autoridad de Dios. Quiero explicar. Pablo tiene una clara visión del reino de Dios.



Él proclama en esta carta vez tras vez a Jesucristo como el *Kyrios*, el Señor. El *Kyrios* significa la autoridad absoluta, el dueño. Él proclama en el versículo 1:17, en una doxología muy linda: *“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”*.

Él es el Rey. La autoridad del Rey. Y en el capítulo 6 hay otra doxología tremenda. Dice: *“... la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén”*. Estamos en el Imperio Romano cuando Pablo escribe, y todos los emperadores mueren, pero hay Uno que es inmortal, es invisible. Los emperadores de Roma son visibles, pero todos ellos son mortales y van a pasar. ¡Hay uno solo que

es Soberano, y es Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible! *“Al cual sea la honra y el imperio sempiterno”*. ¿Qué quiere decir sempiterno? Siempre eterno. Así que Pablo tenía al escribir esto muy claro el reino de Dios, la autoridad de Dios, el señorío de Cristo.

Pero Dios que es suprema autoridad dio toda autoridad al Hijo, el *Kyrios*, el Señor. Y Cristo dio autoridad a los apóstoles. Así que Pablo es apóstol, es autoridad delegada por Dios, es padre espiritual de Timoteo. Timoteo es hijo espiritual de Pablo. Aquí hay autoridad. Y le dice: *“Te mandé a Éfeso, te rogué que fueses a Éfeso”*, y el tono con que le habla, aunque es amable y amoroso, pero es autoridad, y le instruye en lo que tiene que hacer, en lo que no tiene que hacer. *“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo; desecha esto, evita aquello”*. Y le está dando con autoridad del Señor todo lo que él tiene que hacer y no hacer.

La iglesia se edifica por la autoridad de Dios. Esa autoridad que viene de Dios a Cristo, de Cristo a los apóstoles, y de los apóstoles en este caso a Timoteo, un hijo espiritual, a quien envía a Éfeso. Pablo lo envía, y Timoteo obedece. Algunos dicen: *“No, no, no; yo obedezco a Dios”*. No, no sólo a Dios. Hay que obedecer a Dios, a los padres, hay que obedecer a los apóstoles, hay que obedecer a los pastores. Hay autoridad en la casa de Dios.

La iglesia se edifica por autoridad. Hebreos dice: *“Obedeced a vuestros pastores, porque ellos velan por vues-*

tras almas”. Mira otra expresión: “A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos para que los demás también teman. Reprender delante de todos, sí, ¿a quién? No al que peca una vez o al que peca dos veces. Puedes amonestarle en privado. Pero el que persiste en pecar, quiere seguir pecando, repréndele delante de todos”.

Ahora, en el ejercicio de la autoridad no puede haber prejuicios. Como dice: *“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicio, no haciendo nada con parcialidad. No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro”*. En el uso de la autoridad no tiene que haber abuso, ni prejuicio, ni parcialidad, no tiene que haber apuro. Tiene que ser algo puro, como el Señor realmente quiere.

Si no hay autoridad, la enseñanza se derrocha. Si no sabe, enséñale. Si sabe y lo hace, felicítale, anímale, alégrate con él, bendícele. Si no lo hace, amonéstale y recuérdale. Y si peca, la primera vez amonesta, la segunda vez reprende. Y así, todo lo que el Señor nos instruye. Sin autoridad, la enseñanza se derrocha.

Cuando hay autoridad, los hermanos aprenden que tienen que obedecer. Así es la iglesia. Es casa de Dios. Y en toda casa, y en toda familia, hay autoridad.

Instrucción particular

Y finalmente, el sexto elemento en esta epístola que es importante para la edificación de la iglesia es la instrucción particular o el discipulado. Voy a

explicarlo. En el capítulo 5 especialmente se ve claramente esto. No todas las situaciones son iguales. Pablo le dice a Timoteo: *“No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza. Honra a las viudas que en verdad lo son. Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia...”*.

¿Qué está diciendo? No se puede tratar a todas las personas igual. Cada persona es cada persona. No se puede tratar a un anciano como a un joven; no se puede tratar a un varón como a una señorita. Hace falta un trato personalizado y ajustado a cada uno, según la gracia, según la necesidad, y según la persona, según la situación de cada uno.

Luego habla de las viudas, y tú puedes observar al estudiar el capítulo 5 que hay viudas y viudas. Hay viudas jóvenes, a quienes recomienda que se casen de nuevo; hay viudas mayores que han tenido un testimonio excelente, que hay que ponerlas en la lista de las hermanas que sirven a la iglesia y que hay que sostenerlas económicamente; hay otras que no. Entonces, no son todos iguales. Desde el púlpito, no se puede conocer a todos, desde una reunión como ésta no se puede llegar adecuadamente a todos.

Por ejemplo, un día predico sobre la didaké que hay que trabajar, esforzarse, trabajar materialmente, ganar el sustento de cada día, y todos escuchan la misma palabra. Pero allí hay un hermano que trabaja demasiado, y yo es-

toy enfatizando que hay que trabajar. Él está trabajando 14 horas por día, y se siente confirmado en su trabajo material. Hay otro que es flojo para el trabajo, y ése toma la palabra así no más. No se puede a todos alcanzar para su edificación debidamente.

Al que está trabajando de más, y está sacrificando su familia, está descuidando la obra, quizás está trabajando de más, no porque necesite, sino porque es muy ambicioso. Y yo predico que hay que trabajar sosegadamente, y él se siente confirmado en su error. ¿Qué hace falta? La instrucción particular. Hay que conocer, hay que ser padre espiritual, hay que acercarse a ese hermano con amor, con oración, con gracia, pero con firmeza y decirle: “Hermano, estás trabajando de más; no hace falta que trabajes tanto”. A uno hay que decirle: “¡Afloja!”, y a otro hay que decirle: “¡Trabaja más!”.

Pero cuando se predica, la palabra es general; hace falta instrucción particular. La iglesia se edifica con la instrucción particular. Cada hermano tiene que ser conocido por alguien en forma más cercana, para instruirle, para orientarle más específicamente.

Un día predico y enseño que el varón es la cabeza de la iglesia y que tiene que asumir la autoridad y la responsabilidad, porque Dios lo puso como cabeza. Y resulta que hay un hermano que es un tirano en su casa, es déspota con su esposa, y después que me escucha predicar dice: “¿Viste lo que dijo el pastor? Yo soy acá la autoridad”. Y mi palabra, que era palabra de Dios, didaké, en vez de ayudarle, lo confirmó en su tiranía, en su

error. Sin la instrucción particular no se puede edificar.

Hace falta conocer, acercarse, y decirle: “Hermano, la Biblia dice que seas cabeza, pero tú eres un cabezón. No es para tanto, tienes que aflojar. Dios te dio una esposa, escucha a tu esposa a veces. Fíjate que te dio una ayuda idónea. La estás anulando, la estás aplastando. No es así, hermano, no es así”. Necesita una instrucción particular.

Y otro necesita que se le fortalezca. A alguna hermana le tuve que decir: “Hermana, no aflojes, hazle frente a tu marido”, porque hacía falta decirle eso. Pero no puedo predicarlo como doctrina, era una instrucción particularísima. No se puede decir estas cosas desde el púlpito. Hay que edificar a los hermanos en forma particular, personal. Y aquí hay en el capítulo 5 bastantes instrucciones en forma personal, particular, y sobre todo, lo que le dice a Timoteo.

Por eso, hermanos, necesitamos la instrucción particular para saber en cada situación escuchar, aconsejar, exhortar. Algunos necesitan ánimo, otros necesitan oración, otros simplemente ser oídos, comprendidos, amados. A veces no sabemos qué decir, le damos un abrazo, y lloramos con el que llora, y ya se va consolado.

Así que es indispensable para la edificación de la iglesia la instrucción personal. Cada persona es valiosa, cada persona es amada por Dios, y Dios quiere llegar a cada uno con su gracia, con su amor, con la medida justa de lo que a cada cual le hace falta. Amén.

El servicio en la Casa de Dios no es exclusivo de unos pocos –tal vez los ministros de la palabra– sino de todos los santos. He aquí una enseñanza que puede revolucionar la vida de la iglesia.



El servicio en la Casa de Dios

Rubén Chacón

“El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:10-13).

Si tuviéramos que bosquejar estos cuatro versículos que hemos leído en Efesios 4, podríamos decir que en el versículo 10 tenemos *el propósito de Dios*, lo que Dios quiere conseguir. El deseo del Padre es que todo, en los cielos y en la tierra, se llene de Cristo.

En los versículos 11 y 12, tenemos *la estrategia* que el Señor Jesucristo va a seguir para conseguir su propósito. Y en el versículo 13 tenemos *el cumplimiento* de ese propósito. Por eso el versículo 13 dice: Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, hasta que todos lleguemos a un varón perfecto, hasta que todos lleguemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Entre el objetivo del versículo 10 y el cumplimiento que está en el versículo 13, los versículos 11 y 12 nos revelan la estrategia que el Señor Jesucristo ha diseñado para alcanzar lo que él se ha propuesto como objetivo.

La estrategia de Dios (1ª Parte)

Voy a centrarme especialmente en lo que tiene que ver con la *estrategia*, porque creo que eso revela de manera muy preciosa y muy clara el servicio en la casa de Dios, quiénes son los que deben servir en la casa de Dios, cómo debe realizarse esto, y en qué orden.

En el versículo 11 tenemos la primera parte de la estrategia, y la segunda parte está en el versículo 12.

Noten ustedes que el versículo 11 comienza diciendo así: “*Y él mismo...*”. “Él mismo” del versículo 10, “él mismo” que descendió, “él mismo” que subió por encima de todos

los cielos, “él mismo” que se ha propuesto llenarlo todo de él, el que se ha propuesto llenar la tierra y los cielos de su gloria. “...*él mismo constituyó...*”. El mismo que tiene este propósito supremo, es el mismo que tiene diseñada la estrategia para que su propósito sea alcanzado. Así que “el mismo” del versículo 10 es quien, en el versículo 11, “*constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*”.

¿Son éstos los únicos ministerios en la iglesia? ¿Son éstos los únicos que sirven en la casa de Dios? Sabemos que no. Pero, atención, la estrategia de Cristo comienza con estos dones, comienza con estos ministerios. Lo primero que ha hecho Cristo exaltado, por medio del Espíritu Santo, es constituir estos dones en la iglesia.

Ahora, aquí, aunque usa el verbo *constituir* —él mismo constituyó—, en el texto griego el verbo que se usa es *dar*. Debería traducirse como: “Y él mismo dio...”. Aunque sabemos que es Cristo el que constituye a unos como apóstoles, a otros como profetas; es Cristo el que constituye los dones, los ministerios, es Dios el que ordena los miembros en el cuerpo como él quiso. Aunque eso es verdad por otros textos, aquí el énfasis de Pablo es que estos dones —apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros— son dados por Cristo.

Y luego, el énfasis está, no en a quién se los ha dado, que podría ser algo que uno podría esperar, sino para qué fueron dados estos dones. Él mismo los dio “*a fin de...*”. Atención, hermanos, porque estamos hablando del servicio en la casa de Dios, y estamos

hablando de cuál es el servicio de este ministerio plural, diverso, compuesto de diferentes dones. El énfasis de Pablo es que son dones de Cristo dados con un fin. ¿Cuál es éste? “*A fin de perfeccionar a los santos*”.

Estos dones han sido dados por Cristo como la primera parte de la estrategia que Cristo sigue para alcanzar su objetivo.

La estrategia de Dios (2ª Parte)

Si ustedes van notando, estos hermanos no son un fin en sí mismos; si ustedes están entendiendo lo que Pablo está queriendo decirnos acá, él está estableciendo que ellos son un medio muy importante, es lo primero que el Señor dio después de su exaltación, los dio con el fin de perfeccionar a los santos. Quiere decir que los santos habrán de jugar un papel fundamental en la casa de Dios, un papel muy importante en el servicio de la casa de Dios, de tal manera que el Señor ha constituido este grupo minoritario en número –muy importante, pero minoritario– a fin de perfeccionar a los santos.

Amados hermanos, cuando Cristo diseñó esta estrategia, estaba pensando en los santos, en los hermanos, en aquel grupo de hermanos que constituye, cuantitativamente hablando, la mayoría del cuerpo de Cristo. El Señor tiene un especial cuidado y un especial propósito con todos los santos. Cuando hablamos del servicio en la casa de Dios, estamos hablando fundamentalmente del servicio de todos los santos, no de algunos.

Si la Escritura dice que estos hombres han sido dados a la iglesia con

este objetivo de perfeccionar a los santos, es porque los santos tienen una misión que cumplir. Y eso está revelado aquí de una manera tan hermosa y tan perfecta, cuando dice: “*...a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*”.

Pareciera, hermanos, que en el pasado –y yo lo tengo que reconocer públicamente– entendimos mal esto. Yo fui enseñado equivocadamente, lo aprendí así, lo enseñé así y lo practiqué así. Pareciera que, al hacer una exégesis del pasaje, nosotros hubiésemos interpretado de esta manera: Que el Señor constituyó estos dones en la iglesia –apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros– a fin de: primero, perfeccionar a los santos; segundo, hacer la obra del ministerio; tercero, llevar a cabo la edificación del cuerpo de Cristo.

Entendido así el pasaje, entonces, los únicos que tienen servicio en la casa de Dios son los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Ellos tienen que perfeccionar a los santos, en eso consiste su tarea, ellos tienen que hacer la obra del ministerio, y ellos tienen que llevar a cabo la edificación del cuerpo de Cristo. Este pequeño grupo es el que tiene función, el que tiene ministerio, el que hace una gran labor en la casa de Dios. En esa interpretación, nada hacen los santos, excepto ser el material con el cual estos dones ejercen y desarrollan su ministerio.

Pero ahora entiendo que el pasaje no dice eso, que la razón de ser de este ministerio de la Palabra descrito en el versículo 11 es: “*a fin de perfeccio-*

nar a los santos". Pero los dos "para..." que están en el versículo 12, los llevan a cabo los santos: "...a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio". ¿Quiénes llevan a cabo la obra del ministerio? ¡Los santos! Y si estuviéramos hablando de dos cosas diferentes, diríamos que hay un segundo "para..." para los santos, que es la edificación del cuerpo de Cristo.

Hermanos queridos, hay aquí algo revolucionario, hay aquí algo que puede marcar una gran diferencia en nuestro servicio al Señor de aquí en adelante. Gracias al Señor por los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Ellos tienen claramente delimitada aquí una función vital: perfeccionar a los santos. Si los santos no son perfeccionados, no pueden llevar adelante su tarea; pero qué interesante es que en la estrategia del Señor, estos hermanos que Dios ha establecido como lo primero en la iglesia tienen por razón de ser capacitar a los santos, porque son los santos los que tienen la tarea más importante que llevar a cabo.

¿Cuál es la primera tarea? La obra del ministerio. Qué tremendo, hermanos. Qué revolucionario es que podamos no sólo en los conceptos, sino en la práctica, traspasar el ministerio a todos los santos. La obra del ministerio, la gran obra del ministerio, es llevada a cabo por los santos, no por los ministros de la Palabra.

Me maravillo de pensar cómo Dios fue tan sabio, y tan armonioso y tan glorioso en constituir este ministerio plural, diverso, de la Palabra, para una tarea tan magnífica y tan magna como

capacitar a todos los santos, a todos los hijos de Dios, para que los santos se levanten a hacer la obra del ministerio y a llevar a cabo la edificación del cuerpo de Cristo.

¿Se dan cuenta, hermanos queridos, que hay algo en que tenemos que seguir creciendo y avanzando? Que no podemos simplemente mirar hacia el catolicismo y decir: "Allá ellos tienen clero y laicos, la estructura protestante, por su parte, quedó más o menos parecida, y nosotros sí hemos alcanzado la medida". Estamos lejos de esa medida.

¿Quiénes en la práctica están realizando en el día de hoy, aun entre nosotros, la obra del ministerio y llevando a cabo la edificación del cuerpo de Cristo? ¿Podemos decir hoy día que son los santos? ¿O todavía tenemos que reconocer con honestidad que entre nosotros todavía siguen siendo los obreros, los profetas, los evangelistas, los pastores, los maestros?

Yo creo que necesitamos crecer, hermanos, necesitamos avanzar. Necesitamos volcar esto de una manera radical, porque pareciera que no hemos logrado sacudirnos del lastre que traíamos. Parece que es demasiado fuerte, y todavía los santos permanecen aún entre nosotros muy pasivos.

Nótese que Pablo está diciendo con claridad meridiana qué se espera de los santos. ¿Qué es eso? Que los santos hagan la obra del ministerio, que lleven a cabo la edificación del cuerpo de Cristo, para que sólo entonces todos lleguemos... *Todos lleguemos a.*

No es verdad que sólo algunos tienen ministerio. Hay diversidad de ministerios, eso sí; pero todos tienen mi-

nisterio. Toda la casa de Dios tiene ministerio, toda la casa de Dios tiene servicio.

Estaba leyendo un libro del hermano Watchman Nee, y él, hablando del servicio en la casa de Dios, hablándoles a los obreros en un Retiro, dice esto: “De aquí en adelante, el número de los que componen la iglesia entre nosotros estará determinado por el número de sacerdotes”. Porque en la casa de Dios no hay dos clases de creyentes: los que sirven a Dios y los que no sirven a Dios. Eso no es la casa de Dios, eso no es la iglesia de Jesucristo. En la iglesia de Jesucristo, todos son sacerdotes; todos tienen servicio, por lo tanto, todos tienen que servir a Dios.

Así que, amados hermanos, yo tengo que, en primer lugar, pedir disculpas a nombre de los ministros de la Palabra, si en esto todavía nosotros hemos tenido un sobre énfasis, y todavía la iglesia está demasiado centrada en los dones de Efesios 4:11, y todavía no hemos sido capaces de poner la obra del ministerio sobre los hombros de todos los santos. Que el Señor nos conceda la gracia para lograr, alcanzar, movilizar, poner en pie

Los ministros de la Palabra tenemos que reenfocar nuestro servicio. Nuestra tarea no es hacerlo todo. Nuestra tarea es levantar a los santos, equipar a los hermanos.

a todos los santos en la casa de Dios, para que se levanten a servir a su Señor. ¡Alabado sea el Señor, bendito sea su nombre!

Entre nosotros no son precisamente los santos quienes están haciendo la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo, por lo menos no en la medida que Dios quiere. Por lo tanto, el objetivo del versículo 13 no se puede alcanzar. Sólo algunos están llegando a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios. Pero qué interesante es que el deseo del Señor es que *todos* lleguemos, desde el primero hasta el último, desde el mayor hasta el menor en la casa de Dios.

Perfeccionando a los santos

Si estamos interpretando de manera correcta, la tarea primera de un apóstol es perfeccionar a los santos. ¿Cuál es la tarea principal de un profeta? Perfeccionar a los santos. ¿Cuál es la tarea principal de un evangelista? Perfeccionar a los santos.

Ahora, note que suena extraño responder así, porque cuando decimos: ¿Cuál es la tarea principal de un evangelista?, vamos a contestar: Predicar el evangelio. Y ese es justamente nuestro problema, hermanos: Que mientras la tarea del evangelismo esté descansando en lo que hagan los evangelistas, la tarea de la evangelización no va a ser completada.

¿Cuál es la responsabilidad primera de un pastor? ¿Cuál es la responsabilidad primera de un maestro? Perfeccionar a los santos. Y ahí tenemos otro claro ejemplo: mientras la responsabilidad del pastoreo, de la consejería, de la visitación, del discipulado, des-

canse sobre los pastores y maestros, la tarea no puede ser hecha, la edificación no puede llevarse a cabo, y entonces seguimos cojeando una y otra vez.

Hay que hacer un cambio, hermanos, hay que reentender. Los ministros de la Palabra tenemos que reenfocar nuestro servicio. Nuestra tarea no es hacerlo todo. Nuestra tarea es levantar a los santos, equipar a los hermanos. ¿Sabe cuál es la única manera en que la tarea de la evangelización puede ser concluida para que el número de los redimidos se complete y el Señor Jesucristo pueda regresar? Es que la iglesia evangelice, es que cada santo se levante como un evangelista. Cuando la iglesia evangelice, cuando toda la iglesia se levante a servir, entonces la tarea va a poder ser terminada.

¿Qué tiene que hacer un pastor entonces, hermanos? Un pastor tiene que enseñar a los hermanos a cuidarse unos de otros. No es la tarea de él cuidarlos a todos, porque eso es imposible. En eso ha consistido nuestro error: Nos hemos esforzado de tal manera en tratar de cuidarlos a todos, que lo hemos hecho mal, por ser una tarea que nos sobrepasa.

En una congregación de ciento cincuenta, ya no son todos atendidos, y aunque los ancianos se esmeren y sirvan de la mejor manera que pueden, el resultado final es que la gente no se siente atendida, está descontenta, y por mucho que los siervos del Señor se esfuercen y trabajen a veces hasta sacrificando sus propias familias, el resultado es de insatisfacción, de frustración; porque hay algo que está equi-

vocado: Nuestra tarea no es hacer nosotros toda la obra, nuestra tarea es enseñar a los santos a cuidarse mutuamente.

La tarea de un pastor es enseñarles a sus discípulos a pastorear. Él con la palabra y con el ejemplo comienza a enseñarles y a mostrarles a todos cómo se pastorea, de tal manera que es toda la iglesia la que tiene que terminar pastoreando y cuidándose unos a otros.

Hermano, si está entendiendo, se dará cuenta que aquí hay algo revolucionario, porque implicará entonces que los santos deben tomar una responsabilidad que hasta ahora no han tomado; y esto sin dejar de trabajar, sin dejar de ser padre, sin dejar de ser esposo. Tenemos que convertirnos en sacerdotes de Dios, comenzar a servir al Señor, y seguramente el resultado final va a ser que no tendremos tiempo para malgastarlo, para ver televisión, y quizás para muchas otras cosas más; pero tendremos una vida de servicio pleno a Dios, la obra podrá ser concluida y el Padre podrá enviar a su Hijo Jesucristo por segunda vez. ¡Alabado sea el Señor!

¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Los santos necesitan ser expuestos permanentemente a estos ministerios. No sólo a los apóstoles; también deben ser expuestos a la palabra de los profetas, y de los evangelistas. ¿Cómo vamos a conseguir que toda la iglesia evangelice? Tenemos que traer evangelistas que ministren a los santos. Mire qué extraño lo que estoy diciendo. Siempre que hemos pensado hasta ahora en un evangelista lo imaginamos predicándole a los perdidos. Y, a

la luz de lo que estamos viendo acá, entonces sería bueno que un evangelista estuviera en cada iglesia, y ministrara a los santos, y perfeccionara a los santos, y traspasara su carga y su pasión y sus lágrimas a los santos. Y entonces toda la iglesia encendida por este Espíritu —que no es otro que el Espíritu de Cristo— sintiendo lo que Cristo siente por los perdidos, se levantará a evangelizar llena del amor y de la pasión y de la ternura de Cristo por los perdidos. ¡Bendito sea el Señor!

¿Cómo lo hacemos para que toda la iglesia se levante a instruir a los más nuevos, a enseñar a los más jóvenes? Expongamos los santos a los maestros, y entonces esos maestros traspasarán esa medida del Espíritu de Cristo a los santos. Los santos captarán entonces la importancia de la enseñanza, del consolidar a los nuevos, de poner el

fundamento, de edificar la casa, y entonces todos los santos podrán empezar a levantarse y a hacer con los demás exactamente lo mismo.

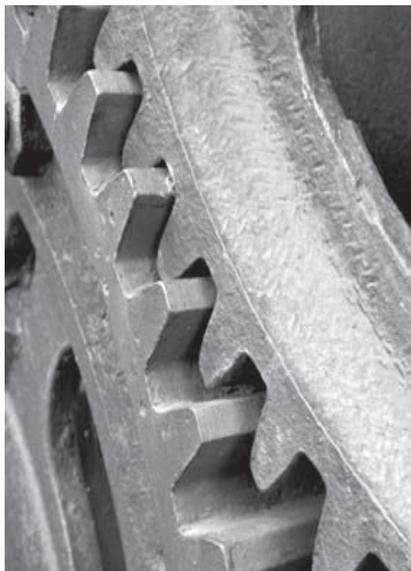
Esta es la estrategia del Señor. ¡Qué gloriosa estrategia, que bien pensado, qué bien diseñado por el Señor! En la casa de Dios, todos deben levantarse a servir. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Pensemos entonces por un momento en el versículo 12, en estos dos “*para...*”, que corresponden a la tarea de los santos. Quiero insistir en este punto, hermanos. Que el Señor lo pueda poner en nuestro espíritu. Los santos hacen la obra del ministerio y llevan a cabo la edificación del cuerpo de Cristo. Y mientras no lleguemos a ese punto, no podemos estar satisfechos ni tranquilos; porque hasta que no sean los santos los que están haciendo la obra del ministerio, repito, la tarea no va a concluirse.

La restauración final

Hermanos, ya es un hecho que terminó el segundo milenio, que se acabó el siglo XX y el Señor no regresó; y hemos entrado a un tercer milenio, a un siglo XXI, y quiere decir que algo está todavía por hacerse, algo falta que tiene que ocurrir. Y yo estoy convencido de que lo que tiene que ocurrir en los próximos años es que Dios va a levantar a los santos en todo el mundo, que los santos van a ser el último ejército de Dios que se va a levantar aquí en la tierra, y que va a completar la tarea, y que Cristo va a regresar. ¡Aleluya!

Es tan claro cuando uno mira la historia y ve cómo Dios ha venido res-



taurando una y otra verdad en la iglesia. Pero yo estoy convencido de que en esta década, en este siglo, Dios se ha propuesto restaurar esta última parte que es fundamental para que la tarea pueda concluirse, para que la plenitud de Cristo entre a toda la iglesia, para que no sólo algunos lleguen a la medida que Dios les tiene preparada, sino que cada santo llegue a la medida que el Señor ha dispuesto. Para ello, los santos deben levantarse.

La tarea de los ministros, de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros es ir a cada localidad, a cada iglesia, a cada aldea, a cada villorrio donde el Señor nos pueda llevar, y ministrar a los santos y desafiar a los santos a levantarse a tomar la responsabilidad de la evangelización de la ciudad, a tomar la tarea de edificar el cuerpo de Cristo, donde cada uno con su don, con su medida, puede aportar a la edificación total.

Sólo de esa manera, hermanos, poniendo en pie a los santos en cada lugar, nosotros podremos completar y hacer la voluntad de Dios.

Una tarea para Latinoamérica

Lo que viene en los próximos días es algo glorioso y precioso. Yo veo por la fe, especialmente a Latinoamérica, los que estamos en esta parte de este mundo. Dios ha puesto sus ojos, repito, no en los hombres que hasta ahora han sido los destacados, sino en un ejército de santos, de hermanos, de hermanas, de jóvenes, de niños; no sólo para evangelizar nuestros países de Latinoamérica, sino para ir al mundo entero.

Note usted que en Europa, donde

hay un gran espíritu de xenofobia, donde en general los latinos no son bien recibidos, mire cómo Dios es capaz de usar las circunstancias, incluso los pecados de los hombres, para abrir las puertas para el evangelio. Ellos en Europa, con este postmodernismo y el humanismo, se han negado a la natalidad, y poco a poco se han convertido en un continente viejo, y eso significa que a lo largo del tiempo han dejado de tener mano de obra. Y ahora ellos están necesitando y van a necesitar mucho más en los próximos años de mano de obra, y ¿saben dónde está esa mano de obra joven? En Latinoamérica. Y aunque no nos quieran recibir, por necesidad nos van a buscar, y las puertas se van a abrir para los latinoamericanos.

Y nosotros tenemos que estar listos para ir, porque a nosotros nos van a llamar en calidad de gáster, o de torneros, o de mecánicos; pero nosotros necesitamos que ese gáster vaya lleno de Cristo. Va a entrar como gáster o como tornero o como mecánico, pero va a entrar Cristo, la Palabra y el evangelio con él. Y está sucediendo.

Así que, cuando hablamos de los santos y de levantar a los santos en nuestro contexto latinoamericano, tiene un significado muy importante en esta hora final. Aquí hay un gran potencial del Señor. Pareciera que todavía nosotros somos como una represa que ha contenido agua por mucho tiempo, pero que no se desborda, que no se abren las compuertas para que ese río corra. Hermanos, el tiempo ha llegado.

La tarea de los apóstoles no es sólo

cumplir ellos con la comisión de enviados; la tarea de ellos es enviar a toda la iglesia. La tarea de los profetas no es sólo profetizar ellos, sino hacer que toda la iglesia sea un pueblo de profetas. Y así sucesivamente. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Vamos a llevar adelante, los santos, la obra del ministerio. Vamos a llevar adelante, juntos, el ministerio de la reconciliación.

La obra del ministerio

Miremos ahí en 2ª Corintios 5:18. No digo que este sea el único aspecto en la obra del ministerio, pero creo que lo comprende, y quizás es el aspecto más importante. Los que hablan aquí son, por supuesto, apóstoles, pero queda claro que este servicio no se agota con ellos. Empieza en ellos, pero no termina en ellos; debe terminar en todos los santos. Dice: *“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”*.

Relacione un poco allá con la obra del ministerio, en singular, *la* obra del ministerio, relaciónela con el ministerio de la reconciliación. Esto que, en una primera etapa, es una prerrogativa del ministerio apostólico, tiene que ser traspasado a todos los santos, tiene que ser puesto sobre los hombros de toda la iglesia, de manera que sean todos los creyentes los que dicen: “Nos ha sido dado el ministerio de la reconciliación”. Que todos digamos: “Somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros: Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”. ¡Ale-

luya! Tarea de toda la iglesia: compartir a Cristo Jesús.

Hemos descubierto que cuando queremos movilizar a la iglesia, todos los que ya llevamos años –perdonen esta expresión– “sentados en una banca”, resulta bastante difícil romper ese esquema, y requiere mucho esfuerzo cambiar la mentalidad y transformarlos en agentes evangelizadores. Parece que ya nos acostumbramos a estar escuchando sermones, a venir para escuchar a un predicador, que la pasión y la visión de Dios cuesta mucho volver a implantarla en el corazón.

Pero, amados hermanos, con los nuevos es completamente diferente. Tenemos que hacer el cambio de tal manera que los nuevos empiecen a funcionar de otra manera. Y nosotros, quiera el Señor que en su misericordia no estemos tan encallecidos y dormidos que no podamos despertar a esta gloriosa verdad.

leyendo ese libro del hermano Nee, me resultó muy interesante. Yo en un principio pensé que a lo mejor él fue demasiado radical en esto, pero, ¿saben lo que él tuvo que hacer para movilizar a la iglesia y traerla a esta visión de que todos los santos tomaran la carga por los perdidos? Él cambió la reunión del día domingo en una reunión evangelística. Dijo: “El único día en que disponemos de los santos todo el día, el día que no trabajan, el día en que ellos están dispuestos para hacer la obra de Dios, es el día domingo”. Así que dijo: “Vamos a aprovechar éste, que es el mejor día”, y transformó ese día en un día de evangelización. Cometió el sacrilegio de

desarmar la reunión santa del día domingo (donde los santos venimos a escuchar un sermón más de los cientos que escuchamos), y sacó a la iglesia afuera, llevó a la gente por las plazas y por los pueblos, y los comisionó de a dos, de a tres, por familias.

Y yo decía: ¿Será necesario hacer algo tan fuerte, tan radical? Y ha pasado el tiempo, y pareciera que en el caso nuestro –de los más antiguos– necesitamos algo así de fuerte para ser sacudidos y transformados. No digo que eso es lo que vamos a tener que hacer, pero lo pongo como un ejemplo de alguien que sí tuvo que hacerlo, y que ese trabajo, esa visión, la iglesia en la China la mantiene hasta el día de hoy. Bajo persecución, ellos siguen evangelizando en cada lugar. Cada pueblo de la China tiene hijos de Dios en su ciudad, y los santos de esa ciudad, en cada ciudad de la China, tienen la responsabilidad de evangelizar su localidad.

Lo que no podrían hacer miles de evangelistas, aunque hubiera miles para enviar, los santos lo están haciendo. Y ese es el modelo, esa es la misión bíblica, y eso es lo que nosotros tenemos que alcanzar.

La edificación del cuerpo de Cristo

Y con respecto, hermanos, a la edificación del cuerpo de Cristo, hay una expresión muy hermosa en el Nuevo Testamento, que es la expresión “*unos a otros*”. ¿La ubican? ¿La han leído por ahí en algunos textos? Esta expresión, “unos a otros”, aparece cien veces en el Nuevo Testamento. De esas cien veces que aparece, sesenta veces está dicha de la relación que debe ha-

ber entre los santos.

Algunas de ellas están repetidas varias veces, por ejemplo el “*amaos unos a otros*”, que aparece diecisiete veces. Si dejamos solamente la mención de una vez, nos quedan veintisiete expresiones distintas donde está la frase “unos a otros”. Y cuando dice “unos a otros” ¿quién tiene que hacer eso? Pareciera que, en el esquema antiguo, si dice “*orad unos por otros*” entendíamos que eran los pastores orando por los santos. Pero no es eso. Unos por otros es ‘*todos por todos*’.

Veintisiete expresiones diferentes donde aparece “unos a otros”. “*Orad unos por otros... Hospedaos unos a otros... Prefiriéndoos, en cuanto a honra, unos a otros*”. ¡Aleluya! ¡Qué maravilloso el cuerpo de Cristo visto así! ¡Qué gloria en la iglesia, donde cada uno está aportando a la edificación del cuerpo de Cristo! “*Lavaos los pies unos a otros... tened paz unos con otros... perdonándoos unos a otros... soportándoos unos a otros... siendo benignos unos a otros*”.

La edificación del cuerpo de Cristo, hermanos, la llevan a cabo los santos, por medio de estos “unos a otros”. Así que, amado hermano, tu responsabilidad en la casa de Dios es esos veintisiete “unos a otros”. Son tu responsabilidad, son tu servicio, son tu aporte a la edificación del cuerpo de Cristo. Llevar a cabo el ministerio de la reconciliación es tu ministerio, es tu responsabilidad, y de esa manera, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

¿Cuál ha de ser el papel de la iglesia en el mundo? El pueblo de Dios forma parte de una cultura diferente, más aún, de una contracultura que ha de expresar a Cristo.



El testimonio

exterior de la Casa

Cristian Romo

Nosotros, los cristianos, hemos sido llamados a una vida diferente. Y esta vida diferente la podemos definir realmente como una cultura diferente; porque el reino de Dios es una contracultura. ¿Qué quiere decir eso? Una contracultura es la que va contra lo establecido. En realidad, no somos rebeldes, pero en cierto modo nos rebelamos contra lo que Satanás ha hecho en el mundo. Somos los rebeldes de Dios, en ese sentido, frente a Satanás.

Dos culturas

La cultura es un orden de vida. “La manera de vivir de una especie” es una definición simple del término ‘cultura’. Las Sagradas Escrituras plantean dos tipos de cultura: la que existe en la humanidad no regenerada y la que existe en la humanidad regenerada. Hay un versículo que yo creo que todos podemos repetir de memoria, en Romanos 5:19: *“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”*.

Aquí se habla de dos culturas. La primera es injusta: *“por la desobediencia de uno”*. ¿Cuántos fueron constituidos pecadores? Todos, todos quedamos expuestos a la ira de Dios, destituidos de la gloria de Dios. Pero, *“por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”*. La primera cultura es injusta, la segunda es justa. Es una definición sencilla, porque no tenemos que complicarnos con ella.

En el mundo hay dos tipos de personas: las que siguen a Dios y las que no lo siguen. Los que están en la luz y

los que están en tinieblas. No hay términos medios. El que no ha sido regenerado es de una especie distinta. 2ª Corintios 5:17 define esto también de una manera muy especial. Pablo dice: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es”*. Y ahí hay una definición muy clara: *“Las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas”*. Ojalá que prestemos atención a esto que dice Pablo, porque es muy serio.

“Todas son hechas nuevas”. Y aquí es donde tenemos un problema a veces: Nosotros queremos cambiar ciertas cosas, las que nos gustan. Las que no nos gustan no las queremos cambiar. Pero el que está en Cristo es nueva creación de Dios; las cosas viejas quedaron atrás.

Tres tipos de actitudes

Hoy día en América Latina existen tres tipos de actitudes. Una es la conducta cristiana que equivale a hablar de la cultura del reino de Dios, de la calidad de vida, de la gloria de Dios. Nosotros repetimos mucho esta frase de la gloria de Dios, pero es importante saber a qué nos referimos cuando hablamos de gloria. Gloria tiene que ver con peso, con calidad, con valores. Cuando los discípulos, especialmente Juan, aunque incluyo a los demás, dice: *“Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria—“Vimos”, dice, y no “vi”— gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”*.

“Vimos su gloria”. Esto me ha llamado mucho la atención, porque la declaración de Pablo en Efesios y en otras epístolas es que nosotros como

iglesia del Señor tenemos que mostrar a las potestades, a los siglos venideros, las abundantes riquezas de Cristo, la gloria de Cristo. Dice “mostrar”, no “predicar”. No hablar, sino mostrar. ¿Qué vamos a mostrar? La gloria del Señor.

Pero, lamentablemente, hay otro tipo de actitud en mucha gente en la cultura cristiana. Aunque parezca raro, la cultura cristiana es el comportamiento de personas que se dicen cristianos, guardan ciertas formas, mantienen cierto estilo de vida moral; pero no son ni espirituales ni comprometidos con Dios.

América Latina se declara cristiana. Ustedes saben la historia. La mayoría de los países son de origen católico, y esta raíz hace que muchos se llamen cristianos. Pero también en el mundo no católico hay muchos que se llaman cristianos, pero no son espirituales ni comprometidos con Dios, porque la espiritualidad no se mide de la manera que a veces nosotros la queremos medir.

Quizás un ejemplo de esto podría ser lo que pasó con Sansón. Ustedes saben que él era un hombre que tenía dones, pero no era espiritual, y terminó mal. Había un hombre que no tenía tantos carismas pero era espiritual, como Nehemías. Un hombre seriamente espiritual. Tenemos varios hombres en la Escritura que tenían estas dos características.

Pero tenemos una iglesia a la cual Pablo le escribe. Les dice: “*No puedo hablarles como a espirituales, sino como a carnales*”. Pablo les estaba diciendo: “Ustedes son cristianos, pero tienen un comportamiento que es real-

mente reprobable”, y por eso los corrige.

Y existe la cultura post cristiana, el comportamiento de personas que no se consideran ateos, pero que viven sin tener en cuenta a Dios.

Nosotros estamos llamados a tener una conducta cristiana, y esta conducta cristiana nos lleva a vivir en una cultura diferente: en la cultura del reino de Dios. El peligro es llegar a formar un pueblo con una cultura cristiana sin una vivencia que le responda al Señor.

El Señor no quiere que nosotros le digamos ‘Sí’, como aquel hijo que dijo a su padre: “Sí, voy”, pero no fue. Es una actitud que no tiene compromiso. Yo creo que hoy día estamos viviendo en una cultura mundial que no tiene compromiso.

Nadie quiere comprometerse. Inclusive hoy día hasta el matrimonio está siendo cuestionado, porque la gente ya no quiere comprometerse en matrimonio. “Juntémonos, no más”. Ustedes saben que hay muchos países en el mundo que están haciendo esto. Y Chile no es una excepción.

Las personas que tienen una cultura cristiana se sienten bien porque se comparan con otras, y notan que son mejores. En la mayoría de los países protestantes hoy, se ha caído en una pobre expresión de lo que es el cristianismo. En Europa, es triste ver países que históricamente han sido protestantes, pero donde hoy día hay una mínima expresión de lo que esto significa.

¿Qué hacer para que no nos pase lo mismo? Yo creo que uno puede hacer un diagnóstico de lo que va acon-

teciendo, pero de repente uno se asusta y dice: ¿No será que con nuestra manera de ser vamos a llegar a lo mismo? Yo digo: Ojalá que no, que vayamos creciendo de gloria en gloria, para que lleguemos a ser la casa de Dios, lo que él quiere que seamos.

¿Y qué podemos aprender de los errores del pasado? ¿Creen ustedes que se aprende de los errores? Pablo, hablándoles a los corintios les dice justamente: “Miren, esto que está escrito es para que nosotros no repitamos la historia; el pizarrón de la historia ha sido elocuente para mostrarnos muchos errores que Dios no quiere que repitamos. Por eso están las Sagradas Escrituras; allí tenemos historias, narraciones, palabra de Dios, palabras de hombres, palabras del diablo, etc. Hay una narración histórica tan amplia y tan grande, que nosotros podemos sacar ejemplos muy efectivos para nuestra vida”.

¿Cómo mantener la llama profética dentro del ministerio de la iglesia? Qué importante es que la llama profética no se apague, sino que se mantenga viva, especialmente en esta hora de la historia, donde es importante que nosotros denunciemos, pero también anunciemos; denunciemos el mal, pero anunciemos el bien de Dios.

El ministerio profético tiene una función que es denunciar el mal. Estamos viviendo en una sociedad que necesita de repente escuchar una voz autorizada de parte de Dios que diga lo que no está yendo bien. ¿Por qué estoy diciendo esto? Porque la cultura del reino es la que emerge de una manera distinta a cualquier otra cultura.

La visión de Nabucodonosor

En Daniel 2:31-35 y 44-45, cuando se describe la visión que tuvo Nabucodonosor, realmente hay cosas interesantes. Aquí se da a conocer proféticamente la poderosa manifestación del reino de Dios en la tierra, el hecho de la venida del reino de Dios con Cristo Jesús, para manifestarse entre los hombres en medio de la historia. Cambia el curso de las cosas, pues Jesucristo venía para deshacer toda obra del diablo. Y esto es muy importante, hermanos. Lo que dice Daniel en la interpretación del sueño y la visión que tuvo Nabucodonosor es tremendamente importante.

Jesús nació como una piedra insignificante a los ojos de los hombres, pero esta piedra empezó a rodar, y cuando llegó a la imagen la destruyó completamente. Daniel dice que esta piedra dio con ímpetu sobre la imagen, y la desmenuzó. ¿Saben lo que es desmenuzar? Hacer polvo algo. Dice que fue como las eras en verano, cuando corre el viento y se lleva todo lo que está suelto. Así sucedió con la visión: la piedra dio contra la imagen destruyendo todo, desde los pies hasta la cabeza. ¿Qué me dice esto a mí? Que cuando Cristo vino, él no venía para hacer un arreglo con nosotros. ¿Se acuerdan cuando se habla del vestido nuevo y el parche viejo, o el vestido viejo y el parche nuevo, y el vino nuevo y el odre viejo? Todo eso nos habla de que Jesús no venía a hacer un “arreglito”; él venía para hacer todo nuevo. Se encontró con un mundo terrible, pero para él no era problema, porque él vino a deshacer aquello que había destruido al ser humano.



Ahora, cuando alguien viene a Cristo, tiene que tener una experiencia totalmente profunda con el Señor para que se produzca de una vez el cambio que el Señor espera, porque somos llamados a su reino. No somos llamados a una religión. No somos llamados a una institución; somos llamados al reino de Dios que la iglesia está representando en la tierra. Y esto tiene que ser con calidad, con profundidad; por eso se habla de la gloria de Dios. Porque cuando Cristo nos transforma: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es*”.

Qué tremendo es cuando Isaías nos dice: “Un niño nos es nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro”. El principado sobre su hombro. El hombre le entregó el cetro a Satanás, pero Jesús viene y se lo arrebató. Pablo dice a los Efesios que al Padre le agradó reunir todo en Cristo, para poner bajo su mando todo lo que hay en los cielos y en la tierra; reunir todo en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos. ¡Gracias a Dios que el cumplimiento de los tiempos está en Jesús!

Cuando él vino anunciando el reino de Dios dijo: “¡Atención, les traigo una buena noticia: el tiempo se ha cumplido; aquí está el cumplimiento de los tiempos. Yo estoy aquí. El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed en el evangelio!”. ¡Qué anuncio tremendo! La gente no lo entendió mucho, pero el mundo espiritual sí lo entendió. Era como que Jesús le decía al enemigo: “Te llegó la hora. Se acabó. Yo llegué aquí. Ahora viene la piedra que va a destruir la imagen y va a arrancar todo aquello que hizo mal a la humanidad”. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Es preciso que él reine

1 Corintios 15:24-28: “*Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos*”.

Es preciso que él reine, pero que reine a la manera del Rey. Nosotros sabemos que hoy hay reyes, pero que no gobiernan; son figuras decorativas. Uno va a Europa y ve varios reyes, visita los palacios, ve el cambio de la

guardia; por ahí le toca la suerte de ver al rey, pero son figuras decorativas. Es lindo para los países tenerlos, pero ya no tienen ninguna influencia clara en el gobierno.

Pero este Rey, nuestro Rey, él sí gobierna. Él es el gobierno. Y es preciso que él reine, hasta que todos sus enemigos estén debajo de sus pies. ¡Que tremendo es esto! Yo no sé cómo va a ser, pero, ¿sabes?, va a ser.

La cultura del reino no puede hacerse efectiva hasta que el señorío de Cristo sea real en la vida de los hombres. Esto acontecerá en el tiempo y en la historia a través de la iglesia, el único agente que el reino de Dios tiene en la tierra. Nosotros representamos el gobierno del Señor. Para decirlo de una manera bien atrevida, debemos ser una extensión de la deidad en la tierra, igual que Jesús. Los discípulos testimoniaron y dijeron: “*Vimos su gloria*”. ¿Gloria de quién? “...del Unigénito del Padre, lleno de gracia y

de verdad”. En este sentido, estaban diciendo los discípulos: “Vimos los atributos de Dios”. La palabra *gloria*, otra vez lo repito, tiene que ver con peso, con calidad, con los atributos del Señor, aquellos atributos que él puede compartir con nosotros, los atributos morales de Dios.

Entonces, es igual que decir que Jesús fue una contracultura andando; todo lo que hizo y dijo fue una extensión del Padre. “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*”. Parecía pretencioso eso, pero era así. A veces yo digo: ¿Qué quiso decir Jesús con eso? Cuando nos preguntan a nosotros: “¿Y dónde está tu Señor?”, ¿sería muy pretencioso decir: “El que me ha visto a mí, ha visto a Cristo”? “Un momento, hermano, usted se está yendo muy lejos”. Y, si no es así –hago otra pregunta–, ¿para qué estamos en la tierra? Si la gente no va a ver a Cristo en mí y en ti, ¿qué hacemos aquí en la tierra?

Yo creo que el Señor quiere reflejarse en nosotros. Por eso vivimos en una cultura diferente, hermanos: porque el Señor Jesús vino a establecer un modo de vivir diferente, no una religión. Él vino a establecer la vida de Dios en la tierra, y la estableció con sus hechos y sus palabras. Él era lo que hacía, y decía lo que era. ¡Bendito es el Señor!

Hermanos, Jesús dijo así a los discípulos: “Así como me envió el Padre, yo os envió a vosotros”. El Padre lo envió con una misión: “Representame en la tierra, da a conocer mi vida, da a conocer mis hechos, mi corazón”. “Así como me envió el Padre, yo los envío a ustedes, de la misma manera”. Tenemos que convertirnos de ver-

El Señor quiere reflejarse en nosotros. Por eso vivimos en una cultura diferente: porque el Señor Jesús vino a establecer un modo de vida diferente, no una religión. Él vino a establecer la vida de Dios en la tierra, con sus hechos y sus palabras. Él era lo que hacía, y decía lo que era.

dad en el pueblo de Dios, hermanos, en el mismo sentido que Cristo fue la expresión cultural del Padre sobre la tierra, y es lo que dice Pedro en su primera epístola: Que nosotros somos nación santa, pueblo adquirido por Dios, para anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable; nosotros que en otro tiempo no éramos pueblo, pero que ahora somos pueblo de Dios.

Hermanos, no éramos pueblo; ahora somos. ¿De qué nos habla la figura de pueblo? Nos habla de modelo, de ejemplo, de luz. La luz no grita; simplemente alumbra. Somos pueblo de Dios.

La prioridad máxima que surge de la cultura del reino es la necesidad de predicar a Cristo, quien es el representante primordial del gobierno de Dios. Por otro lado, hermanos, nuestra actuación constante debe partir de la base de la cultura del reino de Dios, y esto nos pondrá en constante tensión, porque nunca estaremos en acuerdo total con los que no están en esta cultura. Nos aceptarán cuando hablemos de cierta manera, y nos odiarán cuando lo hagamos de otra forma.

Vienen días difíciles

Les quiero anunciar esto, proféticamente: Vamos caminando hacia días en que muchos rechazarán lo que nosotros decimos. No crean ustedes que el mundo nos va a aplaudir y nos va a tocar la espalda. Llega la hora en que lo que Cristo dijo se va a cumplir también: muchos nos aborrecerán por causa de su nombre. Porque el anuncio del gobierno de Dios

se va haciendo cada vez más distante de lo que el mundo está haciendo.

Las leyes, las constituciones políticas, están siendo construidas en base a un humanismo secular, tan lejos de Dios, que luego nos vamos a constituir antilegales. Y ya ustedes saben cómo va siendo esto en nuestro país. No vamos a poder llamar al pecado, pecado, porque vamos a estar contra la ley. Pero, ¿esto callará nuestra boca, nos hará disminuir nuestra misión? Hermanos, vivimos una cultura diferente. Y un profeta de Dios no se permite el lujo de apaciguar a todo el mundo; su tarea es hablar en nombre de Dios.

Somos un pueblo diferente

Hermanos, no estamos aquí en la tierra para pasar el tiempo, para tener lindas reuniones, para tener lindos encuentros solamente. Esto es parte del entrenamiento nuestro; pero mañana, pasado, los días que vienen, tenemos que mostrarle al mundo que somos un pueblo diferente, para gloria de Dios, y la gloria de Dios llenará la tierra. ¿Cómo? A través de tu vida, de mi vida, si es que somos la expresión de Dios. Será la tierra llena de la gloria de Dios. Yo siempre pensaba así: ¿Cómo será eso de que la tierra será llena de la gloria de Dios? Ahora me doy cuenta de que la gloria de Dios está representada en Cristo en mí, en todos los redimidos por la sangre de Cristo. De verdad la tierra va a ser llena de la gloria del Señor. ¡Bendito sea su nombre! A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Dios tiene casa en la cual habitar, una casa que acoge a todo aquel que viene en busca de cobijo ...

La casa de las puertas abiertas

Cristian Cerda



En algún tiempo incomprensible para nosotros, Dios fijó su vista en un conjunto de estrellas en forma de espiral, de los muchos conjuntos de estrellas que él había creado en el universo. Luego miró una de esas estrellas, de tamaño mediano –nosotros le llamamos sol– y miró una cosita pequeña, rocosa, que estaba orbitando elípticamente en torno a esa estrella.

Dios hace algo en la tierra (y el hombre también)

Este planeta rocoso estaba desordenado y vacío. Lo ordenó. Le puso alrededor de él una capa gaseosa que llamamos atmósfera, para que todo lo que él iba a crear allí no se quemara o no se congelara. La inclinó suavemente, le dio un ángulo perfecto, para que nosotros pudiéramos disfrutar de las distintas estaciones del año. Plantó un huerto, y puso allí una clase de vida distinta de la animal y de la vegetal que ya había creado. Puso allí al hombre como un ser viviente.

Y Dios le permitió a este hombre extender su mano al árbol de la vida; pero vino el diablo, y comenzó a hacer un susurro al oído de la mujer, contraviendo, haciendo un poco confuso el mandamiento de Dios. Y todos nosotros sabemos lo que pasó: que provocó el desastre, se introdujo el pecado, la muerte, en toda la descendencia de este hombre. Vino la condenación, vino el juicio, vino la muerte. La raza humana comenzó a corromperse una y otra vez; comenzó a aumentar una maldad que desagradaba el corazón del Creador. Le dolió el corazón, dice Génesis.

En Génesis, en los primeros capítulos, Dios parte con toda la tierra. El mandato que le da al hombre y a la mujer que había creado, era llenar la tierra, señorear y juzgar la tierra. Pero, debido a la corrupción y al pecado que ingresó, Dios dice: “Vamos a tomar un hombre, y ya no va a ser toda la tierra, va a ser una parte de esa tierra: la tierra de Canaán”.

Dios escoge un hombre, una tierra y una nación

Dios dijo a Abraham: “Te voy a mostrar una tierra, una tierra que es pequeña en comparación con toda la tierra del planeta. Voy a hacer de ti en esa tierra una nación grande y fuerte. Y cuando eso suceda, a través de esa nación yo quiero bendecir a todas las naciones”.

Así que miren lo que Dios se había propuesto en su corazón: tener una tierra pequeña en comparación a toda la tierra del planeta, y en esa tierra formar una nación, y mediante esa nación bendecir a toda casa, a toda nación, a toda familia de la tierra. Como que Dios decía: “Bien, se introdujo el pecado, pero aquí hay algo que vamos a hacer”. Y ahí comienza la historia de Israel.

Se empieza a formar esta nación. Esta nación va a Egipto en un número de setenta y cinco personas. José había sido preparado por Dios para recibirlos. Llegando a Egipto, la nación empieza a crecer, a multiplicarse, y venido el cumplimiento del tiempo, Dios levanta a Moisés y le dice: “Saca a mi pueblo, porque Canaán está esperando. Lleva a mi pueblo a Canaán. Ve a la autoridad de este mundo, a

Faraón, y dile: “Dios dice así: Deja ir a mi pueblo”.

Moisés, lleno de temor y de debilidad, se escuda, se defiende. Dice: “No, ya no tengo idea de cómo hablar, estoy tanto tiempo entre ovejas, me he puesto torpe...”. Pero Dios le dice: “Anda”. Y Dios saca al pueblo por las arenas desérticas, para llevarlo a esta tierra que él le había prometido, y hacer de ese pueblo una nación, un instrumento de bendición para todas las naciones.

Pero, ¿qué hace el pueblo en esas arenas, en ese desierto? Empieza a quejarse, a ser idólatra, a fornicar, a tentar al Señor. El pueblo murmura, el pueblo se rebela. Pero a mí me parece que a Dios todo eso le parecía soportable; es como cuando un papá dice: “Bueno, si está bien, se quejan porque la casa donde vivimos no es grande; pero bueno, está bien, lo estamos soportando, los vamos a ayudar”.

El dolor del corazón de Dios

Me parece que el mayor dolor del corazón de Dios es cuando el pueblo no sólo murmura y se rebela, sino cuando dice: “Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto, ojalá volviéramos atrás; estábamos bien allí. ¿No sería mejor volver? Organicémonos, designemos un capitán, y volviéramos a Egipto”.

Esta expresión del pueblo causó un profundo dolor al corazón de Dios, porque el pueblo no quería ser esa nación que Dios quería tener para bendecir a todas las naciones de la tierra, porque este pueblo prefería la esclavitud, la comodidad de la esclavitud, y no la tierra que el Señor le había prometido.

Pero Dios es tan bueno, es tan misericordioso, que les dice: “Avancen, sigan, aunque su corazón se rebele, yo les ruego: Continúen. Van a ver la tierra, les va a encantar, les va a fascinar. Es sólo que la vean, es una tierra mejor que la que están dejando. Van a estar cómodos; es una tierra que fluye leche y miel. Avancen, sigan, caminen, no se detengan. ¿Qué falta? ¿Falta agua? Hay una roca, haremos salir agua. ¿Falta carne? Mandemos codornices. ¿Hay sol? Pongamos una nube. ¿Hay frío? Pongamos una llama. Pero no se detengan en estas arenas. Que el pueblo avance. ¡Sigán, sigan!”.

El vestido les duró todo el tiempo que estuvieron allí. Cuando vieron la tierra, todos sabemos lo que pasó. “Esta tierra en verdad es buena”, era el informe, “buena en gran manera, pero es muy complicado poseerla”. El pueblo que había andado por el desierto, desfalleció a las puertas de Canaán. Y Dios les dice: “Toda esta generación no va a entrar.”

Pero hay dos hombres que, en ese informe, tuvieron un espíritu, una actitud diferente: Josué y Caleb. En la boca de estos hubo una palabra distinta: “Si Dios nos dijo que esta tierra será nuestra, no importan los gigantes, porque no es nuestra fuerza la que nos capacita; es el mandato de Dios el que nos introduce en la tierra, es Dios quien nos da la tierra.”

Así que, con ese espíritu, Dios dijo: “Con estos dos voy a andar, con estos dos y una nueva generación. Vamos a hacer que la brújula se pierda un poquito”. Y se perdió la brújula cuarenta años. Y el pueblo se introduce en Canaán. Dios les da jueces, para que

juzguen conforme a su corazón. Ya Dios tenía al pueblo donde lo quería tener, en esa porción de tierra llamada Canaán.

La triste historia de Israel

Pero el pueblo dijo después a Samuel: “He aquí, tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos. Por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue”. ¡Qué doloroso para Dios escuchar que el pueblo pide un rey! Y pide un rey como tienen todas las naciones. “Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Darnos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a Jehová, y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan, porque no te han desechado a ti, sino a mí”.

Dios tuvo al pueblo en la tierra que él había dispuesto, para hacer de él una nación distinta de todas las demás, y llenar la tierra del conocimiento de su gloria a través de ese pueblo, y bendecir en ese pueblo a toda familia, a toda casa, a toda nación. Y el pueblo dice: “Queremos rey como todas las naciones; no queremos ser distintos de todas las naciones”.

Y se oye la voz de Dios en Samuel: “Samuel, no te desecharon a ti, me desecharon a mí como su rey”. Sin embargo ellos insisten, y les empieza a dar reyes. Y se procura Dios un rey conforme a su corazón, pero por problemas familiares, políticos, territoriales, estos reyes se empiezan a separar, y se forman, de ese único reino, dos reinos.

Y cuando uno de ellos pretende reunir el reino, cuando Roboam vino a Jerusalén y convocó a toda la casa

¿Saben lo que le duele al corazón de Dios? Es que nosotros digamos como Israel: “Volvamos atrás; estábamos mejor”.

de Judá y a la tribu de Benjamín, qué terrible es lo que el pueblo empezó a hacer. Hubo ciento ochenta mil hombres, guerreros escogidos para hacer guerra a la casa de Israel. Estas tribus que debían bendecir, comenzaron a pelearse, y estuvieron dispuestos a hacer guerra entre ellos.

“Pero vino palabra de Jehová a Semaías, diciendo: Habla a Roboam: Así ha dicho Jehová: No vayáis, ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel. Vuélvase cada uno a su casa, porque esto lo he hecho yo”.

Y dentro de esta tierra de Canaán, Dios se restringe aún a una porción de ella, y dice: “Si no todos quieren, llamemos a Judá. Lo haré no con toda Canaán, lo haré con una parte de esta tierra”.

Peró Judá debe ser llevada en cautiverio, y cuando está en cautiverio, Dios dice: “*Busqué entre ellos hombre que hiciese vallado, y que se pudiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no hallé*” (Ez. 22:30).

Y es tan terrible, que el último de los profetas del Antiguo Testamento dice que el pueblo le pregunta a Dios: “¿En qué nos amaste? ... ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? ... ¿En qué te hemos cansado? ... ¿En qué te hemos robado? ... ¿Qué hemos habla-

do contra ti?”.

Ya no era toda Judá; era un remanente de Judá, una porción de ese pueblo ya pequeño, que él quiso volver a introducir, para hacer de ellos una nación grande, y bendecir a toda la tierra. Pero, con Malaquías, Dios dice: “Parece que no”, y Dios se calló por cuatrocientos años.

El Hijo puso su casa entre los hombres

Permítanme imaginar el diálogo que había allí en la divinidad. El amado Hijo le dice al Padre: “Sacrificio y ofrendas no quisiste. Padre, prepárame un cuerpo. Si no hay hombre, yo voy a ir como hombre. Prepárame un cuerpo, para hacer en ese cuerpo tu voluntad”. Y empieza una agitación en los cielos, algo nunca visto en todo el universo. Empieza Dios a entretener a su Hijo en el vientre de una mujer, y todos los ángeles contemplan asombrados, y le piden a Dios permiso para mostrarse a los hombres. Y escogen pastores y dicen a los pastores, una multitud de ángeles: “Gloria a Dios en las alturas”.

Y aún se estaba tejiendo ese Hombre en el vientre de María. Ese Hombre iba a aceptar las limitaciones nuestras, ese Hombre se iba a poner en la brecha, iba a estar delante de Dios, a favor de nosotros. Jesús puso su casa entre nosotros, se vino a vivir entre nosotros. Todo aquello que falló, todo lo que parecía perdido, en Jesús, en el misterio más grande del universo, viene y aparece en el escenario humano, en total debilidad y limitación.

Ya no estaba toda la tierra de Canaán preparada, ya no estaba Judá

preparada; pero había un pesebre preparado para que naciera nuestro bendito Señor. Y para que Dios tuviera casa, para que Dios tuviera nación, para que Dios tuviera familia, y para que esa familia y esa nación bendijera a todos, a toda casa, a toda nación.

La casa de Dios, hoy

Esa casa que tuvo Dios en Jesús—por decirlo de este modo— está todavía en esta tierra. ¡Dios tiene casa entre los hombres! Esta casa debe ser distinta a toda casa. Si en toda casa de los hombres los hijos se rebelan contra sus padres, en ésta los hijos son obedientes a sus padres. Si en toda casa la boca del varón es ofensiva, en ésta la boca del varón es suave y dulce. Si en toda casa las mujeres se rebelan en su corazón con la liberación femenina, en esta casa las mujeres están dispuestas al Señor y a sus esposos.

¡Ten casa entre nosotros! En toda casa de esta tierra, los hombres están yendo tras sus pasiones, en esta casa vayamos tras Cristo. ¡Ten casa entre nosotros! Le podemos decir al Señor así: “¡Ten casa entre nosotros! Lo que te propusiste en Abraham, cúmplelo en nosotros. Lo que te propusiste con Canaán, cúmplelo en nosotros”.

Esta casa tiene una tierra. Mira este orden. Proveer una tierra, hacer una nación que bendiga a todos. ¿Cuál es la tierra nuestra que fluye leche y miel? ¿Cuál es nuestra heredad, cuál es nuestra herencia? ¡Cristo! Es Cristo esa tierra para nosotros, y nosotros somos esa nación que se está formando en esa tierra, para bendecir a toda casa de la tierra, a toda nación de la tierra.

Pero, ¿cómo está esta casa? ¿Qué

estará viendo en su casa Aquel que tiene ojos como llama de fuego? ¿Qué estará viendo en su casa Aquel que tiene una espada aguda de dos filos, Aquel que estuvo muerto y vivió? ¿Qué estará viendo en su casa Aquel que tiene pies como bronce bruñido, Aquel que es el testigo fiel y verdadero? ¿Qué estará viendo él de su casa? ¿Le agradará lo que está viendo de su ella?

Dios le dio a la iglesia esta tierra preciosa que es Cristo. Pero la iglesia, o parte de la iglesia, está entretenida, yendo tras sus propias emociones, tras la manifestación aprovechadora de hombres que no conocen al Señor de gloria, y que predicán para sus pro-

prios vientres y bolsillos.

Debiéramos dolernos, hermanos, por la casa de Dios, debiéramos dolernos por el estado de la iglesia, debiéramos llorar ante Dios por aquellos hermanos nuestros cuyas mentes están siendo turbadas, confundidas, llevados por cualquier cosa que viene, por cualquier empresa que surge. Pero como fue con Israel, creo yo que así también es con nosotros. Él quiere tomar un remanente. Si todo el pueblo no ha tomado la tierra, y no ha sido una nación, él quiere tener un remanente, y con ese remanente bendecir a todos; con ese remanente hacer una nación, con ese remanente hacer un pueblo que bendiga a todos.



La vocación de la Casa

Creo que ésta debe ser nuestra más alta vocación: ser un remanente de Dios en este tiempo, ser un pueblo de Dios pequeño, a lo mejor, pero ofrecido permanentemente a Dios, para que él haga como quiera, para que él dé la palabra como quiera, para que él nos instruya.

No sé si tenemos más alta vocación que esta, en este tiempo: presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, y decirle vez tras vez: “Llévanos, llévanos en el camino que tú tienes. Aquí estamos, aquí nos disponemos. Hoy te decimos nuevamente: Sí, Señor.”

Nosotros hemos sufrido, hemos sido decepcionados, ofendidos, acusados, hemos tenido que salir casi huyendo. Pero, ¿para qué Dios nos ha permitido ver a Cristo, para qué nos ha permitido entrar a la tierra que es Cristo? Para bendecir toda su casa. Es

como si dijera: “Con ustedes, con este remanente, quiero bendecir toda nación de la tierra”. Tú puedes mirarte y decir: “¿Connmigo? ¿Con nosotros, que nos quejamos, que nos rebelamos, que somos tan quisquillosos, que cualquier cosa que se hace distinto de mí me molesta? ¿Con nosotros?”. Y él nos dice: “Sí, con ustedes”.

Pero, ¿saben lo que le duele al corazón de Dios? Es que nosotros digamos como Israel: “Volvamos atrás, estábamos mejor”. Que el Señor nos guarde de las palabras necias; que el Señor guarde nuestra mente de los pensamientos que nos asaltan; que el Señor guarde nuestro corazón de la dureza que puede venir, del menosprecio que podemos sentir, de la rebeldía que podemos tener.

Que Dios nos bendiga a todos. Que seamos débiles, para que otros sean fuertes. Que seamos deshonrados, para que otros reciban honra. Que seamos afligidos, para que otros sean bendecidos. Que seamos empobrecidos, para que otros sean enriquecidos. Que muramos cada día, para que la vida se manifieste en otros también. Que vayamos vez tras vez a la muerte, siguiendo el precioso ejemplo de nuestro Señor, que se humilló, que se despojó de toda su gloria, para bendecir a todos. Despojémonos de todo aquello que al Padre le puede impedir bendecir a todos. Que muramos, para que la vida se manifieste.

Si somos deshonrados en este tiempo, va a haber un tiempo en que esa deshonra nuestra va a ser honra para otros. Si somos maldecidos en

este tiempo, va a haber un momento en que esa maldición que soportemos va a ser bendición para nuestros hijos. Que el Padre tenga en nosotros un pueblo bien dispuesto para él.

Termino con esto que aparece al final de los tiempos, cuando ya no hay plagas, cuando ya no hay juicios, cuando ya está todo consumado, cuando se ve la Jerusalén celestial, cuando ya no hay copas de ira que se vierten, cuando el diablo ya finalmente está arrojado. Esta ciudad, esta casa que Dios quiere, nunca tiene sus puertas cerradas. Sus puertas son de perlas.

Nuestras puertas, por la mejor madera de que estén hechas, el mejor trabajo, son nada ante una puerta que es una perla. Quien ve a la iglesia ve esa perla, quien ve al Señor ve esa perla. Pero esa perla está abierta, para que se vea la gloria de la casa. Está abierta para que se vea que allí nunca hay noche, porque Dios y su gloria iluminan esta casa.

Cuántas veces nosotros quisiéramos cerrar la puerta, porque es tan lindo estar adentro, ser nosotros no más. Hacerlo como siempre lo hemos hecho. La gloria ha estado entre nosotros, ¿para qué vamos a abrir la puerta?

No cerremos las puertas de la casa de Dios. Ellas deben estar abiertas, para que las naciones entren, para que se refugien, para que vengan. Si no quieren entrar, si no quieren venir, nosotros tenemos la puerta abierta. Si en la comunión con otros hermanos, no quieren entrar, quieren mirar desde afuera, nosotros tenemos la puerta abierta.



Métodos poco ortodoxos

El misionero Charles T. Studd a veces echaba mano a recursos poco ortodoxos para enseñar verdades espirituales. Cierta vez que condujo a un joven a recibir el Espíritu Santo por fe, le dijo que tenía que dejar que el Espíritu Santo obrara en él y a través de él. El joven parecía comprender un poco, pero su rostro todavía estaba sombrío. Entonces le dijo: “Si un hombre tiene un perro, ¿lo guarda todo el tiempo y ladra él mismo?”. Entonces el joven se rió, su rostro cambió en un instante, y prorrumpió en alabanzas a Dios. “Oh, lo veo todo ahora, lo veo todo ahora”. Y se reía y alababa y oraba, todo al mismo tiempo.”

En C.T. Studd, deportista y misionero, por Norman P. Grubb

Sólo cuatro

Margaret E. Barber fue una misionera inglesa de comienzos del siglo XX que sirvió muchos años en China impartiendo enseñanzas a jóvenes. Ella poseía un conocimiento muy profundo del Señor y era también muy rigurosa. Su instrucción no sólo abarcaba la enseñanza bíblica, sino sobre todo consejos acerca de cómo caminar con el Señor. En un tiempo, más de sesenta jóvenes iban a ella para recibir sus instrucciones.

D. M. Panton, quien la conocía bastante, dijo que sería un gran éxito si, después de diez años, siquiera seis de aquellos jóvenes todavía permaneciesen. El erudito bíblico estaba en lo cierto, porque finalmente de los más de sesenta quedaron sólo cuatro. Y de los cuatro, sólo uno estuvo siempre dispuesto a ponerse delante de ella para ser reprendido vez tras vez. Ese fue Watchman Nee,

quien recordaría siempre con mucha gratitud esas reprensiones que habían representado para él una ayuda invaluable.

Un mensaje escrutador

Se dice que Juan Wesley en cierta ocasión predicó una de sus escudriñadores mensajes a un auditorio culto compuesto de gente aristocrática, y una de las señoras le dijo al final: “Señor Wesley, este sermón habría venido muy bien a los reos en la cárcel de Newgate”. “Oh, no, señora”, respondió el evangelista, “si hubiera estado predicando en Newgate, yo habría predicado del texto: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

En A.B. Simpson, Mateo

Dos hermanos

Había dos hijos en la familia Taylor en Inglaterra. El mayor dijo que debía hacer un nombre para la familia y volvió su rostro para el Parlamento y la honra. Hudson Taylor, el más joven, decidió sin embargo dedicar su vida al servicio de Cristo, y así volvió su rostro para la China. Hudson Taylor, el misionero, murió amado y conocido en todos los continentes. “Mas – dice alguien – cuando busqué en la enciclopedia para ver lo que el otro hijo había hecho, encontré las palabras: ‘El hermano de Hudson Taylor’”.

À Maduridade, Nº 12, 1982



En la edificación de la Casa de Dios el fundamento no es nuestra responsabilidad, pero sí los materiales con que edificamos.



Los materiales de la Casa

Watchman Nee

Al presentar el tema de su Iglesia, Jesucristo nos lleva directamente a la Roca. Él mismo es la “*pedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable*” (Is. 28:16). Cada hijo de Dios que tiene vida y ha sido redimido por su sangre está plantado sobre este fundamento, y sobre ese fundamento edifica. Los incrédulos no tienen parte aquí. Ya sea la Iglesia universal o la expresión local de ella, el principio es el mismo: Cristo es la “*pedra probada*” a quien somos llevados, y sobre el cual somos formados y ensamblados.

Pablo también toma esto como su

punto de partida porque, a decir verdad, es el único posible. “*Somos ... edificio de Dios*”, escribe a los Corintios en una de sus cartas, y luego prosigue: «*Como perito arquitecto puse el fundamento ... pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*» (1Co. 3:9-11). En otras palabras, la elección del fundamento ya no es nuestra responsabilidad. Dios mismo lo ha puesto, y ninguno puede colocar otro; ninguno puede comenzar en otro lugar. El apóstol da testimonio de esto, y ¡Dios no nos pide que lo aprobemos!

Él lo ha hecho, y sabe lo que está haciendo. Cuando un alma viene a Cristo, y Cristo entra en la vida, el fundamento está puesto. Sobre esto el hijo de Dios está, y sobreedifica. Lo que tiene importancia, sin embargo, es lo que coloca sobre el fundamento.

Dios busca calidad. Se interesa no tanto en si hacemos la obra sino con qué la hacemos. Muchos arguyen: 'Si mi trabajo está bien hecho, sin duda ¡eso es suficiente!'. Pero Dios no sólo pregunta si le hemos servido, si nos hemos entregado a su trabajo, y edificado sobre el fundamento, importantes como son estas cosas. Su pregunta cala más hondo. Él pregunta qué hemos usado para hacer estas cosas. Él mira, no solamente las cosas terminadas, sino los materiales empleados. Entre los que predicán el Evangelio, él percibe una diferencia en calidad, y fácilmente distingue entre el trabajador eficaz y el superficial. Entre los que ven la verdad espiritual, él reconoce una diferencia en el modo de ver. Entre los que oran, él discierne lo que yace detrás de cada 'Amén'. Esto es lo que significa Pablo cuando nos advierte: "*Si sobre este fundamento alguno edificaré oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta;*

porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada" (1 Co. 3:12,13).

Los materiales para la construcción

Lo de mayor importancia es el peso. La madera, el heno, la hojarasca son baratos, livianos, temporarios; el oro, la plata, las piedras preciosas son costosos, pesados, eternos. He aquí la clave del valor. Los metales pesados, el oro del carácter y la gloria divinos, la plata de su obra redentora: éstos son los materiales que él estima. No simplemente lo que predicamos sino lo que somos es lo que cuenta para Dios; no la doctrina, sino el carácter de Cristo que Dios produce en nosotros gracias a lo que permite en nuestra vida, gracias a las pruebas que él manda, y gracias a la obra paciente del Espíritu. La obra que es de Dios es obra que ha estado en la Cruz. Cuando nuestro trabajo ha pasado por allí, podemos estar seguros de que sobrevivirá al fuego. No se trata de decir: ¿Dónde es más evidente la necesidad? ¿Qué ideas y recursos tengo yo? ¿Cuánto puedo hacer? ¿Cuándo podré poner en práctica esa doctrina?, sino: ¿Dónde se está moviendo Dios? ¿Qué hay de él aquí? ¿Es su voluntad que yo vaya? ¿Cuál es la mente del Espíritu en esto? —estas son las preguntas del siervo realmente crucificado. Él reconoce cuando Dios dice: 'Ve' o 'Di'; pero también su 'Espera', y su 'Ve, pero di solamente esto'. Consciente de su propia debilidad y vacuidad, la más grande lección que debe aprender es encomendar su camino a Dios y aprender a seguirle a él.

Nuestro problema reside en nuestra falta de comprensión de lo siguien-

Nuestro problema reside en nuestra falta de comprensión de que, en la obra de Dios, el hombre en sí nada vale.

te: que en la obra de Dios, el hombre en sí nada vale. Madera, heno, hojarasca, son cosas todas que sugieren lo que es esencialmente del hombre y de la carne. Significan lo que es común, ordinario, lo que es fácil de obtener y de bajo precio –y, por supuesto, perecedero. La hierba hoy viste la tierra con hermosura, pero ¿dónde está mañana? El intelecto humano puede hacernos comprender las Escrituras; la elocuencia natural puede tener el poder de atracción; la emoción puede arrebatarlos; los sentimientos pueden, al parecer, guiarnos –pero, ¿a qué? Dios busca valores más sólidos que éstos. Muchos de nosotros predicamos bien, pero *nosotros* mismos estamos mal. Hablamos de la carne, pero no conocemos sus peligros; hablamos del Espíritu, pero ¿le reconoceríamos si realmente nos impulsara? Gran parte de nuestro trabajo para Dios depende no de su voluntad, ni de sus propósitos, sino de nuestros sentimientos y, que Dios nos perdone, aun del estado del tiempo. Como heno y hojarasca es llevado por el viento. Si estamos de buen humor podremos hacer mucho pero, por otro lado, si las condiciones son adversas, dejamos de trabajar por completo. Sí, hay que reconocerlo; el trabajo que depende de los sentimientos o del viento de un avivamiento es de poca utilidad para Dios, como un día el fuego lo probará. Cuando Dios ordena, debemos aprender a hacer el trabajo, con sentimientos o pese a ellos.

Estos valores son de alto precio. Los que no están dispuestos a pagarlo nunca los tendrán. La gracia es libre de cargo, pero esto no. Sólo por altos

precios se pueden comprar piedras preciosas. Muchas veces estamos tentados a clamar: ¡Esto está costando demasiado! Las cosas hechas por Dios a través de las lecciones que aprendemos bajo su mano, aunque tardemos en aprenderlas, realmente valen la pena. El tiempo es un factor en esto. En la luz de Dios, algunas cosas perecen por sí mismas, no es necesario esperar el fuego. Lo que tiene verdadero valor es lo que queda, lo que permanece firme durante las pruebas de Dios. Aquí se hallan las piedras preciosas, formadas por las presiones de tristezas y problemas que Dios por su gracia nos da, cuando nos hace andar a través de ‘fuego y agua’ para traernos a su lugar de abundancia. El hombre ve la apariencia exterior; Dios ve el costo interior. No te sorprendas cuando sobrevienen las muchas pruebas. Cuando son acatadas como procedentes de él, ellas forjan el camino seguro a una vida que es de alta estima para Dios.

Dios tenga misericordia de la gente tan habilidosa, ¡que da con una mano lo que toma con la otra! Ni siquiera puede hablarse de Dios sin que eso cueste. Todo es cuestión de si el vaso es liviano o pesado porque el peso demuestra la calidad del material. Dos hombres pueden usar las mismas palabras; pero en uno encontramos algo que nos detiene, en el otro – nada. La diferencia radica en el hombre. Uno siempre sabe cuándo está en presencia del valor espiritual. La intensidad de un mero teorizar acerca del regreso del Señor, por ejemplo, no podrá jamás sustituir una vida que ha sido

(Continúa en la página 77).

Si consideramos el templo de Salomón como un gran tipo de la Iglesia en el Antiguo Testamento, podemos aprender algo de los principios que constituyen el fundamento y la base de ella.



Algunos principios de la Casa de Dios

T. Austin-Sparks

“Comenzó Salomón a edificar la casa de Jehová en Jerusalén, en el monte Moriah, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo” (2 Cr. 3:1).

Lectura: Salmo 132.

Pienso que entre nosotros no cabe duda de que el centro de la presencia de Dios entre los hombres, es decir, la casa de Dios, es un asunto de vital importancia. Digo el centro de la presencia de Dios, porque la casa de Dios involucra y se relaciona con cada cosa que concierne

o interesa al Señor. La casa del Señor está dentro del rango más extenso de los intereses y negocios de Dios. Fundamentalmente, hay amplias gamas a las cuales Dios atiende, a las cuales se manifiesta a través de ella. La casa de Dios es el centro de su presencia.

Si consideramos el templo, su gran

tipo en el Antiguo Testamento, podemos aprender algo de los principios que constituyen el fundamento y la base de este lugar central de la morada de Dios.

El triunfo de la fe y la obediencia

El pasaje que hemos leído es una llave valiosa, histórica y espiritualmente. Empieza señalando que el primer principio de la casa de Dios, el lugar de la morada del Señor, es el triunfo de la fe y la obediencia cuando todo lo demás ha sido derrumbado en el polvo. Todas las esperanzas y expectativas de Abraham, las promesas y el pacto de Dios con él, estaban centrados en Isaac. Fuera de Isaac, Abraham no tenía nada. Y entonces Dios dijo: *“Toma ahora tu hijo ... Isaac ... y ofrécelo en holocausto”* (Gn. 22:2) (En palabras de Job: *“Tendrás más oro que tierra”* (Job 22:24). Y el escritor a los hebreos toma nota de eso – que aquél en quien se centraban todo el pacto y las promesas estaba siendo ofrecido por Abraham (Heb 11:17,18).

Visto parcialmente, Abraham estaba cortando las arterias mismas de la vida, despidiéndose de toda esperanza, expectativa, posibilidad; todo estaba, desde ese punto de vista, reducido a cenizas. En efecto, muy pronto Isaac sería convertido en cenizas. En lo concerniente a la actitud del corazón de Abraham y su obediencia, Isaac ya era cenizas. La leña estaba lista para ser encendida, el altar y el cuchillo estaban preparados. Pero la fe triunfó a través de la obediencia, y como consecuencia ese mismo monte, Moriah llegó a ser el lugar del templo, la casa de Dios. La casa de Dios

se construye sobre esta clase de hechos.

Esto prefigura el Calvario. Desde el punto de vista puramente terrenal, el Calvario era el fin de toda esperanza. Era poner un tesoro en el polvo; eran cenizas; era el final. Para aquellos que estaban alrededor de esa cruz, parecía el fin de todo. Pero, por parte de la figura central de ese gran drama universal, era la obediencia de fe hasta la muerte, y muerte de cruz; y la casa de Dios fue y es construida sobre ella. Este es un principio. Es la gran realidad, la gran doctrina de Cristo. Pero en su aplicación práctica, concretamente, la casa de Dios sólo puede ser establecida, fundada y edificada de esta manera.

La renunciación

Un principio relacionado es la continua renunciación de su propia alma por la Iglesia, abandonando su propia vida en obediencia y en fe, cuando todo es oscuro, cuando el futuro parece sin esperanza. Alguna forma de obediencia es necesaria, llamándonos a hacer lo que parece no ofrecer expectativas o esperanza, y que involucra, por consiguiente, el abandono de nuestras vidas, de nuestras almas. Esta es la manera de edificar.

Cuando los hombres y mujeres jóvenes, abandonando las perspectivas de este mundo, han puesto sus tesoros en el polvo y han ido adelante a la orden del Señor, ellos han reducido a cenizas todas las esperanzas y expectativas de este mundo. De esa manera se ha construido la Iglesia. Aun cuando es así en los grandes actos de la vocación de vida, el renunciar a nues-

tros propios intereses en obediencia y en fe al Señor es una cosa cotidiana. Así se va levantando el edificio. Podríamos hilar muy fino y mostrar cómo a menudo la casa de Dios es retrasada y detenida en su progreso por retener algo en que el Señor ha puesto su dedo y ha dicho: ‘Yo quiero eso’.

Sin embargo, el principio general es el triunfo de la fe a través de la obediencia cuando todo está en el polvo. Abraham creyó a Dios, y ese gran triunfo proporcionó a Dios el sitio para su templo, el gran ejemplo y tipo de esa casa espiritual que es el centro del cumplimiento de todos sus propósitos. Dios mora allí. Pero esa cosa central tiene que pasar por las profundidades. Ésta, que es el mismo corazón de la presencia de Dios, con la cual él se ha comprometido, tiene que saber despojarse más que otros. Ello involucra una gran obra, donde la fe es llevada a la perfección a través de pruebas muy profundas.

El compañerismo con Dios en su amor expiatorio

Junto a esas pruebas profundas hay un factor de comunión perfecta con Dios en su amor expiatorio. Hemos tocado a menudo este punto al hablar del gran paso de Abraham hacia el corazón de Aquel que no detuvo a su Hijo, su bienamado, sino que libremente lo dio para todos nosotros. Fue, sin duda, un movimiento en compañerismo con la naturaleza expiatoria, una entrega total, del amor de Dios. Ésa es la única manera en la que la casa de Dios es establecida. Allí tiene que haber un darse completamente por causa del amor. Es evidente que

Abraham amó a Dios más de lo que amaba a Isaac, por apreciado que fuera Isaac para su padre. Abraham vio que la obediencia era de importancia incluso mayor que guardar este tremendo tesoro, y eso es amor. Es lo que la Biblia llama el temor del Señor - ese elemento del temor en amor.

Estoy seguro de que usted sabe lo que eso significa. Si hay alguien de gran estima para usted, y a quien usted ama y considera mucho, usted siempre es muy sensible sobre causarle una desilusión. Esa es la naturaleza del temor del Señor. Abraham temía a Dios. La casa de Dios se construye sobre ese tipo de temor. Es de significado muy práctico y cotidiano - el amor de Dios en nuestros corazones nos lleva a no considerar el costo de nuestro sacrificio, nuestro dar.

La gloria del hombre es abatida

Pasando de Abraham a David; la era de Ornán, el sitio del templo, representa y simboliza la obra de socavamiento de Satanás - glorificando la obra del hombre y abatiendo al hombre mismo. Recordemos que Satanás incitó a David a censar a Israel - una cosa que incluso un hombre carnal como Joab podía percibir, porque él dijo: “*Añada Jehová a su pueblo cien veces más, rey, señor mío; ¿no son todos estos siervos de mi señor? ¿Para qué procura mi señor esto, que será para pecado a Israel?*” (1 Cr. 21:3). ‘El Señor ha hecho muchísimo, y hará más, pero no empiece a contar cabezas para saber cuán grandes son sus recursos y para gloriarse en la grandeza de su reino’.

Joab era un hombre carnal, pero

algunos hombres carnales a veces parecen ver más que los cristianos en cuanto a los principios. David desechó la sabiduría divina y la buena sabiduría humana, e insistió en el censo de Israel. Conocemos las consecuencias. El consejo de Satanás incitó a David a hacer algo que glorificaría al hombre y haría mucho de sus recursos y logros. El Señor se mostró y lo golpeó con violencia en cadera y muslo, y esa obra satánica de glorificar al hombre fue derribada y el hombre fue humillado profundamente. David ofrecía un triste cuadro cuando vino a la era de Ornán. ¡Oh, el hombre es ahora humillado hasta el polvo!

Esto tiene que ser hecho antes de cualquier edificación de la casa de Dios. La obra de Satanás por enaltecer al hombre tiene que ser aplastada completamente. La gloria del hombre, y el deseo de cualquier tipo de gloria para el hombre, tiene que ser abatido. Ésta es una casa para el nombre del Señor y para ningún otro nombre en el cielo, en la tierra, o en el infierno. *“Y a otro no daré mi gloria”*, dice el Señor (Is. 42:8).

El Señor hace eso todo el tiempo. ¡Oh, el horrible despliegue de la carne humana en el reino de las cosas divinas! ¡Oh, las reputaciones hechas en el reino de lo que es de Dios! ¡Oh, el deleite de tener un lugar en la Iglesia! ¡Oh, cuán a menudo esta carne está activa para su propio placer y satisfacción! El Señor está golpeando duro todo el tiempo para asegurar que su casa está en el fundamento correcto, no en alguna cosa nuestra.

“Acuérdate, oh Jehová, de David y de toda su aflicción” (Sal. 132:1).

Esta última palabra es más exacta que la usada en nuestra traducción (‘humillaciones’, en inglés). “Aflicciones” es el término en el texto, pero éste no capta el verdadero significado a menos que digamos: ‘Las aflicciones con que él fue afligido’. Él está diciendo: ‘¡Cómo me he humillado! No he permitido a mis ojos tener sueño, ni a mi lecho tentarme, yo no disfrutaría mi propia casa; me he humillado, me he privado, con el fin de encontrar un lugar para el Señor’. Y el Señor requiere esa humillación. Él busca este quiebre del hombre para que el fundamento de la casa sea correcto. Eso explica sus tratos con nosotros. Él no nos permitirá ser ‘alguien’.

Si somos realmente el lugar de la morada de Dios, entonces no debemos ser nada en nosotros mismos. No buscaremos ninguna reputación, no intentaremos causar una impresión, no estaremos erguidos en nuestra propia dignidad, no haremos nada que nos dé notabilidad con las personas y los haga pensar algo de nosotros. Con el Señor, esto no pasará.

Así que librémonos de todo esto,

La obra de Satanás por enaltecer al hombre tiene que ser aplastada completamente. La gloria del hombre, y el deseo de cualquier tipo de gloria para el hombre, tiene que ser abatido.



y reconozcamos que estamos en la mirada de Dios. Si nosotros intentamos hacer pensar a las personas que somos alguien para conseguir una ventaja, estamos contradiciendo el principio de la casa de Dios. Toda auto-importancia y todo deseo de reconocimiento deben desaparecer. Toda esa clase de cosas ha de ser desalojada. No es este el fundamento de la casa de Dios. El hombre es abatido, y todo lo anterior es obra del diablo, de aquél en cuyo corazón fue encontrado el orgullo.

La reunión de misericordia y juicio

Les recuerdo que la era de Ornán, el sitio del templo, fue el lugar donde el juicio y la misericordia se encontraron.

Es necesario que haya juicio. Así ocurrió en el caso de David. Pero el juicio es sólo una cara. El juicio y la misericordia se encontraron ese día en la era y se besaron, y el templo fue establecido. El juicio tiene que empezar en la Casa, pero, gracias a Dios,

no es un juicio para destrucción. Es misericordia aliada con juicio, y el final es el triunfo de la misericordia sobre el juicio. Ése es el Calvario, esa es la casa de Dios. Siempre será así. Habrá juicio; tiene que haberlo; nosotros lo sabemos muy bien.

El Señor no deja pasar nada que sea contrario a los principios de su casa. Si nosotros sólo conociéramos esto, como Pablo intentó hacerlo conocer a los corintios... Muchos están sufriendo hoy de diversas maneras porque no están observando los principios de la casa de Dios (1 Cor. 11:30). Este es un aspecto del tema. Pero, oh, Dios sólo hace eso para tener misericordia. Es la misericordia su fin. Así él pone fundamento y así él construye su casa.

Dios no es deudor al hombre

No se permite al hombre cobrar ninguna deuda en la casa de Dios. ¡Cuán insistente fue David, cuán atento es ahora a los principios divinos! Los fuegos de prueba nos despiertan

a los principios. Así sucedió con David en otra ocasión. Recordemos cuando el arca fue puesta en la carreta. David se había olvidado de la Escritura. Él pasó por un tiempo de sufrimiento hasta que por fin vino a ver el principio divino en la Palabra de Dios y a poner las cosas en orden (1 Cr. 13 y 15). Aquí él está de nuevo vivo a los principios. Cuando Ornán quiso obsequiarle la era, David dijo: ‘No, yo pagaré su justo precio. Ningún hombre dirá jamás que la casa de Dios está en deuda a los hombres; nadie podrá nunca decir: “Yo di a Dios eso; el sitio del templo es mi regalo”’.

Ornán no tiene derecho de propiedad. El hombre no tiene ningún lugar como acreedor en la casa de Dios; no hay ninguna deuda al hombre. Podemos aplicar esto.

La trilla del grano

La casa de Dios es una era, el lugar donde todo es trillado ante el Señor. No hay paja aquí; nada que no

sea real, genuino, verdadero, sólido; nada que no contribuya a la edificación. Sólo el verdadero grano. Dios siempre está buscando hacer esto. Toda nuestra vanidad, nuestra vaciedad, todo lo que realmente no cuenta, está siendo quitado. Después de eso, Dios edifica su casa. En la relación entre el Señor y su pueblo, edificando su casa, él está aventando, trillando, librándonos de nuestra vanidad, nuestra irrealidad, nuestra paja. Pero en este obrar, él está obteniendo realidad, él está consiguiendo lo que es sólido, lo que permanecerá, lo que alimentará. Este es el fundamento de su edificio.

Todo lo que hemos dicho debe operar de manera práctica. Las figuras empleadas no son sino tipos y símbolos, pero las realizaciones están en las manos del Espíritu Santo, y él obrará de manera incesante para su implementación en la vida del pueblo de Dios. Permítanos ver que cuando él trabaje en nuestro caso tenga nuestra incondicional cooperación.

(Viene de la página 71)

vivida diariamente esperándole a él. No se puede evitar esta diferencia, ni se puede reemplazar lo verdadero. Desgraciadamente, algunos de nosotros somos tan distintos de lo que enseñan nuestras palabras que, tal vez, más valdría que habláramos menos de cosas espirituales.

No nos sorprendamos, entonces, que Dios se interese en los materiales de su casa. La imitación de una joya puede tener cierta hermosura, pero ¿qué mujer, habiendo poseído lo au-

téntico, pensaría otra vez en la imitación? El apóstol Pablo no nos deja en duda acerca de su propia valuación. Diez toneladas de hojarasca nunca pueden alcanzar el precio de una sola piedra preciosa. Todo lo que es carne, todo lo que es simple sentimiento, todo lo que es esencialmente del hombre, es como la hierba y pasará. Mas lo que es de Cristo, el oro, la plata, las piedras preciosas, sólo éstos, dice la Escritura, son eternos, incorruptibles, imprecaderos.



A causa de la plata

Un día, el rabino Eglón recibió la visita de un hombre muy religioso, muy rico y muy avaro. El rabino lo llevó a una ventana. “¿Qué ves?”, le preguntó. “Veo gente”, le respondió el rico. Entonces el rabino lo llevó ante el espejo. “¿Y ahora qué ves?”, volvió a preguntarle. “Me veo a mí mismo”, le contestó el otro. El rabino entonces le dijo: “Pues, en la ventana, como en el espejo, hay un cristal; sólo que el del espejo se halla recubierto por una capa de plata y, a causa de la plata, no se ve el prójimo, sino se ve uno a sí mismo”.

Autor Desconocido

Embarcaciones destruidas

En toda la costa de la historia de los obreros cristianos yacen los restos de los naufragios de nobles embarcaciones, portadoras de grandes promesas pocos años ha, que zozobraron porque sus tripulantes se inflaron y fueron llevados por los vientos huracanados de su propia estima hacia las rocas donde se estrellaron.

R.A. Torrey

El “árbol mosquito”

Existe un arbusto bastante singular que crece abundantemente en la costa oeste norteamericana, conocido como “árbol mosquito”. Es bien fino, de aspecto delgado, y parece ser de muy poca utilidad para cualquier propósito industrial. Con todo, posee raíces extraordinarias que crecen como troncos subterráneos de madera, y poseen tal calidad de resistencia en todas las situaciones, al punto de ser utilizadas y altamente cotizadas para la construcción de excelentes calzadas. Dicen que la ciudad de San Antonio está

pavimentada con esas raíces.

Esto nos recuerda aquellos cristianos que se muestran poco externamente, pero que su crecimiento es principalmente subterráneo – fuera de la vista, en las profundidades de Dios. Estos son los hombres y mujeres que Dios usa para el fundamento de las cosas y para pavimentar la ciudad de Dios, la cual permanecerá firme cuando todas las cosas terrenas fueren desmoronadas en ruinas y disueltas en el olvido.

À Maturidade, Nº 27, 1995

Las cataratas del Niágara

En cierta ocasión, un artista mostró en una exhibición una pintura de las cataratas del Niágara, pero olvidó darle un nombre al cuadro. La galería, enfrentada a la necesidad de rotularlo, lo llamó: “Y habrá más”. Las vestidas cataratas del Niágara, vertiendo miles de millones de litros de agua durante miles de años, pueden dar más para suplir las necesidades de agua de los que están abajo, y constituyen una alegoría adecuada de la abundancia de la gracia de Dios que Él vierte sobre nosotros. ¡Siempre habrá más!

R.Kent Hughes



La preciosa ofrenda de la vida de Juan Huss por causa del testimonio de Dios.

El graznido

del ganso de Bohemia



Uno de los precursores de la gran reforma del siglo XVI fue un joven profesor checo llamado Juan Huss. Su vida y su muerte fueron una poderosa antorcha que alumbró en las tinieblas, y que anunció la luz más brillante que habría de manifestarse un siglo más tarde.

Juan Huss nació el año 1370. Era originario de Hussenitz, aldea del sur de Bohemia, de la cual tomó su nombre. Se le conoció primero como Juan de Hussenitz, y más tarde simplemente como Juan Huss.

Hijo de un campesino pobre que murió tempranamente, fue criado con

mucho esfuerzo por su madre. Su piedad y fervor religioso se manifestaron en él desde su infancia, pues participó como monaguillo y cantó en el coro de la iglesia. Las lecturas piadosas le apasionaban. Cierta noche que leía la vida de san Lorenzo cerca de la chimenea, acercó su mano al fuego para probar hasta dónde sería capaz de soportar los tormentos que Lorenzo había sufrido. ¡Como si anunciase tempranamente la forma en que había de glorificar a Dios!

Fue también un joven brillante. Pese a la adversidad que le rodeaba, logró llegar a la Universidad de Pra-

ga, en la capital del país. Una vez allí, no sólo fue buen alumno, sino también un buen profesor. Pero más que eso: al poco tiempo fue elegido decano de la Facultad de Filosofía, y luego rector de la Universidad, cuando tenía sólo 31 años de edad. Huss tenía una personalidad muy atractiva, mezcla de inteligencia, seriedad y osadía, que se destacaba entre sus colegas.

Por este tiempo fue nombrado predicador de la capilla “Belén”, un hecho que tiene ribetes muy interesantes. Esta capilla había sido construida por dos laicos, con el expreso deseo de que en ella se predicase la Palabra de Dios al pueblo en lengua común. Cuando estuvo construida, ellos pensaron que nadie mejor que Huss debía predicar en ella.

La luz llega en un libro

Poco después ocurrió un hecho que sería decisivo para el resto de su vida: llegaron a sus manos unos libros de Juan Wicliffe, un predicador inglés muy popular en ese tiempo. En un principio, los libros le desconcertaron, pero luego los apreció hasta convertirse en su admirador. Juan Wicliffe reivindicaba con vehemencia la autoridad de las Sagradas Escrituras, al tiempo que denunciaba la corrupción que había en los ambientes religiosos. Su predicación poderosa y sus libros llenos de luz habían llenado de gozo al pueblo, pero habían suscitado también mucho revuelo.

Cuando la luz de la verdad resplandeció en el corazón de Juan Huss, comenzó a predicar en esa misma dirección. Inevitablemente, se granjeó la odiosidad de los religiosos. Aunque el

pueblo le escuchaba de buena gana.

Así como Wicliffe había remecido Inglaterra, Juan Huss habría de remecer a Bohemia.

Cuando la autoridad religiosa vio que la luz reformista comenzaba a tomar fuerza, emitió un decreto para intentar suprimir el esparcimiento de los escritos de Wicliffe, sabiendo que esa era la causa de aquel estropicio. Sin embargo, esto surtió un efecto totalmente inesperado porque toda la Universidad se unió a Huss para propagarlos.

Más tarde se le prohibió predicar. Eso no bastó, sin embargo, para callarle, debido al apoyo popular, y al hecho de que la capilla Belén era de propiedad privada. Pronto otros habrían de imitarle, recorriendo los pueblos y aldeas predicando al aire libre.

Poco después fue excomulgado por negarse a ir a Roma. Esto trajo algunas reacciones muy comprensibles para la época: El rey le quitó su apoyo y le desterró de Praga. La misma ciudad, por prestarle apoyo, fue anatemizada.

Ante esto, algunos seguidores le abandonaron, pero otros le siguieron hasta su destierro en su ciudad natal. Muchos acudían a oírle por curiosidad, tal era la popularidad que había alcanzado el “hereje”. Las muchedumbres se maravillaban de que un hombre tan modesto, tan serio y piadoso fuese considerado como un demonio.

Desde su destierro escribía a sus amados feligreses de “Belén” hermosas cartas llenas de ternura y espiritualidad: “Sabed, queridos míos, que si me he separado de vosotros ha sido para seguir el precepto de nuestro Se-

ñor Jesucristo, para no dar a los malos ocasión de incurrir en una condenación eterna y para liberar a los buenos de aflicciones ... Pero yo no os he abandonado para renegar de la verdad divina, por la cual, con la asistencia de Dios, deseo morir”. En esos días dio a luz numerosos libros que ayudaron a esparcir la verdad.

El concilio de Constanza

Sin embargo, se acercaba el día en que no sólo habría de predicar con sus palabras, sino con su vida toda.

En noviembre del año 1414, la iglesia de Roma convocó a un Concilio en la ciudad de Constanza, Alemania. Huss fue llamado a comparecer ante él. Contando con el aval del rey y del emperador, sus amigos le dejaron partir. El viaje fue apoteósico. Las cortesías e incluso la reverencia con que Huss se encontró por el camino eran inimaginables. Por las calles que pasaba, e incluso por las carreteras, se apiñaba la gente para expresarle su afecto.

Llegó a Constanza en medio de grandes aclamaciones – casi se puede decir que tuvo una entrada triunfal. Al igual que aquella otorgada a su Maestro algunos siglos anteriores, ésta también habría de ser la antesala de un día muy oscuro para él. No dejaba de asombrarle el trato que se le dispensaba. «Pensaba yo que era un proscrito. Ahora veo que mis peores enemigos están en Bohemia.» La ciudad de Constanza estaba conmovida.

La iglesia de Roma atravesaba en esos días por uno de sus peores momentos, así que las deliberaciones del Concilio le obligaron a una larga es-

pera. Entre tanto, fue llamado a declarar ante el Papa, que estaba también en la ciudad. Allí, en el palacio papal se le tomó preso, al negarle toda validez al salvoconducto del emperador, aduciendo que Huss, siendo un “hereje”, no tenía derechos.

Hasta ese día había estado alojado en una casa particular, donde había disfrutado de una relativa tranquilidad. Podía dedicarse con reposo a la lectura y la oración, pero todo eso terminó porque ahora fue encerrado en el calabozo de un convento, cerca del cual pasaba una cloaca pestilente. A los pocos días cayó aquejado de una feroz fiebre. Un amigo noble –Juan de Chlum– intentó ayudarle ante el emperador, pero las órdenes de éste no fueron acatadas. La autoridad religiosa tenía más poder que la autoridad secular.

Sin embargo, detrás de toda esta terrible escena puede verse una Mano maestra que conducía todas las cosas, para dar a la posteridad un ejemplo que imitar, para consolar los corazones oprimidos y para abrir nuevos caminos de libertad. Un hombre era conducido por el camino de la cruz –aunque no con mucha luz todavía– y éste se dejaba llevar dócilmente, tomado de la mano de su Maestro.

Al igual que su Señor, Huss tuvo también un traidor. Uno de sus antiguos amigos encabezó la confabulación de quienes procuraban cazarle y exponerle ante los miembros del concilio.

Durante el encierro experimentó toda clase de privaciones que le trajeron mucho dolor, pero que también suavizaron su carácter impetuoso. En

esos días escribía a uno de sus amigos: “Es ahora cuando aprendo a repetir los acentos de los salmos, a orar, a contemplar los sufrimientos de Cristo. En medio de las tribulaciones comprendemos mejor la Palabra de Dios.” Entre tanto, los delegados del concilio intentaban afanosamente quebrantar su voluntad, obteniendo una retractación antes de que éste compareciera a declarar. Ellos temían que Huss hiciera uso de la palabra, tanto como las tinieblas temen a la luz.

Luz en la cárcel

Durante su larga permanencia en la cárcel –pues luego fue trasladado, para mayor seguridad, al castillo de Gotleben– la indignación que en otro tiempo solía subir a su corazón cuando era víctima de alguna injusticia, se había trocado en dulzura y humildad. Esta humildad y resignación le ganaron las simpatías hasta de sus mismos carceleros, quienes acudían a pedirle instrucción y consejo. A petición de ellos escribió algunos tratados, como: “Los diez mandamientos”, “La oración dominical”, “El matrimonio”, “Los tres enemigos del hombre” y “Del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo”. En las portadas de los tratados puso los nombres de los carceleros a cuya petición los había escrito.

Las cartas escritas por Huss en sus últimos días en la prisión son una de las páginas más heroicas y espirituales de la literatura cristiana. En ella invita a sus amigos a permanecer firmes en sus convicciones y a no buscar vengar su muerte, que ya veía como inminente.

Si le asaltaba algún temor en vista del suplicio con que le amenazaban, tomaba su Biblia y hallaba consuelo en las promesas de Dios. El ejemplo de aquellos que habían sido fieles hasta la muerte le infundía aliento.

Escribía en una de sus cartas: “Hallo consuelo en estas palabras del Salvador: *“Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”*”.

Testimonio ante los hombres

A los nueve meses de estar prisionero, la vida divina que bullía en su interior estaba ya madura para su gloriosa manifestación. Así pues, le llevaron ante el concilio. Trajeron algunos de sus libros y le dijeron si los reconocía como suyos. Luego de examinarlos, dijo:

– Míos son, y si alguno de vosotros me hace ver en ellos alguna proposición errónea, la rectificaré con la mejor voluntad.

Empezó la lectura y acusación. Huss quiso responder, pero apenas había dicho una palabra, se levantaron de todas partes clamores tan confusos que fue imposible hacerle oír. Cuando se apaciguó el tumulto, Huss hizo una cita del evangelio, pero le interrumpieron de nuevo. Unos le acusaban, otros se burlaban. Él guardó silencio.

– Ved –decían– cómo calla; claro es que ha enseñado estas herejías.

A lo que él respondió:

– Esperaba aquí otro recibimien-

to; creí que sería escuchado. No puedo dominar tanto ruido, pero si me escucharan, hablaría.

Ese primer día no fue posible seguir la sesión, así que se solicitó que al día siguiente estuviera presente el emperador.

Al día siguiente, ante el emperador, dijo:

– Excelentísimo Príncipe: No he venido aquí con la intención de sostener nada tercamente. Si me enseñan cualquier cosa demostrándome ser mejor y más santa que lo que yo he enseñado, estoy pronto a retractarme.

Pero como nadie estuvo dispuesto a emprender semejante demostración, se dio por terminada la sesión.

En la tercera sesión le presentaron 26 artículos que declararon contrarios al dogma de la Iglesia. Huss reconoció como auténticamente suyos 21 de ellos, y dio algunas explicaciones que no satisficieron al concilio. El emperador lo amenazó con la hoguera, pero Huss contestó que él se atenía a la sentencia de Jesucristo, el Juez Todopoderoso, quien no le juzgaría por falsos testimonios.

El emperador era uno de los más interesados en obtener la retractación de Huss, a causa del salvoconducto que le había otorgado, pero todo fue en vano. Ni súplicas, ni seducciones, ni amenazas pudieron conmovier al valiente testigo de Cristo. El Señor, en su misericordia, hizo que a través de él la luz brillase en ese lugar, pero ellos no pudieron verla.

El día final

El 6 de julio de 1415 fue llevado por última vez al concilio, y como no

aceptase retractarse, le humillaron, desnudándole de sus vestidos sacerdotales. Luego le rasparon con una navaja las yemas de los dedos, y en lugar de la tonsura le pusieron en la cabeza una corona piramidal de papel en la que habían pintado unos diablos espantosos con la inscripción: “El heresiarca”.

Molestos, los prelados le dijeron en latín: “Entregamos tu alma al diablo”. Sin embargo, Huss entregó su alma a Dios, agregando:

– Yo llevo con alegría esta corona de oprobio por amor del que por mí la llevó de espinas.

Marchó al suplicio seguido de los príncipes, escoltado por ochocientos hombres armados y rodeado de una muchedumbre.

Al pasar delante del palacio episcopal, vio una gran hoguera en la que se quemaban sus libros. Huss sólo sonrió.

El ganso es sacrificado

Al llegar al lugar, Huss se arrodilló y repitió algunos salmos. El sacerdote destinado a confesarlo le dijo que abjurara de sus errores, a lo que Huss respondió:

– No me siento culpable de ningún pecado mortal y, pronto a comparecer ante Dios, no compraré la absolución sacerdotal con un perjurio.

Quiso hablar al pueblo en alemán, pero no se le permitió.

Mientras oraba con los ojos alzados al cielo pidiendo el perdón de sus enemigos, se le cayó la corona de papel, pero los soldados la recogieron y se la volvieron a poner, diciendo que debía ser quemado con los diablos a

quienes había servido.

Clavaron en tierra una gran estaca a la cual le amarraron con una cadena, y como por casualidad estaba con la cara vuelta al oriente, algunos exigieron que, por ser hereje, le volvieran hacia el occidente. Lo cual hicieron. Al verse así amarrado dijo, sonriente:

– Mi Señor Jesús fue atado con una cadena más dura que ésta por mi causa, ¿por qué debería avergonzarme de ésta tan oxidada?

El elector palatino le invitó por última vez a retractarse, pero él respondió:

– Tomo a Dios por testigo de que nunca he enseñado herejía. Mis discursos y mis escritos han sido hechos con el único fin de arrancar las almas de la tiranía del pecado. Por esto sellaré alegremente hoy con mi sangre la verdad que he enseñado, escrito y publicado y que está confirmada en la Ley divina y por los santos padres.

Luego le dijo al verdugo:

– Vas a asar un ganso (“huss” significa ganso en lengua bohemia), pero

dentro de un siglo te encontrarás con un cisne que no podrás ni asar ni hervir”. Estas palabras fueron una profecía que se cumplió en Martín Lutero, quien apareció al cabo de unos cien años, y en cuyo escudo de armas figuraba un cisne.

Al encenderse la hoguera, Huss exclamó:

– Jesús, Hijo del Dios viviente, ten misericordia de mí.

Cuando el fuego ya ardía, una mujer, en un arrebato de fanatismo, se acercó a echar un brazado de leña. Ante lo cual, Huss se limitó a decir, con compasión:

– ¡Santa sencillez!

Luego se puso a cantar un himno con voz tan fuerte y tan alegre, que se oía a través del crepitar de la leña y del fragor de la multitud. Era el graznido del ganso, un canto muy dulce que ha llegado hasta hoy.

El calendario indicaba el 6 de julio de 1415. Juan Huss tenía apenas 45 años.



PRAGA: Monumento a John Huss

Bocadillos de la mesa del Rey

Despojado y humillado

Filipenses 2:7-8

El descenso del Hijo de Dios desde su trono de gloria hasta la cruz es un hecho asombroso. Tal vez el más asombroso de cuantos nos es posible conocer.

Siendo Dios con Dios, teniendo una naturaleza divina, perfecta, exenta de toda mancha, debilidad o tacha; teniendo la gloria de Dios, ante la cual las criaturas celestes temían y se postraban, siendo el resplandor de la gloria de Dios y la imagen misma de sus sustancia, el primogénito de toda creación, y quien sustentaba toda las cosas con la palabra de su poder; siendo por quien y para quien habían sido hechas todas las cosas, siendo todo eso y más, no se aferró a eso para no bajar, sino que se despojó.

¿Cuánto habrá significado para él despojarse? No nos es posible saberlo. El único que lo supo cabalmente es el Padre, y por eso le amó tanto; por eso no podía dejar de decirlo una y otra vez, que en él tenía perfecto contentamiento. La forma de ser más íntima de la deidad la expresó así perfectamente el Hijo.

Pero eso no es todo.

Cuando se hubo despojado todo lo imaginable, estuvo en condición de ser un hombre. ¡Verdaderamente fue como bajar al abismo! Por cierto, si él lo hubiese querido, pudo haber sido el hombre más hermoso, el más idolatrado, servido y admirado. Sin embargo, helo allí, humillándose, obedeciendo en todo –como si no fuese Dios–, hasta la muerte.

Vedlo descendiendo hasta la más extrema forma de obediencia, aquello en que la humanidad es más inútil, lo que más repugna al torcido corazón del hombre. Pero todavía hay más. ¿Cómo habría de morir? La partida de este mundo es algo que preocupa a los hombres. Todos desean un “buen morir”.

¡Ay! Él ciertamente no lo tuvo, porque precisamente la forma más brutal, desquiciadora, e infernal que se ha inventado jamás, fue la que se escogió para él. La muerte de cruz.

Principios de interpretación bíblica



Principio N° 2

El Antiguo Testamento se interpreta a la luz del Nuevo

Rubén Chacón V.

A la luz de lo dicho en la lección anterior, podemos afirmar entonces que todo el Antiguo Testamento era una profecía acerca de Cristo. Al respecto, el apóstol Mateo dijo: *“Porque todos los profetas y la ley **profetizaron hasta Juan**”* (11:13). Esto quiere decir que hasta Juan el Bautista todo era profecía; pero, desde él en adelante, ha llegado la realidad. Lucas, por su parte, lo dice así: *“La ley y los profetas **eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él**”* (16:16). Por lo tanto, lo que tenemos en el Nuevo Testamento es el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. Aquellos que podemos mirar el A.T. desde el Nuevo, tenemos, pues, la ben-

dición de interpretar el Antiguo desde su cumplimiento, esto es, desde el Nuevo.

De manera que no debemos ir al Antiguo Testamento sin la interpretación que hace el Nuevo Testamento de él. Veamos a continuación un ejemplo:

Comparar Deuteronomio 25:4 con 1º Corintios 9:9-10

¡Qué te parece! ¿Te habrías imaginado que el texto de Deuteronomio 25:4 hablaba de los ministros de Cristo? De no ser por el hecho de la inspiración de las Escrituras diríamos que el apóstol Pablo está interpretando equivocadamente las Escrituras. Dése cuenta que él no está haciendo una

aplicación del pasaje. Lo que está diciendo es que cuando Dios inspiró a Moisés para que escribiera ese mandamiento, no estaba pensando en los bueyes, sino en los ministros de Cristo.

De la misma manera muchos detalles del Antiguo Testamento son interpretados cristológicamente en el Nuevo Testamento:

LOS TIPOS

Un “tipo” “es un personaje o un acontecimiento que desde épocas remotas anunciaba oscuramente lo que había de acontecer en la plenitud de los tiempos”¹. Aquí nos limitaremos solamente a ver algunos personajes:

1. Adán. “*El cual es figura (gr. tipo) del que había de venir*” (Rm. 5:14). Adán es tipo de Cristo, según Rm. 5:15-19, en el sentido que permite contraponer la obra del primer hombre, Adán, con la obra del segundo hombre, Jesucristo (cf. 1 Cor. 15:47).

2. Abel. “*A Jesús, Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel*” (Heb. 12:24). La sangre de Abel clamaba por justicia (Gn. 4:10); la de Cristo, justifica. El punto es que el episodio de la muerte de Abel fue escrito para poder destacar —por la vía de la comparación— la muerte de Cristo.

3. Abraham. “*Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac... porque pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado (gr. parábola) también lo volvió a recibir*” (Heb. 11:17-19). ¿De qué fue parábola esta estremecedora escena que quiso el Espíritu Santo que

se registrara? ¿Será torcer las Escrituras decir que son parábola del Padre celestial entregando a su unigénito Hijo a la muerte, para posteriormente volver a recibirlo en resurrección?

4. Isaac. En Gálatas 4:21-31 el apóstol Pablo declara que los episodios de la vida de Sara y Agar y de sus hijos Isaac e Ismael respectivamente, fueron dichos en alegoría. En alegoría ¿de qué? Las dos mujeres, según Pablo, son los dos pactos: La ley, Agar, y la gracia, Sara. Los dos hijos, por su parte, son una alegoría de los nacidos del Espíritu, Isaac, y de los nacidos según la carne, Ismael. Y la lucha entre ellos, representa la lucha que se libra en los creyentes entre el Espíritu y la carne.

5. José. Según la hermenéutica tradicional son tipos de Cristo solamente aquellos que explícitamente se presentan así en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, según esa hermenéutica José no es un tipo de Cristo. Pero ¿quién podría negar el hecho? Y de muestra un botón. Cuando María, la madre de Jesús, dijo de él: “*Haced todo lo que os diga*” estaba usando las mismas palabras que usó Faraón para referirse a José: “*haced lo que él os diga*” (Jn 2:5 comp. Gn. 41:55).

6. Moisés. “*Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir...*” (Heb. 3:5). Para testimonio ¿de qué? De que Jesús —a diferencia de Moisés— fue y es fiel no como siervo, sino como hijo, y no **en** la casa de Dios, sino **sobre** la casa. ¡Aleluya!

7. Aarón. “*Y nadie toma para sí esta honra (la del sacerdocio), sino el que es llamado por Dios, como lo fue*

Aarón. Por eso, tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote...” (Heb. 5:4-5). Todo el sacerdocio de Aarón, con sus requisitos y ceremonias, fue registrado como una ilustración del verdadero sacerdocio, el de Jesucristo.

8. Melquisedec. “Nada se sabe de su padre ni de su madre ni de sus antepasados; ni tampoco del principio y fin de su vida. Y así, **a semejanza del Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre**” (Heb. 7:3; ver también el v. 15). Aquí Melquisedec permite contrastar el sacerdocio de Cristo con el de Aarón.

Suficiente con estos ejemplos. La pregunta que queda planteada es si para todos los otros personajes bíblicos rige el mismo principio. ¿Qué decir de David, Salomón, Oseas, Nehemías, Josué, etc., etc., etc.?

LAS SIMIENTES

1. Jesucristo, la simiente de la mujer. “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; **ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón**” (Gn. 3:15). Según esta profecía, la simiente de la mujer heriría en la cabeza a la serpiente antigua y ésta la heriría en el talón. ¿Quién otro sino Jesucristo cumplió esto? Él participó de carne y sangre “para destruir por medio de la muerte (herido en el talón) al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Heb. 2:14).

2. Jesucristo, la simiente de Abraham. “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz” (Gn.

22:18). El apóstol Pablo interpreta este texto en Gálatas 3:16. “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia (o simiente). No dice: ‘Y a los descendientes’, como si hablara de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu descendencia’, la cual es Cristo”.

3. Jesucristo, la raíz y el linaje de David (Apoc. 22:16). La palabra “simiente” en griego es “esperma”. En español se traduce comúnmente por “semen”. Aquí no dice que Jesucristo es la simiente de David —sí lo dice en Rm. 1:3 y en 2 Tm. 2:8— pero dice que es el linaje de David. “Linaje” en griego es “genes”. Los genes son parte del semen. Por lo tanto, simiente, descendencia y linaje son términos equivalentes.

Pero he querido escoger esta cita bíblica por la expresión “raíz...de David”. Jesucristo no es solamente el linaje de David, sino también la raíz de David. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Jesucristo es el que sustenta a David, el que le dio origen. Por lo tanto, si bien es cierto que Jesucristo es un descendiente de David, no es menos cierto que por causa de Jesucristo vino a la existencia David. Él, al igual que todos los demás personajes bíblicos, entró en la escena de las Escrituras para mostrar anticipadamente al bendito Hijo de Dios. De no ser por el Cristo, Dios jamás habría levantado a Abraham, a David ni a ningún otro.

¹ Miguel A. Ferrando,
Iniciación a la lectura de la Biblia,
Ed. Mundo, Stgo., Chile, 1987, p. 313.

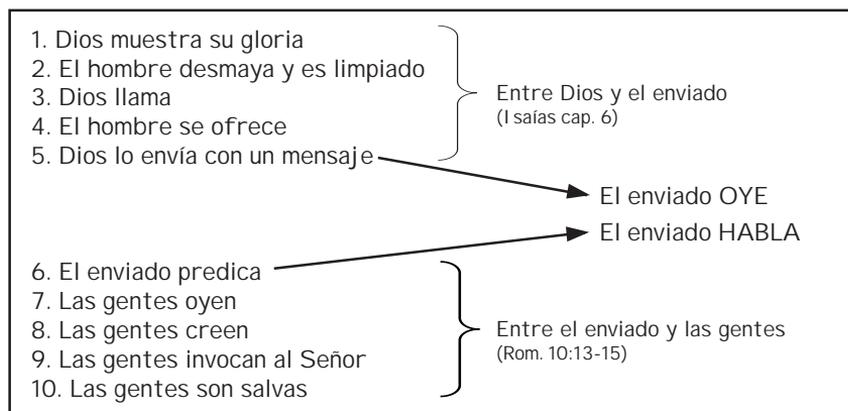
(Continuará)

La exposición de la Palabra (2ª Parte)

El circuito del ministerio de la Palabra



Tomando como base estos dos pasajes de la Escritura, veremos cuál es el circuito que sigue la Palabra de Dios, desde su nacimiento en Dios hasta su destino final, que es la salvación (o edificación) del hombre.



Como podemos ver, todo comienza en Dios, cuando muestra su gloria al hombre. Esta experiencia deja en claro la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre. Éste es conciente de su pecaminosidad, y también de la gracia de Dios al limpiarlo y al llamarlo para una obra espiritual.

En lo que toca al ministro de la Palabra, los puntos 5 y 6 son los más cruciales. El enviado tiene que oír y luego hablar. Si no oye, no tendrá qué hablar, excepto un mensaje que Dios no haya dado.

Analizaremos estos dos importantes actos, el de *oír* y el de *hablar*.

El enviado OYE

1. Los que se ofrecen, entran para estar en el secreto del Señor (Jeremías 23:18,22). Pueden entrar atraídos por el Señor, o bien “empujados” por alguna circunstancia difícil de la iglesia que los lleva a preguntarle al Señor por una solución.

2. El Señor despierta el oído para que puedan oír como los sabios (Isaías 50:4-5)

3. El Señor pone Sus palabras en su corazón (Ezequiel 3:1-2; 10-11). Para que esto sea posible los que se ofrecen deberán recorrer con avidez las páginas de las Escrituras. Al hacerlo, comprobarán que de pronto algunas de esas palabras sagradas se prenden a su corazón.

4. Las palabras del Señor en el corazón de los que se ofrecen se convierten en una *carga* (Nahum 1:1; Habacuc 1:1; Malaquías 1:1, en la Versión Moderna).

El enviado HABLA

¿Qué?

1. El enviado del Nuevo Testamento tiene un solo discurso: el Señor Jesucristo (1 Corintios 2:2). No sólo es el *tema* del discurso, sino el *discurso* mismo. (Juan 1:1; Hebreos 1:2).

2. Todos los discursos, por muy diversos que sean, han de apuntar a Cristo como los radios de una circunferencia van desde su punto exterior a su centro. Un escritor decía: “Todos mis libros son capítulos de una gran confesión”. Para un ministro de Cristo, todas sus predicaciones son partes de un solo y gran mensaje: Cristo. Todo lo que el cristiano y la iglesia

necesitan está en Cristo. Él es perfectamente suficiente para suplir toda carencia. Aprender de Cristo, para tomar de él y ofrecerlo a la iglesia es la principal tarea del ministro de la palabra.

¿Cómo?

1. Dios se comunica con nosotros sobre la base de las Sagradas Escrituras por medio de un acto de *revelación*, que es un acto *intuitivo* producido por el Espíritu Santo a nuestro espíritu.

2. El enviado, en tanto, habla al hombre mediante un acto *discursivo*, en el cual lo inefable se vierte al lenguaje común, por medio de las palabras que pone el Espíritu Santo. (1 Corintios 2:13). Sólo así será mensaje dado con “lengua de sabios” (Is.50:4).

3. Cuando el enviado habla con las palabras que pone el Espíritu Santo, se produce en el oyente no sólo la comprensión lineal del acto discursivo, sino un acto de *revelación por medio de la intuición*, el mismo que originalmente Dios había producido en el enviado.

4. No sólo las palabras han de ser las que pone el Espíritu, sino todas las demás cosas (orden del discurso, énfasis, tono, etc.) (Juan 12:50 b).

Cuando todo esto se cumple, los oyentes reciben la fuerte impresión de que “Dios les habló”, de que el predicador tiene “la gracia” del Señor para predicar, y de que, por lo tanto, él es un ministro de Dios. Cuando esto se cumple, las gentes habrán sido salvas, o la iglesia edificada.



“Palingenesia” y “anagennao” son dos vocablos griegos que se traducen por “regeneración” y “renacer” respectivamente. “Palingenesia” es un sustantivo y “anagennao” es un verbo.

Estas dos palabras, que aparecen mencionadas sólo dos veces cada una en todo el Nuevo Testamento, se complementan y por tanto deben considerarse juntas para un correcto entendi-

palingenesia y anagennao

miento de la verdad del nuevo nacimiento o regeneración.

“Palingenesia” es una palabra compuesta formada por el prefijo “palin” y la palabra “genesia”. “Palin” significa “otra vez” y “genesia” quiere decir “nacimiento”, “génesis”, “generación”. “Palingenesia” entonces significa “volver a nacer”, “ser generado de nuevo”. Por lo tanto, a la hora de traducir “palingenesia” es correcto el uso de la palabra “regeneración” que, precisamente, significa “volver a generar”. “Palingenesia” aparece en Mateo 19: 28 y en Tito 3: 5, donde se dice que Dios “nos salvó mediante el lavamiento de la *palingenesia* (regeneración) del Espíritu Santo”.

No obstante, la palabra “palingenesia” por sí misma no nos revela toda la verdad respecto de la regeneración.

En efecto, cuando se habla de “volver a nacer” la tendencia es pensar en “volver a nacer con el mismo nacimiento”. De hecho, así pensó Nicodemo cuando preguntó a Jesús: “¿Cómo puede un hombre nacer *sien-do viejo?* ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?” (Jn. 3: 4). Pero Jesús no estaba hablando de “volver a nacer con el mismo nacimiento”, sino de volver a nacer con otra clase de nacimiento. Y en este punto radica la importancia del verbo “anagennao”.

Esta palabra, que también es com-

puesta, está formada por la preposición “ana” y el verbo “gennao” que significa “nacer” y “engendrar”. Es el prefijo “ana”, no obstante, el que indica de qué clase de nacimiento estamos hablando. “Ana” quiere decir que la acción de nacer tiene una dirección “hacia arriba”. Por ello, aunque Jesús en su conversación con Nicodemo usó solamente el verbo “gennao”, habló sin embargo de “nacer” de lo alto (Jn. 3: 3). “Nacer de lo alto” tiene, pues, el mismo sentido de “anagennao”: “Nacer de arriba”.

Es el apóstol Pedro el que usa dos veces “anagennao” en su primera carta (1: 3, 23). Aunque se traduce en ambos textos como “renacer”, ahora sabemos que “anagennao” es más que simplemente “gennao” y más que “palingenesia”.

Por lo tanto, la regeneración o el nuevo nacimiento no consiste en “nacer de nuevo”, sino en “nacer con un nuevo nacimiento”; consiste en experimentar un nuevo origen: No de la carne, sino del Espíritu; no de abajo, sino de arriba; no terrenal, sino celestial.

Aunque existiese la posibilidad de volver a nacer muchas veces del vientre materno, cada vez sería exactamente lo mismo. Jesús lo dijo así: “*Lo que es nacido de la carne, carne es*” (Jn. 3: 6). El nuevo nacimiento es “nacer de agua y del Espíritu”; es ser engendrado de lo alto, de Dios. ¡Aleluya!



Preguntas y respuestas

Juan 20:26 dice que el Señor Jesucristo apareció en medio de sus discípulos cuando las puertas estaban cerradas. Después de la resurrección del Señor, ¿cómo pudo él atravesar las paredes y encontrarse con sus discípulos?

Algunas personas dicen que el cielo es la tapa y la tierra es el fondo de un ataúd. Nadie jamás salió de este gran ataúd. Esto es verdad porque todo individuo vive limitado por el tiempo y el espacio. O, en términos más específicos: él vive en un espacio de cuatro dimensiones. Pero existe una excepción en la historia: Hace más de 1900 años atrás una persona llamada Jesús de Nazaret resucitó de entre los muertos y salió de ese gran ataúd.

Leemos en Romanos 1:4: *“Que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”* (Rom.1:4). Por eso Cristo, después de la resurrección traspasó los límites de tiempo y de espacio. El espacio de cuatro dimensiones es sólo un sub-espacio. Penetrar a través de las paredes es imposible para una persona que sólo comprende un espacio de cuatro dimensiones. Pero eso no se aplica al Señor.

Veamos una ilustración: Juanito deja caer un pedazo de carne al suelo. Luego aparece una gran cantidad de hormigas. Juanito quiere jugar con ellas y hace una pared de fuego alrededor de la carne. Para las hormigas que sólo tienen conciencia de dos dimensiones –longitud y anchu-

ra–, la única cosa que pueden hacer es lamentar y decirse unas a otras: “Nadie más puede tocar esa carne”.

Pero, después, Juanito coge el pedazo de carne. ¿Qué van a pensar las hormigas? Ellas nunca podrían entender cómo el pedazo de carne pudo desaparecer. Ellas no saben que Juanito es una persona que percibe un espacio de cuatro dimensiones – un espacio de dos dimensiones es simplemente un sub-espacio. Por eso Juanito puede, con facilidad, coger la carne de un espacio de dos dimensiones. Del mismo modo, pasar a través de la pared es un hecho extremadamente fácil para nuestro Señor.

Con su mano, Juanito quitó la carne de las hormigas. Para él fue bastante fácil. Atravesar la pared también es fácil para nuestro Señor. Ahora podemos entender mejor – Juanito percibe un espacio de tres dimensiones y de esta forma puede hacer algo que, para las hormigas que sólo perciben un espacio de dos dimensiones, es un milagro. En comparación con el Señor de la resurrección también nosotros somos pequeñitos y, estando bajo el límite de espacio y tiempo, no podemos entender tal hecho. Para nosotros es un milagro, para él es sólo un hecho.

(À Maturidade)



Los números en la Biblia

El número 2



Christian Chen

El número 2 aparece 808 veces en la Biblia. El número 2 es usado en las Escrituras tanto para combinación como para división; comparación o contraste; confirmación u oposición –como luz y tinieblas, bien y mal, amor y odio–, dos cosas en contraste. Por ejemplo, el pensamiento de ayuda, confirmación, comunión se puede apreciar en un texto fundamental como Ecl.4:9-12: *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces*

no se rompe pronto”. Ese es un pensamiento que se halla claramente implícito en el número; nosotros hablamos de “secundar” en el sentido de “ayudar”, lo cual contiene la idea de tomar un lugar inferior. ¡Cuán maravillosamente todo esto se reúne en Él, la segunda

Persona de la Divinidad, quien, a fin de favorecer nuestras almas, tomó el lugar de profunda humillación! Dios nos ha colocado ayuda sobre Aquel que es poderoso, y el Hijo de Dios se ha hecho Cristo, el Salvador. Salvador y salvación en algún sentido están por lo tanto, ligados comúnmente con este número dos.

Otro significado de este número se asocia con la idea de ayuda, confirmación y testimonio válido. Dos concordancias, dos combinaciones, confirmando una a otra – como dos testimonios. “... Por la boca de dos ... testigos conste toda palabra.” (Mt.18:16). Moisés trajo en su mano “*las dos tablas del testimonio*” (Ex.32:15). En la purificación de la lepra había dos aves: una debería ser degollada sobre el agua corriente; la otra sería

soltada en el campo – evidentemente tipificando y testificando la muerte y resurrección de Cristo (Lv.14:4-7).

En el día de la expiación había dos machos cabríos: uno era muerto, siendo llevada su sangre hasta dentro del velo; y el otro, era el macho cabrío expiatorio que llevaba la iniquidad de Israel a un lugar desierto – el primero hablando y testificando para nosotros de las exigencias de Dios, y el segundo de la necesidad del hombre (Lcv.16:5-22).

Jesús envió sus setenta discípulos “*de dos en dos*” delante de él, a todas las ciudades y lugares para testificar (Lc.10:1-7). Nuestra Biblia tiene dos partes: el Antiguo Testamento (o Pacto) y el Nuevo Testamento; estos son el doble testimonio válido de Dios para los hombres. Y nótese que la segunda Persona de la Divinidad es, nuevamente, el verdadero testimonio, la Palabra de Dios encarnada.

Además de eso, nosotros tenemos:

Dos testigos antes del diluvio – Enoc y Noé.

Dos testigos en el desierto – Moisés y Aarón.

Dos testigos que sustentaron el verdadero testimonio entre los espías — Caleb y Josué.

Dos ángeles testificaron la resurrección y ascensión de nuestro Señor (Lc.24:4, Hch.1:10-11).

Dos testigos darán testimonio durante el período de la Tribulación (Ap.11:3).

Tal como fue mencionado, el número 2 lleva el pensamiento de división, contraste y oposición. Por ejemplo, división es la característica del segundo día de la creación: “*Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas*” (Gén.1:6). Aquí tenemos la división ligada al segundo día y confirmando su significado. Ella es encontrada en un vasto número de cosas que son

presentadas en pares, de modo que una puede enseñar a la otra a través del contraste o diferencia. Por ejemplo, hay dos naturalezas en el hombre. Cuando la vieja naturaleza es dominada por la nueva naturaleza, poseemos poder y fuerza del Señor. Hay dos hijos (Mt.7:21-28; Lc.15:11; Gl.4:22). Dos puertas: la estrecha y la ancha. Dos caminos: el camino angosto y el espacioso (Mt.7:13-14). Dos árboles – el árbol bueno y el árbol malo (Mt.7:17). Dos hombres – el prudente y el insensato (Mt.7:24-27). Dos fundamentos (Mt.7:24-27). Hay una división entre los dos primeros hijos que nacieron en el mundo, Caín y Abel (Gn.4:1-10). Lo mismo sucedió con los dos hijos de Abraham, Ismael e Isaac (Gn.21:8-13). Y con los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob (Gn.25:27-34). Isaac, engendrado “*según el espíritu*”; Ismael, engendrado “*según la carne*” (Gál.4:29-30). “*Amé a Jacob y a Esaú aborrecí ...*” (Mt.1:2-3; Rom.9:13).

En verdad, estrictamente hablando, hay solamente dos hombres en el mundo delante de Dios: Adán y Cristo. El primer hombre y el segundo hombre. “*Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante*” (1ª Co.15:45). En todos estos ejemplos, el “segundo” siempre es aceptado por Dios. Los primeros nacimientos fueron el fruto de los padres en su juventud y en la plenitud de su fuerza. La noche de pascua, todos los primogénitos deberían morir con excepción de aquellos que habían sido sustituidos por el Cordero Pascual. Esto significa simplemente que toda la fuerza natural en Adán, precisaba salir, dejando al segundo Hombre vivir en nosotros y por nosotros. Este es el glorioso principio del “segundo” en la Biblia.

(Tomado de “Os números na Bíblia”)



La geografía bíblica constituye un valioso tema de investigación para los estudiantes de la Biblia. Dentro de ella, el estudio de las ciudades ocupa un importante lugar, pues estas son centros de vida cívica y espiritual. Las hay bienaventuradas y desdichadas; pobres y ricas, grandes y pequeñas. Le invitamos a probar sus conocimientos acerca de este interesante tema. Conteste sin buscar ayuda. Vea las respuestas al final de la página 107.



1. Abraham provenía de la ciudad caldea denominada:

- a) Ur
- b) Babilonia
- c) Níppur
- d) Harán

2. En días de Abraham Dios envió juicios ejemplarizadores sobre dos ciudades ubicadas al sur de Palestina. ¿Cuáles son ellas?

- a) Harán y Mamre
- b) Bet-el y Hai
- c) Sodoma y Gomorra
- d) Damasco y Meguido

3. ¿Qué significa el nombre de la ciudad hebrea Bet-el?

- a) “Casa del pan”
- b) “Fortaleza”
- c) “Casa de Dios”
- d) “Lugar alto”

4. ¿Cuál fue la ciudad que se arrepintió a la predicación de Jonás?

- a) Tarsis
- b) Jope
- c) Nínive
- d) Susa

5. ¿En qué aldea vivían Lázaro y sus hermanas Marta y María?

- a) Belén
- b) Betania
- c) Sarón
- d) Magdala

6. Después de su resurrección, Jesús se aparece a dos discípulos en el camino a:

- a) Betania
- b) Emaús
- c) Jope
- d) Azoto

7. ¿Cuál es la ciudad cuyos muros fueron derribados al toque de trompetas en días de Josué?

- a) Samaria
- b) Siquem
- c) Silo
- d) Jericó

8. Saulo tiene su encuentro con el Señor en el camino a la ciudad siria de

- a) Damasco
- b) Antioquía
- c) Jope
- d) Tarso

9. El templo de Salomón fue edificado en la ciudad de:
a) Silo b) Bet-el
c) Samaria d) Jerusalén
10. ¿A qué ciudades reconvino Jesús por su incredulidad?
a) Tiro y Sidón
b) Cesarea y Jope
c) Nazaret y Capernaum
d) Corazín y Betsaida
11. Pablo predica a los griegos amantes de la sabiduría en:
a) Efeso b) Atenas
c) Mileto d) Berea
12. Laodicea era una ciudad ubicada en:
a) Asia b) Palestina
c) Siria d) Grecia
13. ¿Qué ciudad fue el escenario del primer milagro del Señor?
a) Silo b) Betesda
c) Caná d) Sicar
14. Nimrod, el primer hombre poderoso de la tierra, fue fundador de muchas ciudades, entre ellas:
a) Babel y Nínive
b) Acad y Susa
c) Erec y Havila
d) Tebas y Babilonia
15. Por causa del pecado de Acán, los israelitas fueron derrotados cuando atacaron la ciudad filisteá de:
a) Asdod b) Beerseba
c) Gaza d) Hai
16. El número de las ciudades de refugio donde podían acogerse los que mataban a otro sin intención era:
a) tres b) seis
c) siete d) doce
17. ¿Cuál era la capital de Persia en los días de Ester?
a) Susa b) Babel
c) Ecbatana d) Asur
18. ¿Cuáles eran las ciudades ubicadas en el extremo norte y en extremo sur de Israel?
a) Cades y y Laquis
b) Tiro y Ascalón
c) Damasco y Gaza
d) Dan y Beerseba
19. ¿Cuál fue la ciudad centro de la actividad religiosa en los primeros siglos de Israel como nación?
a) Bet-el b) Silo
c) Siquem d) Gilgal
20. ¿Qué ciudad fue testigo de la resurrección de Dorcas?
a) Lida b) Azoto
c) Jope d) Cesarea
21. En los comienzos del cristianismo encontramos dos importantes ciudades del mismo nombre, pero que estaban ubicadas, una en Siria y otra en Pisidia. ¿Cuál era ese nombre?
a) Seleucia b) Betania
c) Cesarea d) Antioquía





La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia

Un mártir y un apóstata arrepentido

Simeón, arzobispo de Seleucia, con muchos otros eclesiásticos fueron aprehendidos y acusados de haber traicionado los asuntos de Persia ante los romanos (años previos al 128). El emperador se exasperó y ordenó que Simeón fuera traído ante él. En su presencia, éste defendió la causa de la cristiandad en forma tenaz, por lo que el emperador, ofendido con esta libertad, le ordenó que se arrodillara ante él, como lo había hecho en entrevistas previas. Simeón respondió que, siendo ahora traído ante él como prisionero por la verdad de su religión y por causa de su Dios, no era legal que él se arrodillara.

Fue puesto en prisión y un corto tiempo después le ordenaron que adorara al sol de acuerdo con la costumbre de Persia, junto a otros cristianos. Al rechazar todos esta orden, el emperador los sentenció a ser decapitados.

Usthazares, un eunuco viejo que había sido tutor del emperador y tenía gran estima en la corte, al ver a Simeón ir a prisión, lo saludó. El viejo había sido antes un cristiano y había apostatado para complacer al emperador. Ante el saludo, el condenado lo censuró por su apostasía, a tal punto que el eunuco estalló en lágrimas.

El emperador, sabiendo que su antiguo tutor estaba afligido, le pregunto si deseaba algo que pudiera procurar para él. «Nada de lo que deseara está al alcance en esta tierra. Mi dolor es de otra clase, ya que por complacerlo he negado a mi Dios», dijo el siervo.

El emperador, ofendido con esta respuesta, ordenó que decapitaran a Usthazares. Mientras iba a ejecución, pidió que, como último deseo, se proclamara que no moría por ningún delito contra el estado, sino que, por ser cristiano, no podía negar a su Dios. Esta petición le fue concedida y fue una gran satisfacción para él, ya que su apostasía anterior había causado que muchos siguieran su ejemplo. Ahora, oyendo que él no había muerto por ningún delito sino por su religión, ellos podrían regresar a Cristo.

<http://www.desarrollocristiano.com>

Timoteo y Maura

Timoteo, un diácono de Mauritania, con su esposa Maura, no llevaban tres semanas de casados cuando fueron separados uno del otro por la persecución. Timoteo fue llevado ante Arriano, gobernador de Tebas, que hizo todo lo posible para inducirlo a abrazar la superstición pagana. Percibiendo que sus esfuerzos eran vanos, y sabiendo que Timoteo tenía las Escrituras, el gobernador le ordenó que las entregara para quemarlas, a lo que Timoteo respondió: «Si tuviera hijos, preferiría entregarlos para ser sacrificados, que separarme de la Palabra de Dios». El gobernador, airado con la respuesta ordenó que le sacaran los ojos, diciendo: «Los libros serán inútiles para ti, ya que no podrás leerlos».

Soportó el castigo con tal paciencia que el gobernador se enojó aun más y ordenó que lo amordazaran y colgaran de los pies, con un peso atado en su cuello. Cuando el gobernador se enteró que

era recién casado y que estaba muy enamorado de su esposa, mandó a buscar a Maura y le prometió como generosa recompensa la vida de su marido, si ella lograba que él ofreciera sacrificio a los ídolos. Maura, vacilante en su fe, e impulsada por el amor a su marido, llevó a cabo la impía propuesta.

Ante él, trató de minar su constancia con el idioma del afecto. Cuando le sacaron la mordaza a Timoteo, él le señaló el error de su amor y ratificó su resolución de morir por su fe. Maura seguía, hasta que su marido la censuró tan fuertemente que ella recapacitó y volvió a su fe. El gobernador ordenó que la torturaran, cosa que fue hecha con gran severidad. Timoteo y Maura fueron crucificados uno cerca del otro, en el año 304 después de Cristo.

<http://www.desarrollocristiano.com>

Llevando sacos de arroz bajo la lluvia

Martin y Gracia Burnham, un matrimonio de misioneros estadounidenses, junto a la enfermera filipina Ediborah Yap, resistieron más de un año de cautiverio, trato brutal y marchas forzadas a través de densa jungla, como rehenes de un grupo terrorista musulmán en Filipinas. Al final, sólo Gracia Burnham sobrevivió. Ediborah y Martin murieron cuando los soldados filipinos realizaron una misión de rescate en junio de 2002.

En mayo de 2001, Martin y Gracia fueron secuestrados en un balneario donde celebraban su 18° aniversario de boda. Más tarde, fueron conducidos junto a otros rehenes, entre ellos Ediborah Yap, a la isla Basilan, lugar muy montañoso, cubierto de espesa vegetación.

De los rehenes secuestrados inicialmente por la banda, 15 escaparon o fueron liberados mediante el pago de rescate y tres fueron asesinados. Sólo queda-

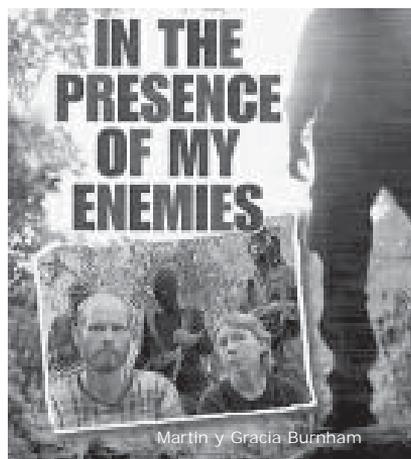
ron Ediborah Yap y los Burnham, a quienes prometieron una libertad que nunca les concedieron.

Yap tuvo varias oportunidades de escapar, pero decidió quedarse y cuidar a los Burnham. Una cinta de vídeo que se hizo pública en noviembre de 2001 muestra el estado de desnutrición en que se encontraban.

Los secuestradores obligaban a Martin a llevar sacos de arroz en la lluvia, lo que le hacía resbalar frecuentemente. Se cayó muchas veces, pero nunca se quejó. «Al anochecer, un guardia encadenaba a Martin a un árbol», dijo Gracia en una entrevista. «Todas las noches, durante un año, Martin le daba las gracias al guardia que le encadenaba y le deseaba buenas noches».

Gracia Burnham relató que estaban descansando cuando empezó el intento de rescate durante un temporal de lluvia. Los dos resultaron heridos inmediatamente, pero cuando ella se acercó a ras-tras hasta donde estaba su marido, se dio cuenta de que las heridas de él eran más graves que las suyas. Martin Burnham murió en brazos de su esposa.

<http://usinfo.state.gov>



Martin y Gracia Burnham

Cómo escapar de los peligros físicos, anímicos y espirituales de la amargura en el matrimonio.



¿Feliz o amargamente casados?

Marcelo Díaz P.

La amargura en el matrimonio es muy común. Cientos de matrimonios que comienzan llenos de felicidad, al cabo de un tiempo terminan separados, con una experiencia muy amarga. Sin embargo, no quiero focalizar la atención sobre ellos, sino sobre aquellos que se atrevieron a continuar, pero que en el transcurso de los años han visto sus vidas deterioradas por una constante tensión.

La vida matrimonial la componen dos personas que deciden amarse para toda la vida. En esta relación, cuando

uno de los dos equivoca el camino mostrando su faceta más egoísta, hace que la otra parte experimente el dolor de la amargura.

¿Qué es la amargura?

¿Qué es la amargura? Según se describe, se asemeja a puntadas en el corazón. Es una molestia permanente. Un sentimiento de incomodidad y desagrado. Un estado emocional en el cual la persona (el cónyuge) siente que no hay nada más que hacer. La angustia, la tristeza, la impotencia, el dolor,

la resignación han llegado a un punto máximo en el cual no hay salida. Es un punto muerto, de soledad y vacío. Es un pozo oscuro en el interior del alma, donde sólo existe dolor. Emociones, pensamientos y voluntad son impregnados de un horrible sabor.

Todos en algún momento hemos sentido en mayor o menor grado amargura; es parte de nuestra humana naturaleza. Pedro, el discípulo de Jesús, experimentó en su carne la amargura; sufrió al considerar su deplorable conducta. Frente al dolor del fracaso, lloró amargamente (Lc. 22:62). Pero albergar raíces de amarguras, esto sí es un problema serio. Tan serio que tiene graves consecuencias, especialmente en la vida espiritual. La amargura, al permanecer, ocupa un lugar en el corazón y se extiende estorbando la operación de la gracia de Dios en la vida del creyente. Por esta causa somos exhortados en la epístola a los Hebreos diciendo: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe y por ella muchos sean contaminados” (Heb. 12:15).

Esta advertencia, “mirad bien”, está llamando a una observación al interior de nuestro corazón, a fin de detectar algún elemento nocivo para la vida espiritual.

Piensen un momento en lo vasto de la gracia Dios. Dios es abundante en gracia, pero ésta puede ser entorpecida en un corazón que cultiva raíces de amargura.

De allí que también Pablo, en la carta a los Efesios, advierte este problema y exhorta a los hermanos dicien-

do: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia” (Ef.4:31).

Una mala elaboración de lo que ocurre en el matrimonio hará que el corazón dé lugar a un sentimiento inapropiado, y pasado el tiempo corre el riesgo de convertirse en una raíz.

Características de la amargura

La amargura tiene tres características que la hacen ser muy perjudicial en la vida de los esposos creyentes.

Primero, tiene un *sustento racional lógico*. Es decir, lo que ocurrió efectivamente es real y racionalmente explicable. Tu mente se armará de un constructo racional que explicará lo que ocurrió, validando tu sentimiento al dolor y dejándote esclavo de dicha situación. De esta manera, la amargura se fortalece sustentada en una explicación racional, de hechos o circunstancias, en los cuales hará que te ubiques en una posición de víctima. Por lo tanto, tus pensamientos dirán: “Él (o ella) fue quien pecó; yo soy inocente”; “Él (o ella) voluntariamente lo hizo; no es suficiente que me pida perdón”, etc.

Segundo, quien haga de oyente a la explicación de tu amargura, *te encontrará la razón*. De manera que si un hermano te escucha, lo más probable es que termine pensando: “Pobrecita(o), la(o) compadezco”; “No me gustaría estar en su pellejo”; “Qué tremenda prueba”; “Tiene toda la razón”, etc.

Tercero, *ningún oyente se atreverá a cuestionar tu relato*, pues si se atreve a contradecir tu argumento, corre el gran riesgo de ser catalogado

como inmisericordioso, mal amigo(a), mal hermano(a) y falto de amor cristiano.

¿Se dan cuenta lo perjudicial que es llenarse de amargura? Es una prisión interna, del corazón, donde no hay lugar para nadie más que para tu dolor. Efectivamente, es ser esclavo de sí mismo, una sutil trampa en la cual los esposos se dejan embaucar, y luego, sin darse cuenta, están atestados de amargura, la que traerá consigo enojo, gritería, y maledicencia. (Ef. 4:31).

Las amigas de la amargura

Ahora bien, como si esto fuera poco, existen por lo menos tres sentimientos asociados, que son como amigas de la amargura, y que participan activamente del proceso.

La primera es la *autocompasión*. Este sentimiento es, en otras palabras, sentirse víctima de los demás. El cristiano comienza a poner los ojos en sí mismo y en el dolor que le embarga, acarreado una suerte de sentimientos hacia sí, de conmiseración, de compasión. Como si el centro de la atención de todo el universo fuese él (o ella). Entonces los pensamientos te dirán: “Pobrecito de mí”, “Siempre me pasa lo mismo”, “Tengo el cielo ganado por sufrir tanto”, “Él (ella) tiene que venir a pedirme perdón”, “Yo no hice nada malo”, etc.

La segunda es el *resentimiento*. La memoria juega una muy mala pasada, puesto que se activa poderosamente en volver a recordar, y por lo tanto a revivir, lo ocurrido. Una y otra vez se ‘re-siente’ todo lo que se vivió en aquella ocasión. Algo así como una me-

moria de elefante viene súbitamente para recordar aún los detalles más escondidos de la situación, trayéndolos a colación una y otra vez. Como rumiando, masticando la amargura y extrayendo de ella todo su amargo sabor. De manera que en cada discusión o desacuerdo sacarás una y otra vez el episodio que tanto te duele, enrostrándolo a tu esposo(a).

La tercera es la *paranoia*. Este es un estado afectivo en el cual se comienza a interpretar la realidad de acuerdo a tu subjetividad, donde se siente que todos se han confabulado en contra de tu persona. Toda la realidad pasa por el filtro de lo ocurrido; por lo tanto, todos participan, de una u otra manera –coludidos– planeando tu destrucción. Así, un esposo(a) celoso comenzará a interpretar las llamadas telefónicas, los saludos de los hermanos(as), las salidas de compra, los horarios, los ruidos, las amistades, etc. ¡Qué tragedia! Todo esto parece una invención, pero lamentablemente es parte de nuestra humanidad.

Ahora, por un momento, piensen en las tres características antes señaladas de la amargura, súmenle sus tres grandes amigas colaborando activamente. Y pregúntense: ¿habrá lugar para la gracia de Dios?

La amargura no sólo impedirá alcanzar la gracia de Dios en tu interior, sino que todos los que estén afuera serán contaminados, especialmente tus hijos, pues de la abundancia del corazón habla la boca. Cuando ha llegado a afectar tu hablar significa que la amargura comenzó a tomar forma en tu interior. De modo que tus pensamientos irán trabajando a favor de sen-

timientos amargos, y pronto tu voluntad asumirá una postura frente a la vida, una actitud de desprecio por ciertas personas, especialmente por quien es el causante de tu dolor. Así toda el alma será presa de sí misma. Posteriormente, tu vida espiritual comenzará a ser afectada, ya no podrás orar tranquilo, ni leer las Escrituras. Te comenzará a molestar la comunión con los hermanos. La vida espiritual matrimonial te disgustará, encontrarás hipócrita a tu cónyuge, perderás cada vez más el gozo de ser esposo(a), y por último, también el gozo de la salvación.

Y como si esto fuese poco, siendo el ser una sola unidad, (espíritu, alma y cuerpo), tu cuerpo también se verá afectado, recibiendo, como último eslabón, el efecto pernicioso de la amargura. Somatizarás enfermedades y dolores difíciles de diagnosticar, que acarrearán una calidad de vida cada vez más pobre y deteriorada. Como, por ejemplo, en la carta de Santiago se exhorta a algunos hermanos que están enfermos a sanarse, llamando a los ancianos de la Iglesia, confesando sus faltas, y perdonándose unos a otros ¿No será que estos enfermos han llegado a este estado por tener raíces de amarguras acumuladas en contra de los hermanos ancianos? (Stgo.5:14-18).

¡Qué triste cuadro, qué penoso llegar a esta condición! Todo por la actitud del corazón.

La necesidad de perdón

¿Querrá Dios vernos llegar a tal estado? Claro que no. Por eso el remedio es uno solo. Para ser libres de

toda esta trampa en la cual el corazón se ha entregado, el perdón es el remedio al corazón que sufre de dolor.

El perdón es un acto simple y sencillo, pero es imposible para la carne. La carne se resiste del todo al perdón y clama por una justicia no según Dios, sino de castigo y venganza.

Un corazón así, primero necesita ser perdonado y luego perdonar. Un esposo(a) cristiano debe reconocer que la posición de su corazón ha estado equivocada, por lo que necesita liberarse de sí mismo y recibir la frescura del perdón. Pedir perdón a Dios por lo equivocado de su corazón. Someter los razonamientos al examen de la Palabra, la cual discernirá los pensamientos y las intenciones del corazón. (Hb. 4:12). Pedir perdón a Dios verdaderamente te hará libre.

Una vez teniendo clara conciencia de tu pecado –aún tu oración muchas veces ha estado teñida de tu egoísmo– estás libre por Cristo para perdonar. Tal vez alguien diga: “Es que yo no puedo perdonar”, y la respuesta ante eso es: “Efectivamente, no puedes perdonar”. Por eso es que necesitas a Cristo; en Él se nos ha dado una vida diferente, la vida eterna por medio de la cual somos vencedores.

Cristo es nuestro perdón, y es también quien perdona. La vida de Cristo opera a través de la nuestra, ofreciendo el perdón a quien, incluso –según nuestro perturbado juicio– no lo merece. Así de grande es la bendita obra de Cristo. Haz un cambio en tu oración. No ores más: “Padre, ayúdame a perdonar”, sino “Padre, dame más de Cristo”.



No perdidos, sino dados

Un joven soldado, herido en una batalla, oía al cirujano hablarle tiernamente: “Usted va a quedar bien, hijo. Lo único malo, es que usted perdió una pierna”. Pero, dice con dificultad el soldado: “Yo no la perdí; yo la di”. Profundamente tocada por tal experiencia, una joven misionera que había sido hecha prisionera durante la Segunda Guerra Mundial en un campo de concentración, escribió en su Diario: “Los mejores años de mi vida no están perdidos, sino fueron dados al Señor. Dados, no a una organización, no a una causa, ni siquiera al campo misionero, ¡sino a ÉL! Por tanto, es justo que él me ponga aparte si lo quisiera. Tal vez él realmente querrá los años restantes, tal vez no, pero ¿no puedo confiar en su sabiduría y su misericordia?”

“À Maturidade”

Atrapado por unas piedrecillas

Los nativos de Indonesia tienen una buena fórmula para atrapar monos en la selva. Ellos saben que los monos no se separan nunca de aquello que quieren, aunque les cueste su libertad. En uno de los extremos de un coco hacen un agujero más o menos del tamaño como para que el mono pueda meter su garra adentro. Después meten dentro del coco unas piedrecillas y se ocultan entre las malezas con una red.

Tarde o temprano, movido por la curiosidad, se acerca un mono, que agarra el coco, lo sacude, y para ver qué hay dentro, mete la garra por el agujero. Entonces palpa hasta tocar la piedrecita, pero cuando quiere sacarla, se da cuenta que

no puede sacar la garra sin soltar la piedrecita.

Como el mono no suelta la piedrecita, resulta muy fácil atraparlo.

Así también, hay personas que por aferrarse a unas cuantas piedrecitas dentro de un coco, no pueden ser libres.

*El Contrabandista de Dios,
el Hermano Andrés*

Bien hablada

Un niño le dijo una vez a su madre:

– Mamá, tú nunca hablas mal de nadie. Hasta serías capaz de hablar bien de Satanás.

– Bueno, hijo, bien podríamos imitar su perseverancia.

*200 anécdotas e ilustraciones
por D.L. Moody*

El común denominador

¿Qué cualidad admirable es común a los titíes, los siamangs, los caballitos de mar y las jacanas? Aquí tienes las pistas. Los titíes son monos del tamaño de las ardillas. Los siamangs son miembros de las familias de los simios. Los caballitos de mar en realidad no son caballos. Y las jacanas son pequeñas aves zancudas, a las que a veces se les llama “trotadoras de los lirios” porque sus largas patas les permiten caminar por el agua sobre las hojas flotantes de los lirios de agua.

Se te acabó el tiempo. He aquí la respuesta que busco: el *macho* de cada una de estas especies cuida a las crías. Me gustaría que se pudiera decir lo mismo de todos los padres cristianos sobre el cuidado espiritual de sus hijos.”

MRD II, en Nuestro Pan diario

Nueve evidencias bíblicas de que el diluvio fue global.



¿Afirma la Biblia que el diluvio cubrió toda la tierra?

Mark Van Bebber y Paul S. Taylor

Algunos maestros cristianos de hoy están afirmando que el diluvio de Noé no cubrió la tierra entera ni todas las montañas. Más que eso, ellos afirman que Noé y los animales flotaron en un mar interior poco profundo y temporario causado por el diluvio, de algún modo cubriendo sólo la región de Mesopotamia. Así, ellos deben afirmar que la población humana entera de la tierra se limitó a ésta

área, o que no todos los humanos fueron muertos en el diluvio. ¿Hay realmente evidencia bíblica para las afirmaciones de esta naturaleza?

Todas las montañas fueron cubiertas

Las cimas de todas las altas montañas bajo los cielos estaban por lo menos 6 metros bajo la superficie de las aguas (Génesis 7:19-20). Sería absurdo pensar

que un diluvio que cubre las montañas más altas del Medio Este no afecten el resto del mundo. ¡Además, las aguas permanecieron imponentemente a esta altura, cubriendo las montañas, durante cinco meses! (Génesis 7:18-24, 8:1-5).

El arca era inmensa

El arca fué necesaria para prevenir la extinción de los humanos y animales. Si el diluvio hubiera sido meramente local, Dios los hubiera enviado a una parte más segura del mundo. Dios le advirtió a Noé sobre el Diluvio 120 años antes de que empezara. Ciertamente, Noé y su familia hubieran podido viajar una gran distancia en ese lapso de tiempo. También, si el Diluvio hubiese sido local, el arca era innecesariamente grande. Hasta que las primeras naves de metal se construyeran en tiempos modernos, el arca era la nave más grande jamás construida. Era lo suficientemente grande para alojar pares representativos de cada tipo creado de animales que respiran aire, animales de tierra sobre la tierra.

Los humanos poblaron el mundo entero

Después de más de 1600 años de vivir en la Tierra, la población del planeta era ciertamente grande (millones o billones). La Biblia confirma que: (a) El Hombre se había multiplicado en la faz de la Tierra (Génesis 6:1), (b) La violencia y la corrupción llenó la Tierra (Génesis 6:11-12). La Biblia es clara al mencionar que el hombre solo no hubiera podido existir en la región de Mesopotamia - una región demasiado pequeña para apoyar a semejante población, sobre todo considerando la dispersión natural que afecta a una sociedad violenta.

Todos los humanos fueron muertos

La Biblia enseña claramente que toda

carne murió ... cada hombre (Génesis 7:21). Génesis 9:1 confirma que sólo la familia de Noé fue salvada y que cada persona que vive hoy descende de su familia.

Todos los animales que respiran aire, animales de tierra, murieron

La población entera del mundo de los animales que respiran aire, animales de tierra, murieron, excepto aquellos que fueron tomados en el arca (Génesis 7:21) - *«todo en la tierra»* (Génesis 6:17) - *«todas las criaturas vivientes de cada tipo en la tierra»* (Génesis 9:16). Si sólo aquellos animales en una situación geográfica específica se murieran, parecería innecesario para Dios proteger pares en el arca para el expreso propósito de prevenir su extinción. Ciertamente hubiera habido representantes de sus tipos en otras áreas. Si, de otra manera, hubiera habido algunos tipos únicos de animales en el área del diluvio local, entonces parecería más lógico para Dios mandar pares representativos fuera de esa área, en lugar de llevarlos al arca, como Él hizo. La Biblia demuestra que todos los animales que respiran aire, animales de tierra, perecieron en el diluvio, excepto aquellos que fueron conservados con Noé - de los cuales todos los animales modernos descienden.

Un “cataclismo”, no un pequeño diluvio

Ambos idiomas, el hebreo (Antiguo Testamento) y el griego (Nuevo Testamento) usan palabras para describir el diluvio de Noé, las cuales son diferentes que las palabras ordinarias usadas para “diluvio”. De esta manera, el diluvio de Noé fué representado como de ocurrencia totalmente única. [Hebreo / «Mabbool» - Griego / «Kataklysmos» (cataclismo)].

La promesa de Dios del arco iris

Dios prometió que nunca más enviaría de nuevo un diluvio global (Génesis 8:21, 9:8-17). Esta promesa es demostrada por el símbolo del arco iris, una señal de la promesa de Dios para toda la tierra. El arco iris es una señal para cada criatura viviente, humanidad y animales. Si esta promesa no hubiera sido hecha a todas las criaturas sobre la tierra, entonces Dios habría roto su promesa. Los diluvios locales han matado repetidamente centenares e incluso a miles de humanos y animales desde el tiempo de Noé.

¿Por qué quedarse en el arca un año?

Noé estuvo en el arca por más de un año, no solamente 40 días (Génesis 8:14). 53 semanas son absurdamente largas para quedarse subsecuentemente en el arca por un diluvio local, porque hubiera habido tierra seca justo por encima del horizonte. Después de que las aguas del diluvio habían estado bajando durante 4 meses, la paloma todavía no podía encontrar buena tierra (Génesis 8:9). Esto no parece encajar las circunstancias para un diluvio local en el cual la paloma podría volar hacia tierra seca. Sin embargo, estas situaciones son consistentes si el diluvio era global.

La tierra entera fue devastada

Dios dijo: «*Y he aquí que yo los destruiré (las personas) y la tierra*» (Génesis 6:13b). ¡Se hace referencia más de 30 veces a la magnitud global del Diluvio en Génesis 6-9! En Isaías 54:9, Dios declara: «*Yo juré que nunca más las aguas de Noé cubrirían de nuevo la tierra*».

Pedro entregó una advertencia global clara, confirmando que Dios creó la tierra, la destruyó con el diluvio, y un día la destruirá de nuevo con fuego (2 Pedro 3:5-7). Pedro no quiso decir ciertamente que solamente un área local en la tierra se quemaría. Así como el diluvio fue global, también lo será el juicio final.

La Biblia enseña específicamente que el diluvio en el tiempo de Noé fue global en magnitud y que todos los animales que respiran aire, animales de tierra, y todos los humanos, fueron muertos, excepto aquéllos que fueron conservados en el arca. ¿Cómo podría estar la Biblia más clara acerca de la naturaleza global del Diluvio? O, si éste realmente hubiera sido un diluvio local, ¿cómo pudo ser la Biblia tan incierta sobre su magnitud?

*Traducción: Juan Carlos Telchi,
http://www.christiananswers.net*



Respuestas correctas de “¿Cuánto sabe de la Biblia?”

1 A, 2 C, 3 C, 4 C, 5 B, 6 B, 7 D, 8 A, 9 D, 10 D, 11 B, 12 A, 13 C, 14 A, 15 D, 16 B, 17 A, 18 D, 19 B, 20 C, 21 D.

Calificación: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.



Desarrollar el poder y el significado de la cruz para todo lo que tiene que ver con la vida es la clave de la salud a largo plazo y de la plenitud de la iglesia cristiana. Descubrir la plena trascendencia de la cruz es la mejor decisión que puede tomar un responsable de la iglesia.

Mark Shaw, en 10 grandes ideas en la historia de la Iglesia

La naturaleza nunca me enseñó que existe un Dios de gloria y de infinita majestad. Tuve que aprenderlo de otras formas. Pero la naturaleza le otorgó a la palabra gloria un significado para mí. Aún no sé en qué otro lugar podría haberlo encontrado. Desconozco cómo el temor de Dios podría haber significado para mí algo más que un pobre esfuerzo prudencial por tener seguridad si nunca hubiera visto ciertos barrancos siniestros y peñascos inalcanzables.

C.S. Lewis, en Los cuatro amores

Hablamos fuertemente de nuestras naciones cristianas, de nuestros sueños socialistas, de comunidades y estados ideales que serán esencialmente teocráticos. Pero esto jamás sucederá mientras no venga el mismo Señor Jesucristo para establecer su reino con autoridad y poder divino. Y cuando él venga hallará al mundo y sus gobernantes, no en actitud de bienvenida y adoración, sino como rebeldes dispuestos a pelear con él.

A.B. Simpson, Mateo

Uno de los problemas actuales del cuerpo de Cristo es que son demasiados los cristianos que han sido oyentes pasivos durante demasiado tiempo. Esa es la

razón por la cual, después de cuarenta años de ser creyentes, se niegan a hacerse cargo de un estudio bíblico o a dirigir una clase; es que “no conocen suficientemente la Palabra de Dios”. ¿Dónde han estado estas últimas cuatro décadas?

Charles Stanley, en Cómo escuchar la voz de Dios

Madre querida: de veras ruego a Dios que te muestre que es un privilegio muy grande el ceder un hijo para ser usado por Él para la salvación de pobres pecadores que jamás han oído siquiera el nombre de Jesús. Dios te bendiga, madre queridísima, yo sé que él lo hará y tornará tu pesar en gozo.

Charles T. Studd, en C.T. Studd, deportista y misionero, por Norman P. Grubb

La Palabra de Dios aprisiona; mas ella no está presa. Andábamos errantes, enajenados de Dios. Nos amarra a él. Nos amarra por su influencia. ¡Hacer presa la Palabra de Dios! La Biblia dice que es una espada. ¿Se puede amarrar una espada? ¿No cortará los cordones con que procuran amarrarla? ¡Apresar la Palabra de Dios! La Biblia la llama luz. ¿Se puede apresar la luz? ¿tendrá respeto a las cuerdas y vínculos? ¿Se puede guardar en un cuarto? ¿Se puede prohibir que brille? Penetra por todas partes. El evangelio se extenderá; el hombre no puede estorbarlo. Si se puede amarrar una espada; si se puede amarrar la luz, entonces se puede amarrar también la Palabra de Dios.

Wong Tsin Chong, citado en En A.J. Gordon, su vida y su obra, de Ernesto B. Gordon

¡Palillo al colegio!



Queridos amiguitos:

Para los que vivimos en Chile, las vacaciones de verano terminaron. Quiero contarles que lo pasé suuuúper bien.

Y ustedes, ¿cómo lo pasaron? ¿Bien? ¡Qué bueno! Entonces, ahora que estamos más descansaditos, podemos volver a la escuela a estudiar otro año más. ¡Que el Señor nos guarde y nos dé mucha inteligencia y sabiduría, para que todos pasemos de curso!

Ahora quiero contarles una historia que descubre el misterio de dónde nacieron los idiomas. Y es...

La Torre de Babel (Génesis 11)



Noé, su esposa, sus hijos, nueras y nietos, todos en ese tiempo, hablaban un mismo idioma.

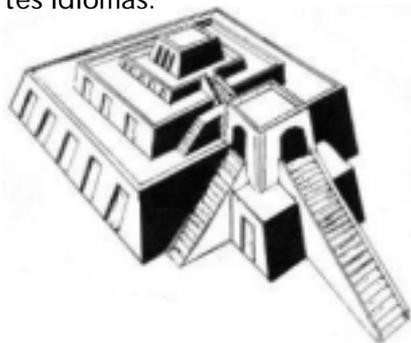
Muchas de las personas no hicieron lo correcto delante de Dios y se portaron igual que antes del diluvio. Ellos vivían todos juntos en un mismo lugar.

Entonces se les ocurrió hacer una enorme torre de ladrillos que llegara hasta el cielo, para que todos vieran lo poderosos que eran.

¿Te das cuenta que ya otra vez los hombres estaban desobedeciendo a Dios? El les había dicho que habitaran en toda la tierra y que la cuidaran.

Dios miraba desde el cielo lo que los hombres estaban haciendo y su corazón no estaba

contento, porque sabía que nadie los detendría, y seguirían construyendo la torre. Así es que descendió e hizo que ellos comenzaran a hablar diferentes idiomas.



Esto los enojó mucho, porque nadie entendía lo que el otro decía, así es que dejaron de trabajar juntos y la torre quedó sin terminar.

La ciudad se llamaba Babel, que significa «confusión».

Finalmente, los que pudieron entenderse algo se fueron a otra parte, y así la gente se esparció por toda la tierra.

Ahora ya saben, amiguitos, de dónde nació el inglés, el francés, el alemán y todos los idiomas que existen en la tierra.

Te invito a que sepas cómo se dice «Jesucristo es el Señor» en algunos idiomas.

¿Sabías tú...?



«Jesucristo es el Señor»
se escribe así en...

Inglés

Jesus Christ is the Lord

Francés

Jésus-Christ est le Seigneur

Alemán

Jesus Christus ist Herr

Italiano

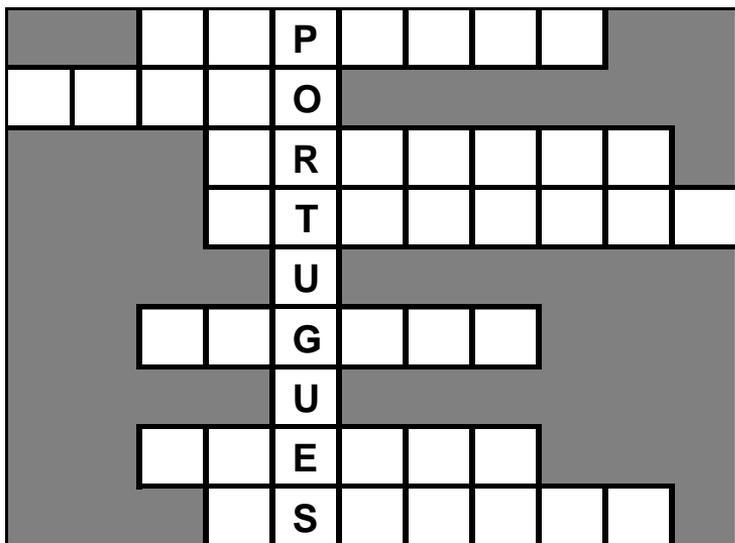
Gesú Cristo è il Signore

Portugués

Jesus Cristo é o Senhor

¡ A jugar !

Completa este crucigrama con los idiomas que se hablan en Francia, China, Canadá, Italia, Alemania, Argentina y Japón. Te damos una pista: en Brasil y Portugal se habla portugués.



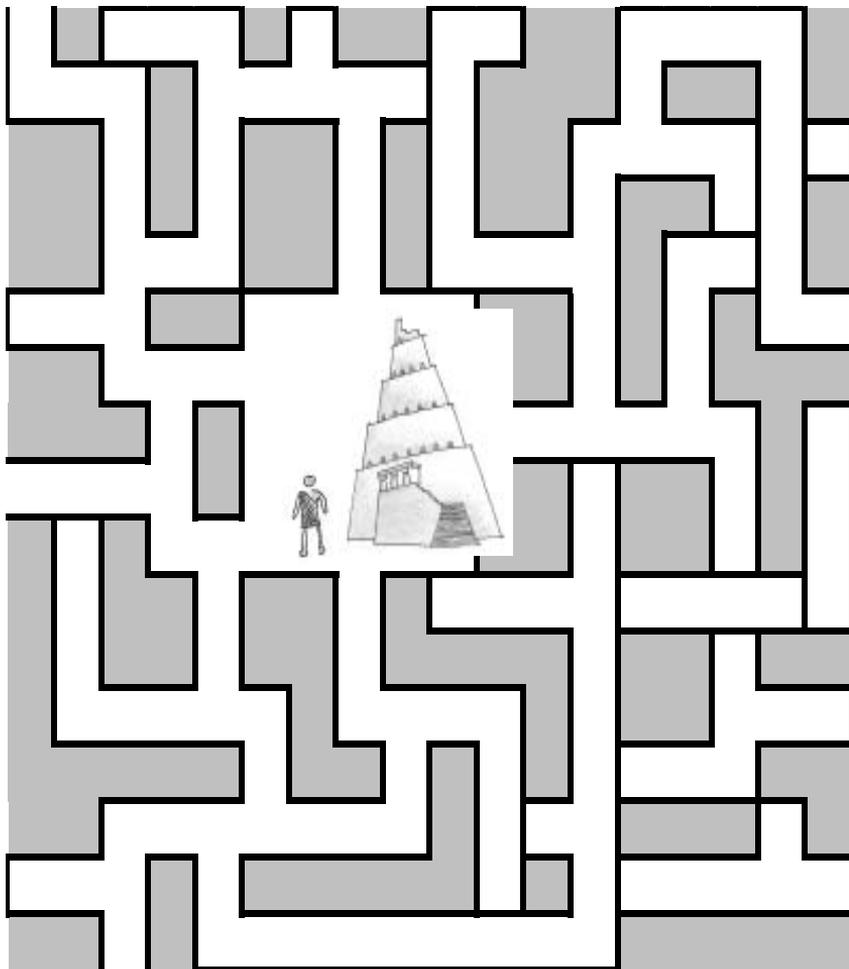
Concurso

Recuerda que aún puedes enviarnos tres moneditas de Tesoros que aparecieron en la edición pasada para participar en el sorteo de las libretas de Palillo.



Laberinto

Ayuda a este hombre babilonio a encontrar los 4 caminos para alejarse de Babel.

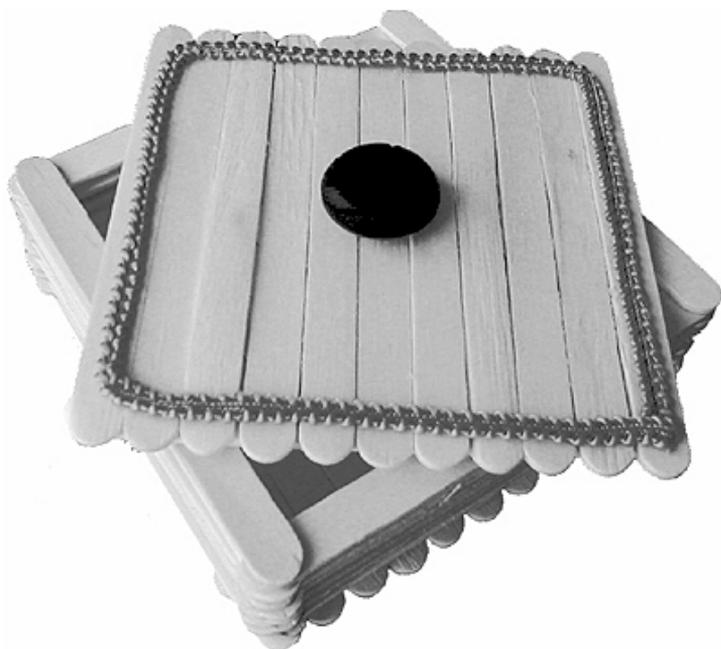


Manualidades

El trabajo que haremos esta vez, es una cajita muy fácil de realizar y muy económica. En ella podrás guardar lápices, gomas, sacapuntas, o lo que tú quieras.

Necesitas:

- + 60 palitos de helados
- + Pegamento (cola fría, silicona líquida)
- + Un botón
- + Un trozo de cordón o pasamanería

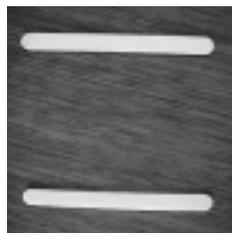


Trabajo terminado

Instrucciones:

1

Sobre tu mesa, coloca dos palitos de helado en forma horizontal.



2

Sobre estos dos, pega 11 palitos para formar el fondo de la caja.



3

Pega sobre esta base, los palitos de helado superponiendolos tal como te mostramos en las fotos 3 y 4.



4



5

Repite los pasos 1 y 2 para formar la tapa, a la que le pegarás el botón y la pasamanería para decorarla.



Textos: Luisa Leiva. **Diseño:** Dámaris Apablaza, Andrés Contreras, Rocío Soto, Carolina Bustamante.

SOMOS VALIOSOS PARA DIOS

Somos seres creados a imagen y semejanza de Dios. Nuestro Padre espera que vivamos para él y que todo lo que hagamos, lo hagamos para él. No pensemos que no podemos desarrollarnos completamente o que hay algo para lo que no estamos capacitados. El Señor nos ha dado dones espirituales, intelectuales, emocionales y físicos para que podamos servirle a él en TODO y con todo nuestro ser (espíritu, alma y cuerpo) y no sólo cuando seamos adultos, sino desde que tenemos la capacidad de reflexionar y tomar decisiones, optando por el Señor desde temprana edad (1 Timoteo 4:12).

Si ésta es nuestra decisión, sentiremos su respaldo y apoyo, su amor y consejo, su protección y consuelo.

Dios nos ama, y la mejor demostración de ello es que su Hijo vino por nosotros, entregando su vida. En nuestras vidas tenemos y tendremos muchas dificultades, confusiones, conflictos, pérdidas, dolores y frustraciones, pero siempre podremos recurrir a él. Y aunque en su momento nos parezca difícil, debemos saber que estas situaciones nos capacitan y de ellas también tenemos algo que aprender.

Si nos sentimos debilitados y no queremos asumir nuestras responsabilidades como estudiantes y como hijos, no olvidemos que esto tendrá un costo en nuestras vidas y las opciones de estudio, trabajo, etc. serán para nosotros limitadas ahora y a futuro. Cuando esto ocurra y sientas que no tienes valor, te sientas aislado y fracasado, no olvides que Dios te capacita, que eres semejante a él. Busca su socorro y encuentra el justo equilibrio. No te sientas más ni menos de lo que eres: ¡UN HIJO DE DIOS!

NINGUNO TENGA EN POCO TU JUVENTUD.



¿CÓMO ESTUDIAR MEJOR?

Les quiero contar que mi amigo y yo hemos estado hablando este tema estos últimos días, y la verdad es que estoy un poco preocupada porque él me contó que está sin ganas de enfrentar este nuevo año escolar.

Él me dijo que sus intereses no se encuentran precisamente en los estudios, sino en los deportes y la música, y que su tiempo libre prefiere pasarlo con sus amigos en vez de estudiar. Yo pienso que es bueno que nos recreemos, hagamos deportes y tengamos amigos, porque así nos desarrollamos, y el Señor se alegra en esto; pero también sería bueno que tengamos en cuenta que es ahora cuando estamos preparados y llenos de energía para adquirir nuestros conocimientos, valores y sabiduría.

Cuando comienza un nuevo año escolar, la mayor preocupación de todo estudiante son las calificaciones. Los resultados de los exámenes revelan las áreas fuertes y débiles de cada uno de nosotros. Sin embargo, el estudio no implica sólo acumular buenas calificaciones, sino desarrollar nuestra capacidad para pensar y sacar conclusiones razonadas y prácticas de simples datos y poder utilizarlos en cualquier momento de nuestras vidas.

Si nos acostumbramos a obtener buenas calificaciones usando medios poco honrados (adivinar, copiar, o estudiando a última hora), nunca aprenderemos verdaderamente a pensar. Por ejemplo, ¿de qué serviría obtener excelentes calificaciones en matemáticas copiando, si después no podremos cuadrar nuestro propio presupuesto?

«El alma del perezoso desea, y nada alcanza, mas el alma de los diligentes será prosperada» (Pr. 13:14).

Por lo general los bajos rendimientos escolares se deben a la pereza, la poca estimulación personal y los malos hábitos de estudio.



CONSEJO

¿Qué hacer en este caso? Orar a Dios para que nos estimule por intermedio de su Espíritu Santo, porque «DIOS ES EL QUE EN VOSOTROS PRODUCE ASI EL QUERER COMO EL HACER POR SU BUENA VOLUNTAD» (Filip. 2:13).



Quizá tengamos que hacer como el apóstol Pablo, que ponía su cuerpo en servidumbre para alcanzar sus metas (1ª Corintios 9:27), y tengamos que ser más estrictos con nosotros mismos, especialmente si nos gusta ver demasiada TELEVISION.

«El insolente busca sabiduría y no la encuentra; para el inteligente, el saber es cosa fácil» (Pr. 14:6).

Para estudiar, busquemos un lugar cómodo y libre de distracciones, y dediquemos un tiempo diario.

Asumamos con responsabilidad y organización los estudios, especialmente aquellas áreas más difíciles (haciendo esto nos sentiremos satisfechos con los resultados, sabremos que dimos lo mejor).

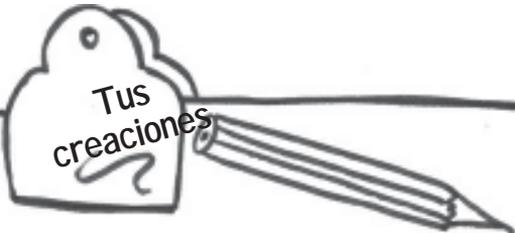
Mantengamos una actitud positiva y activa, pidamos apoyo y orientación. Un amigo, un compañero, nuestros padres, estarán dispuestos a repasar la materia, hacernos preguntas o escuchar lo que hemos aprendido.

Si fracasamos después de esforzarnos, puede ser humillante, pero esta humillación ante el fracaso puede valer la pena si nos ayuda a aprender de nuestros errores y mejorar.

Por último, seamos honrados con nuestros padres, no esperemos hasta el último momento para contarles nuestras dificultades o bajas calificaciones. Ellos tienen derecho a saber cómo vamos, y tienen el deber de apoyarnos y guiarnos.

«Oye hijo mío la instrucción de tu padre, y no menosprecies la dirección de tu madre».

Lectura Recomendada: Proverbios 2: 1-6.



Tus
creaciones

GRANDE AMOR

Señor tu siempre me has amado;
en momentos difíciles, aflicciones,
tu mano poderosa sobre mí se ha posado.

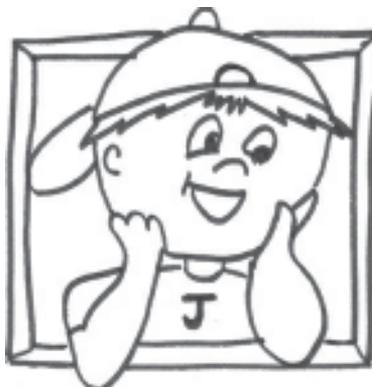
Fiel eres a tu pueblo oh Señor,
nunca olvidas a tus hijos,
y los guardas con gran sabiduría y eterno amor.

Amor que demostraste en la cruz
donde salvaste mi vida,
que hoy bendices con tu maravillosa luz.

Tu amor ha llenado mi vida,
y me hace sentir bien,
porque es puro, transparente y sin mentira.

Grande, sin duda, Señor, es tu amor;
amor tan inmenso y sin condiciones
que ha penetrado para siempre mi corazón.

Cristian Vera Salamanca



CONTACTÉMONOS

Envíanos tu e-mail a :
Despertar_aguasvivas@hotmail.com
O escríbenos a :
Ainavillo N° 2145 Dpto. 202.
Padre las Casas, Temuco, Chile.

¡Hola! Soy Nicolás Mendoza Valenzuela, tengo 12 años. Vivo en la localidad de Pitrufquén, 30 Km. al sur de Temuco.

Soy un niño cristiano. Mis padres también son creyentes, pero mi hermano no; bueno, yo eso lo dejo en manos del Señor.

En la Iglesia toco la guitarra, mi papá toca el teclado y mi mamá no toca ningún instrumento: sólo le canta a su Señor.

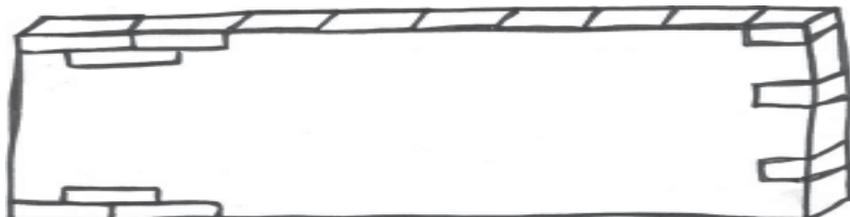
Un mensaje para ustedes:

Como hijo del Señor, les digo que cuando estén aporreados, enfermos, etc. oren al Señor porque él resolverá los problemas y les sanará de toda enfermedad. También les digo que amen al Señor como yo lo amo a él, que le oren, le exalten y le canten alabanzas. Esas son algunas cosas que pueden hacer por nuestro Señor Jesucristo.

Bueno, como somos hijos de un mismo Padre siempre estaremos en contacto.

Les bendice su hermano,

Nicolás.





Observa bien los dibujos y descubre las 25 diferencias



Equipo redactor: Claudio Fuentealba, Casandra Gómez, Ana Luisa Garrido.
Colabora en esta edición: Betty Peña.

bocetos

Para jóvenes dispuestos a servir

El joven cristiano y el mundo

Es necesario distinguir entre el mundo como sistema y las personas que están en el mundo.

En este número hemos querido abordar la relación entre el joven cristiano y el mundo. A veces como jóvenes nos vamos a los extremos. Por un lado, probar todo lo que ofrece el mundo, su cultura, su diversión, también sus pecados, pensando que no afecta tanto la vida cristiana. Por otro, hay jóvenes que caminan como santurriones, que no comparten con sus compañeros de trabajo o estudio, que se encierran tanto en la iglesia que parecen ermitaños.

Creemos necesario hacer la diferencia entre el mundo como sistema y las personas que están en el mundo.

El juicio que el Señor hace sobre el mundo es lapidario. *"No améis el mundo, ni las cosas que están en el mundo"* (1ª Juan 2:15). *"El mundo entero está bajo el maligno"* (1ª Juan 5:19). El mundo como sistema está corrompido completamente, porque está gobernado por Satanás. No sólo lo feo del mundo sino también lo que a simple vista parece aceptable, la política, la ciencia, la religión.

Por otro lado, el Señor ama a los pecadores, así como nos amó a nosotros, tanto como para morir en la cruz para salvarnos. El Señor Jesucristo dijo: *"Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo"* (Juan 17:9). *"No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo"* (Juan 17:16).

Como creyentes, debemos rechazar la influencia negativa del mundo, pero tenemos que mostrar una actitud de amor y servicio para con los que nos rodean. Así, con nuestras palabras y acciones daremos un buen testimonio del Señor Jesús.



*jovenesavivas@hotmail.com

La influencia del mundo

¿Cuánta televisión debería ver? ¿Está bien ir al cine? ¿Hacen mal los videojuegos violentos? Éstas son preguntas muy frecuentes de los jóvenes cristianos. Y muy importantes también, ya que los niños y adolescentes gastan de 3 a 6 horas diarias en estas formas de entretenimiento. ¿Qué dice la Biblia?

La Biblia es muy clara en diversos asuntos como las relaciones sexuales antes del matrimonio, el beber en exceso, el homicidio, etc. pero no se refiere abiertamente al entretenimiento. La Biblia no dice "no debes ver televisión o están prohibidos los videojuegos", pero con la ayuda del Espíritu Santo podemos obtener principios que respondan a nuestras preguntas. Veamos dos principios que nos serán de mucha ayuda.

1. La basura produce basura.

Lo que ponemos en nuestra mente afecta lo que pensamos y lo que hacemos. La Biblia dice: *"Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él"* (Proverbios 23: 7). O como alguien escribió: "El hombre se convierte en lo que piensa todo el día". Si te alimentas de basura, el resultado final no puede ser otro que basura. Si

te llenas la cabeza de cosas impías, contrarias a la fe de Jesucristo, a través de la televisión, películas o Internet, sólo cosecharás pecado y se afectará tu relación con Dios.

2. Pensar en lo bueno

El apóstol Pablo nos aconseja sobre cuales deberían ser los pensamientos de un creyente. En Filipenses 4:8, él escribe: *"Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad"*. Podemos encontrar algo bueno o interesante en la televisión o en las películas, pero será insuficiente para mantener la pureza de nuestra mente.

Como jóvenes creyentes, necesitamos llenarnos del Señor siempre. Alimentarnos de su Palabra. Pedir en oración el discernimiento que sólo proviene del Espíritu Santo, para decidir hasta dónde conviene ver televisión, qué películas podemos ver, qué páginas de Internet podemos visitar. En resumen, una comunión diaria con el Señor Jesucristo.





Aprendiendo a testificar

Después que fui salvado, comencé a amar a los pecadores de forma espontánea, y deseaba que ellos se salvaran. Con ese fin empecé a predicar y a dar testimonio entre mis discípulos. Sin embargo, tras un año de trabajo, nadie se había salvado. Pensé que el problema estaba en mi manera de explicarles el evangelio. Aunque yo tenía mucho que hablar acerca del Señor, a mis palabras les faltaba el poder para mover a los oyentes.

En este tiempo, me encontré con una misionera occidental, la Srta. Groves, quien me preguntó el número de personas que yo había traído al Señor tras mi salvación. Con vergüenza admití que, aunque había predicado a mis discípulos, no quisieron oír, y cuando escuchaban, no creían. Cuando rehusaban oír, yo creía que había cumplido mi trabajo, y ellos tenían que asumir las consecuencias. Ella me habló con franqueza: «Eres incapaz de llevar a las personas al Señor porque hay algo sin

solucionar entre Dios y tú. Pueden ser pecados sin confesar, o asuntos pendientes con alguien».

También me preguntó acerca de la manera en que yo testificaba. Yo escogía a las personas al azar y les hablaba, sin tener en cuenta si estaban oyendo o no. Ella me dijo: «Esa no es la manera correcta. Tienes que hablar primero con Dios, antes de hablar a las personas. Haz una lista de nombres y pregúntale a él por quién debes orar. Ora diariamente, mencionándolos por sus nombre. Entonces él te dará la oportunidad, y tú les hablarás».

Después de esa conversación, empecé a tratar con mis pecados haciendo restitución inmediata y pagando mis deudas, reconciliándome con mis discípulos, y confesando mis ofensas. Anoté en mi cuaderno los nombres de aproximadamente setenta compañeros y empecé a orar diariamente por ellos, mencionando sus nombres. Oraba a toda hora e incluso en clase, silenciosamente. Cuando la oportunidad surgía, yo les daba testimonio e intentaba persuadirlos a creer en el Señor Jesús. Mis compañeros a menudo hacían chistes cuando me veían venir: «Ahí viene Don Predicador. Vamos a escuchar su predicación», aunque en verdad no tenían intención de escuchar.

Llamé de nuevo a la Srta. Groves y le dije: «He seguido sus instrucciones totalmente, pero todavía no ha habido resultado». Contestó: «No te desanimes. Sigue orando hasta que algunos se salven». Seguí orando. Cuando la oportunidad se presentó, compartí mi testimonio y les prediqué el evangelio. Gracias al Señor, después de varios meses, se salvaron todos menos uno de las setenta personas cuyos nombres estaban en mi cuaderno.

¿Qué quiere Dios para mi vida?



Es natural querer conocer cuál es la voluntad de Dios en algunos asuntos específicos, como: qué quiere Dios que yo estudie, o en qué quiere que yo trabaje, si él quiere que me case y con quién, o en qué quiere que le sirva, etc. No resulta fácil tomar decisiones sobre temas tan importantes.

Hay decisiones en que —si conocemos la palabra de Dios— no necesitamos consultar sobre ellas, como por ejemplo: obedecer o no a nuestros padres, casarme o no con una persona inconversa, etc. La Biblia es muy clara en estos temas.

Quizás pensamos que Dios no está preocupado por nosotros. «Soy tan insignificante ... Él tiene tantas cosas más importantes en que ocuparse».

Pero no, él siempre nos tiene presentes, nos ama tanto que quiere participar en todas nuestras decisiones.

Una vez que sabemos que Dios quiere participar en nuestra vida, y que tiene una voluntad perfecta para nosotros, debemos permitirle que actúe, y estar dispuestos a aceptar su voluntad.

¿Cómo saber si lo que hago es la voluntad de Dios? Él no nos va a hablar directamente, no va a enviar un ángel o una paloma con un mensaje. Él nos da recursos que podemos utilizar para tomar una decisión correcta, o para confirmar si lo que hacemos es o no su voluntad. Uno de ellos es la oración. Jesús siempre oró para conocer la voluntad del Padre, y nos dejó un ejemplo de oración en la cual se pide que ésta sea hecha (Mateo 6: 8-13).

Es muy importante el escudriñar y conocer las Escrituras, ya que nos evitará buscar consejo o tener dudas sobre cosas que Dios deja muy en claro a través de su palabra (Juan 6: 68).

Debemos buscar además el consejo sabio de creyentes maduros en la fe (padres, pastores, hermanos de buen testimonio en la iglesia). El consejo es más objetivo, ayuda a superar la falta de experiencia y a no tomar una decisión puramente emocional (Prov. 15: 22).

Las circunstancias a menudo nos ayudan a saber si lo que queremos hacer es realmente la voluntad de Dios. Él nos permite o nos prohíbe realizar ciertas cosas a través de las circunstancias (Romanos 1: 13).

Debemos estar conscientes de que la voluntad de Dios es, por lo general, contraria a la nuestra, así es que dispongámonos a aceptarla aunque no nos guste, porque Su voluntad es perfecta.

Las palabras de crítica inesperadas pueden ser tan dolorosas para el alma como las ofensas físicas lo son para el cuerpo. Una vez que las has recibido, comienzas a experimentar una agitación extraña en tu corazón. Nos quedamos inmóviles, sin pronunciar palabra, mientras la persona que nos hirió se va. ¿Qué podemos hacer? La Palabra de Dios nos muestra una forma de salir victoriosos.

Primero, pidamos la ayuda de Dios, como hizo David: *«Jehová Dios mío, en ti he confiado; sálvame de todos los que me persiguen y líbrame»* (Salmo 7:1). Nuestra primera acción debería ser buscar a Dios. Si la situación no te permite alejarte para tener un momento de oración, simplemente di en silencio: «Señor, ayúdame a reaccionar de la manera que te agrada a ti».

Aprendamos a controlar nuestra boca. Muchas veces, las palabras de autodefensa son las primeras que cruzan por nuestra mente. Sin embargo, el Salmo 34:13 nos advierte: *«Guarda tu lengua del mal y tus labios de hablar engaño»*. Entonces, ¿qué decir? Debemos responder con amor. Jesús dijo: *«Oisteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, hacer bien a los que os aborrecen, y orad por lo que os ultrajan y os persiguen»* (Mateo 5:43-44).

Cómo enfrentar la crítica

Escuchemos la suave voz de la guía de Dios, antes de responder una crítica.

No busques venganza, a pesar de lo tentador que pueda parecer. Cuando tu carga ha sido comunicada a Dios en oración, debes esperar en él. *«Mía es la venganza y la retribución»* (Deuteronomio 32:35).

Es necesario perdonar aunque no recibamos una disculpa. *«Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial»* (Mateo 6:14).

Una vez que hemos perdonado, hay un paso final importante. Debes detenerte y preguntarte a ti mismo: ¿Fue cierta alguna de las críticas o acusaciones? A veces son el producto de la ira o de la frustración, pero también pueden ser reales. Dios podría estar usándolas para atraer tu atención hacia un área problemática de tu vida. Como creyentes, siempre debemos estar abiertos a aceptar sugerencias para mejorar. Dios entiende el dolor que puede resultar de la crítica, ya que él está constantemente contigo, y es testigo de todas tus emociones.

Que su presencia de amor sea tu fortaleza cuando te enfrentes a las críticas. En lugar de hacer interno tu dolor, entrégaselo al Señor quien está esperando convertir tu lamento en gozo.







La rosa, la espina y la mariposa

Una hermosa mariposa
volaba sobre un rosal,
buscando donde posar
sin hacerlo en una rosa.
Y por no ser caprichosa
se posó sobre una espina,
con gran asombro, no atina
la rosa, sin comprender
el extraño proceder
que todo lo desatina.

Un celo “justificado”
hace decir a la rosa:
“Escucha bien, mariposa,
¿qué cosa te ha trastornado?
¿Sabes? Te has equivocado
al posar por ignorancia
donde falta la fragancia,
posando en espina cruel,
mientras yo te ofrezco miel
ella te ofrece arrogancia”.

La mariposa escuchó
muy atenta el “argumento”,
y sin ningún miramiento
a la rosa respondió:
“¿En qué soy culpable yo
cuando me poso en tu amiga?
No deben existir intrigas,
pues son las dos una cosa
cual es el tallo y la espiga”.

Moraleja:
El fariseo creyó
ser la rosa preferida;
como muchos en la vida
él también se equivocó.
El publicano que oró
buscando gracia y perdón
recibe la salvación
aunque es visto cual espina;
mas es Dios quien determina,
porque mira el corazón.

Gilberto Farfán, Sancti Spiritus, Cuba.

Cartas

Divulgación en Colombia

He ido conociendo la visión de la iglesia, leyendo a siervos como Watchman Nee, y por intermedio de un amigo los conocí a ustedes.

Quisiera saber si a futuro algunos hermanos podríamos imprimir las publicaciones sin alterar contenidos y respetando la propiedad intelectual, para divulgación en nuestro medio. Bueno, o si la dirección de Dios para ustedes en este sentido es distinta, muy receptivo esperaré la respuesta.

*Pablo Andrés Moyano Tejada,
Palmira, Colombia.*

Himnos

Quiero decirles (desde hace varios meses quería hacerlo) que los himnos que encontré en su maravillosa y completa página han sido de mucha bendición para mí. He leído y descargado varios mensajes, además de muchos himnos. Realmente estoy agradecido con Uds. al poner a nuestro alcance tanto material de excelente calidad. Que Dios, a quien tan fielmente sirven, bendiga sus vidas, familias y ministerio.

Guillermo Pérez, El Salvador.

En biblioteca

Nuestra Iglesia ha sido muy bendecida por esta revista y en nuestro boletín siempre sale alguna publicación de ustedes. No hay palabras para describir el gozo de los hermanos cuando hemos podido reproducir la revista para que la lean en nuestra Biblioteca.

Espero que un día Dios les pueda mostrar la profundidad de la obra que están haciendo. Dios bendiga este ministerio, que con toda seguridad es de Él y no de hombres.

Enrique Maestri, Habana, Cuba.

En serio

Estaba buscando un libro en Internet y he encontrado vuestra Web. Me gustaría felicitarlos. Me ha parecido muy buena. Formo parte de un grupo de jóvenes católicos de mi pueblo. Mis compañeros

del grupo («Renati sunt ex aqua et spiritu sancto», nos llamamos así) han alucinado cuando les he contado algunas cosas que miré de la revista. Es que por aquí la gente no va tan en serio como vosotros (no sé si me explico, pero no sé hacerlo mejor); sin embargo, a nosotros nos gustan las cosas más auténticas.

*Marta Barquero,
Barcelona, España.*

El lugar del Señor

Les doy las gracias porque sus publicaciones han sido una bendición, y damos gloria al Señor porque veo en sus libros un genuino deseo de que el Señor tome el lugar que le corresponde en su iglesia, porque el es el dueño de la misma.

*Octavio de los Reyes Trejo,
Coatzacoalcos, Veracruz, MX.*

Por razones de espacio, las cartas han sido resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Una revista para todo cristiano · Año 5 · Nº 26 · Marzo - Abril 2004

Equipo Redactor:

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda, Claudio Ramírez.

Además en esta edición:

Rodrigo Abarca, Rubén Chacón, Marcelo Díaz, Jorge Himitián, Cristian Romo, Cristian Cerda.

Diseño y diagramación:

Mario Contreras T.

Traducciones

Dalia Studer, Andrés Webb, Mario Contreras.

Finanzas y distribución:

Jorge Geisse D.

Llanquín Lucio 01972, Temuco, Chile.

Fonos (45) 261791 – 221202.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Suscripciones Año 2004:

En Chile: \$ 8.280 anual, 6 ejemplares. (Incluye franqueo).

Jorge Geisse D., Fono/Fax (45) 642904.

jgeissed@hotmail.com · Casilla 3045, Temuco.

Solicitar versiones digitales:

Esmérita Verdejo de Canales.

archivo@aguasvivas.cl

Contactos en EE. UU, Canadá y Pto. Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission

P.O.Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.

pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639

C.P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.

sammyglez@yahoo.com

Foto de portada: «Atardecer en el Mar». Autor: Mario Contreras.

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.